

KAILAS LITERATURA

Premio Nobel de Literatura

**MO YAN**

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

**UNA  
CARRETERA  
EN OBRAS**



# **UNA CARRETERA EN OBRAS**

(ZHULU)

**MO YAN**

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez



*Una carretera en obras*<sup>1</sup>

Título original: *Zhulu* (筑路)

© 1986, Mo Yan

© 2019, de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez

© 2019, Kailas Editorial, S. L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

[kailas@kailas.es](mailto:kailas@kailas.es)

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Diseño interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-17248-46-8

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

[www.kailas.es](http://www.kailas.es)

[www.twitter.com/kailaseditorial](https://www.twitter.com/kailaseditorial)

[www.facebook.com/KailasEditorial](https://www.facebook.com/KailasEditorial)

筑路

# I

Del gran dique del río de Ba Long —el río de las Ocho Abundancias— apareció de repente un destacamento militar, y los trabajadores de la obra de construcción de la carretera, boquiabiertos, liberaron sus manos de las tareas que estaban haciendo en ese momento para contemplarlo con ojos entornados —ese destacamento, en realidad, solo lo formaba un hatajo desbaratado de niños, vestidos todos ellos con harapos sucios y ropas ajadas, a la cabecera del cual, el más alto de ellos sostenía firmemente, con sus manos, una bandera roja de grandes dimensiones—. Una vez en la parte baja del dique del río, el niño abanderado, antes de clavar el asta en la tierra, se puso a ondear la bandera roja, ancha y majestuosa, en el aire, y los caracteres amarillos que había estampados en ella brillaron con fuerza bajo la luz del sol al mismo tiempo que la tela se arrugaba una y otra vez. Los niños, ya en la parte baja del dique, se rejuntaron, empujándose y fastidiándose mutuamente, entre risas, y parecían una camada de cachorros emitiendo chillidos histéricos.

Se dispusieron en una sola fila ya dentro de los límites que dejaba uno de los pocos espacios libres de la parte baja del dique del río, y a todo el mundo le llamó la atención la bullaranga inesperada que estaban formando esos niños.

—Gran Suo, mi gran Suo..., no te pongas delante de mí, que me tapas la vista...

—Yongle, no apoyes tus manos en mis hombros; ya sabes que me cabrea que me soben...

—...

Esa fila que avanzaba de cualquier manera se alineó finalmente y el niño abanderado, con una voz atronadora que parecía no pertenecer a alguien de su edad, gritó a los otros que le seguían:

—¡Por vuestros muertos!... ¡Que suene la música de una puta vez!

Tanto el tamborilero del tambor grande como el tamborilero del tambor pequeño se pusieron a aporrear con rabia sus respectivas cajas.

El niño abanderado sacó la bandera roja que había insertado en el suelo y la alzó, gritando de nuevo:

—¡Así, así es!... ¡Todos conmigo!... ¡Avancemos! ¡Juntos!... ¡Siempre juntos! ¡Hasta la victoria final del socialismo!... —Sujetando el palo de la bandera con las dos manos, el niño llevó esa inmensa tela roja hasta el lugar donde se había iniciado la construcción de la nueva carretera y precisamente donde había sido ubicada la línea de origen de la calzada. El resto del destacamento siguió a su abanderado con disciplina y determinación. Cuando se acercaron a la obra, el joven abanderado giró de repente su torso, pero sin cambiar la dirección de los pies, y gritó—: ¡Decididos!... ¡Uno, dos!...

Los niños del destacamento fruncieron los labios de sus bocas y se pusieron a canturrear con un tono de voz que era cada vez más elevado:

... Decididos..., y sin miedo a sacrificar nuestras vidas..., superaremos mil obstáculos hasta la victoria final... ¡Decididos! ¡Sin miedo! ¡Sacrificaremos nuestras vidas!... ¡Y superaremos mil obstáculos hasta la victoria final!...

De esa manera, los niños dieron varias vueltas de un lado a otro.

El destacamento infantil se dirigió sin dar rodeos hacia la superficie polvorienta y blanda que había sido aplanada previamente por el cilindro compactador y que formaba la base de la calzada todavía de tierra de la nueva carretera. Una vez ahí, los niños cubrieron de pisadas la superficie arenosa — se volvió a escuchar el redoble de los tambores— y continuaron con sus cantos y recitando en voz alta sus citas aprendidas de memoria. Sobre las caras de los que aporreaban los tambores corrían ríos de sudor, los cuales se mezclaban con la suciedad y formaban unos churretes que daban un aspecto amable a sus rostros.

El que sujetaba el palo de la bandera ordenó:

—¡Quietos todos! ¡He dicho quietos todos!... ¿O es que estáis sordos?...

Los niños ansiaban desde hacía tiempo ese momento y cesaron inmediatamente de canturrear y golpear los instrumentos, secándose el sudor

de sus caras con las mangas de sus camisas harapientas y jadeando por sus boquitas abiertas. Las niñas dejaron los tambores en el suelo, desataron las cuerdas que tenían atadas en sus muñecas y se dieron un masaje en el dorso de las manos.

El niño abanderado quiso insertar el asta de la bandera en la carretera y estuvo intentándolo una y otra vez durante un buen rato, pero al final no pudo y renunció a hacerlo, ya que la superficie de la carretera era demasiado dura. Ello le decepcionó un poco, miró resignado a los cuatro lados y descubrió un pequeño terreno de tierra blanda que había sido surcado para el cultivo y que quedaba al lado de la carretera, y allí clavó iracundo el palo de la bandera roja. Luego se dirigió, como quien se toma algo muy seriamente, hacia los trabajadores de la carretera que estaba en obras, se plantó delante de ellos y les dijo solemnemente:

—Soy Gao Xiangyang<sup>2</sup>. ¡Aquel que siempre mira al sol de frente!... Soy el secretario del Comité Revolucionario de la gran escuela primaria del burgo de Masang y, al mismo tiempo, el líder encargado de difundir los pensamientos de Mao Zedong<sup>3</sup> de la escuela primaria de Masang, y ahora busco a vuestro jefe porque quiero hablar con él. ¿Dónde está?

A los obreros de la construcción de la carretera les intimidó la manera de hablar de Gao Xiangyang, se miraron mutuamente, pero ninguno de ellos osó abrir la boca.

Algo enfadado, Gao Xiangyang les preguntó:

—¿Y quién diablos es vuestro responsable?

Los trabajadores de la obra de la carretera no dijeron nada.

Gao Xiangyang estornudó y de los orificios de su nariz salieron un par de mocos; pero, haciendo un gran esfuerzo, volvió a absorberlos hacia dentro y los mocos desaparecieron.

En ese momento, uno de los trabajadores, uno que era poca cosa, le contestó:

—Nuestro jefe está durmiendo en la barraca.

Gao Xiangyang le dijo:

—Rápido, ve a llamarle.

El trabajador, delgado y de poca estatura, salió volando hacia allí.

El niño se metió atolondradamente de nuevo en la fila de sus compañeros,

frente a un hombre que era más alto que él y se encontraba a una distancia de apenas un paso. Luego, abriendo su mano delante del hombre, como si deseara pararlo, dijo otra vez:

—Soy Gao Xiangyang, aquel que encara el sol, el secretario del Comité Revolucionario de la escuela primaria del burgo de Masang y, al mismo tiempo, el líder encargado de difundir los pensamientos de Mao Zedong de la escuela primaria del burgo de Masang.

El hombre alto miró distraído durante un momento y, como quien se despierta de un sueño, se dobló ante Gao Xiangyang, alargó sus dos brazos, abrió las manos y agarró las del niño abanderado, sacudiéndolas con fuerza. Con una sonrisa que ocupaba toda su cara, le dijo:

—Gao, tú que eres nuestro jefe y el líder de nuestro grupo, te pido perdón por no haber salido a tu encuentro mucho antes.

—¿Y tú eres el encargado de esta obra? —preguntó Gao Xiangyang, soltando las manos del hombre alto, metiéndoselas en los pantalones, y entornando los ojos.

—Sí, sí, sí... El oficial al mando Guo me ha nombrado encargado de la obra de la construcción de esta carretera y estos son mis hombres.

—¿Y cómo te apellidas?... —preguntó el niño con desdén.

—Pues mi apellido no tiene nada del otro mundo. Me apellido Yang. ¿Te suena de algo? Y si quieres saber mi nombre completo, pues es Yang Liujiu.

—Encargado Yang, tú, que eres el líder de este equipo, o al menos eso es lo que te han ordenado hacer, aunque sea por un tiempo, deja que te diga un par de cosas. Soy el representante del Comité Revolucionario de la escuela primaria del burgo de Masang y debo difundir entre los trabajadores y camaradas revolucionarios de estas obras los pensamientos de nuestro gran Mao Zedong. Por favor, organiza con tu gente un acto para que pueda llevar a cabo esta noble misión para dar más gloria y honor a nuestro líder supremo. Tu gente necesita aprender estas cosas porque parece que no las tenéis muy claras.

Yang Liujiu puso al corriente inmediatamente a los miembros de su equipo y les ordenó:

—Trabajadores y camaradas de esta carretera, avancemos unos pasos y contemplemos con atención la actuación de estos mequetrefes revolucionarios.

Los obreros se reunieron con desgana y pereza.

Gao Xiangyang se adelantó y se colocó frente al destacamento. Con un gesto de la mano hizo que los tamborileros se pusieran a golpear de nuevo sus instrumentos. Después, el niño abanderado volvió a sorber los mocos que le colgaban de los orificios de la nariz y habló a los trabajadores:

—Nuestro gran líder, el presidente Mao, nos ha instruido con este pensamiento: ¡nuestras artes y nuestra literatura son para las masas! En primer lugar, deben aparecer en ellas el proletariado, formado por obreros, campesinos y soldados. En segundo lugar, son los obreros, los campesinos y los soldados quienes deben crear esas obras<sup>4</sup>. ¡Y punto! ¿Está claro? Doy por comenzada la presentación de los pensamientos de Mao Zedong por parte del equipo de la escuela primaria del burgo de Masang. La primera parte del programa consiste en interpretar la opereta Dos voces viejas aprenden las obras selectas de Mao<sup>5</sup>.

Una niña sacó del bolsillo de su pantalón uno de esos pañuelos blancos de tripa de oveja para envolver la cabeza y se la cubrió. Parecía tener un peso considerable y, al colocárselo, la pequeña se dobló y adquirió la apariencia de una vieja deforme y chepuda. Era una niña, pero tenía cara de haber tenido varias vidas. Había en ella algo de triste y machado, de alguien que ha pasado por momentos muy difíciles y ello se refleja en su cara. Se dirigió a otro niño, uno que estaba a su lado y era bajo y gordito:

—Gran Gui, venga, disfrázate, que serás mi marido en esta obra; el jefe quiere que hagas algo de teatro.

La cara del niño enrojeció completamente y respondió:

—Yo no voy a hacer el mono delante de nadie. No tengo ninguna vocación para estas mariconadas. ¡Todo el mundo se va a reír de mí!

La cara del jefe del destacamento, Gao Xiangyang, también enrojeció; salió corriendo hacia ellos y dijo con una voz atronadora:

—¿Qué os pasa?... ¿Vais a comer algo?... ¡Moved el culo de una vez por todas!...

—Ese no quiere interpretar el papel. ¡Se ha cagado de miedo! —dijo una niña.

—¿Qué le ha hecho cagarse de miedo?... ¿Los pensamientos del gran Mao Zedong? Tu abuela igual era una terrateniente ricachona, guarra y explotadora, y tú deberías haberle recitado los pensamientos de Mao Zedong para que los aprendiera y rectificara... —le dijo Gao Xiangyang al gran Gui, cuya cara

redonda empalideció de golpe. El gran Gui creía estar siendo sometido a una de esas sesiones de entrevistas que se realizaban a los miembros de los «cuatro elementos»<sup>6</sup> que debían ser erradicados de la sociedad. El jefe del destacamento Gao añadió seguidamente—: ¡Rápido, de pie!

—Ni siquiera se ha abrochado el cinturón... —dijo la niña.

Otro niño y la niña del pañuelo en la cabeza cogieron, cada uno de una punta, una cuerda y rodearon con ella la cintura del gran Gui. Le apretaron con fuerza y el cuerpo del gran Gui reaccionó, poniéndose erecto. Volvieron a apretar y de nuevo el cuerpo del gran Gui se estiró como si hubiese recibido una descarga eléctrica. La niña ató las dos puntas de la cuerda con un nudo imposible de deshacer. Luego le gritó al gran Gui:

—¡Dóblate y saca la chepa!...

Y el niño se encorvó y sacó la chepa, y la niña, jorobada igualmente, también se dobló y sacó la chepa. Los dos, tambaleándose, se alejaron unos tres o cinco pasos del lugar donde estaban construyendo la carretera y se detuvieron de golpe. Ella le gritó a su compañero:

—Mi viejo, come algo, venga... Cuando hayas acabado de comer, te pones a aprender los pensamientos de nuestro Mao Zedong.

El niño, que había enrojecido y tenía la cara empapada en sudor, tartamudeando, se excusó:

—Mi querida esposa... Hoy me he pasado el día levantando piedras... Estoy hecho polvo... Me pondré cualquier otro día a aprender los pensamientos de Mao...

Ella le replicó:

—No, no puede ser... Lo que Mao Zedong ha escrito es un tesoro y ello es muy bueno para el buen gobierno de nuestro país. Hoy estás un poco cansado, pero cuando sepas de memoria sus pensamientos, ya verás cómo te desaparecerá el cansancio.

El niño dijo:

—Mi querida laopo, no te preocupes por mí... Espérame... Quiero limpiarme los dientes con hebras de paja...

Seguidamente cogió una hebra de paja seca y se puso tan pancho a limpiarse los dientes. La niña le preguntó:

—Cariño, ¿ya has acabado de limpiarte los dientes?

Él continuaba rascándose la dentadura con la paja como hacen los viejos de los pueblos.

—Pues sí, ya he acabado... —respondió con un tono de voz resignado.

Entonces los dos se pusieron a interpretar al mismo tiempo que canturreaban una canción:

... Hemos trabajado y nos hemos alimentado; nuestras dos bocas viejas se colocan delante de la ventana y, mirando a la luna, ellas aprenden los pensamientos del gran Mao Zedong...

Una vez finalizada la primera parte del programa, y como forma de agradecimiento a sus compañeros, los trabajadores de la obra se pusieron todos a aplaudir el espectáculo.

Después de presenciar varias escenas de la misma opereta, a los obreros, ya mareados con tanta representación, se les cerraban los ojos y deseaban echar una cabezada. Un han de edad avanzada, doblado y con cara de cansado, se dirigió a Yang Liujiu, se colocó a su lado y le propuso:

—Mi viejo Yang, podemos comer algo; esto dura mucho.

Yang Liujiu le preguntó entonces a Gao Xiangyang:

—Jefe Gao, antes de pasar a hacer cualquier otra cosa, ¿no crees que deberíamos comer algo?

Gao Xiangyang, ofendido por esa propuesta, le contestó con una pregunta retórica:

—¿Qué es más importante?... ¡Dime! ¿Hablar de los pensamientos de Mao Zedong o llenarse la barriga como un cerdo?

—Por supuesto, difundir los pensamientos del gran Mao Zedong es una tarea mucho más importante y elevada, pero con el estómago lleno se tienen más fuerzas para llevar a cabo la primera y más noble de las misiones que se nos encomiendan: ¡aprender el pensamiento revolucionario! Esas dos bocas viejas, como dice la canción, ¿no dicen acaso eso de «hemos trabajado y hemos comido...»? —preguntó a su vez Yang Liujiu.

—Eso que dices está bien —replicó Gao Xiangyang—. ¡Demos por terminadas las representaciones de hoy!

Los trabajadores temporales de la construcción de la carretera que se habían reunido en ese lugar, guiados por un gesto de la mano de Yang Liujiu,

se pusieron a aplaudir.

Los niños andrajosos de la escuela primaria del burgo de Masang a los que se les había asignado el adoctrinamiento de los trabajadores de la obra gritaron con rabia ante su cabecilla Gao Xiangyang:

—¡Que los trabajadores aprendan el pensamiento revolucionario!... ¡Que los trabajadores se inclinen ante el pensamiento revolucionario del gran Mao Zedong!... ¡Que el proletariado tome la ruta de la revolución!<sup>7</sup>.

Los niños formaron de nuevo una sola fila claramente definida, volvió a escucharse el redoble seco y austero de los tambores, y todos ellos tomaron la carretera en obras.

## II

Por la noche, Yang Liujiu cruzó de punta a punta el extenso campo de girasoles del burgo de Masang y se dirigió sin perder tiempo a la vertiente sur del río de Ba Long —el río de las Ocho Abundancias—. Pasó por un puente muy estrecho de piedra y se trasladó inmediatamente a la parte norte. Una vez ahí, se detuvo, embobado, sin saber qué hacer. Poco antes, la luna había pasado de brillar con una luz roja débil y patética a emblanquecerse totalmente. Con su poderosa luz blanca cubrió de repente los diez mil objetos que hay en este bajo mundo, extendiendo sobre ellos una capa de bruma que no solo daba un halo de misterio al lugar, sino que deformaba grotescamente cada uno de los elementos que lo configuraban. Las aguas del río de Ba Long fluían hacia el este y, al llegar al burgo de Masang, que quedaba en la orilla sur, se calmaban, como si algo en su interior las detuviese, y resultaba imposible oír el menor rumor proveniente de ellas. Había una bruma densa que parecía absorber por completo la luz de la luna. Una atmósfera que se movía pesadamente y encerraba una fragancia insípida de infinitos sonidos. De repente, el ladrido intenso y desolado de un perro sonaba majestuoso en el burgo de Masang y rompía ese silencio mortuorio. Yang Liujiu se sentía furioso y deprimido al mismo tiempo y, dando tumbos, decidió descender a la parte baja del río, ahí donde se había puesto el dique que debía contener las aguas en caso de desbordamiento.

Al otro lado del dique del río se extendía un terreno alcalino y yermo en su mayor parte que la vista no alcanzaba a abarcar; un terreno en el cual reinaba una quietud que inspiraba muerte y desolación. Esa tierra estéril parecía hundirse en un abismo y de ella surgían a menudo oleadas abruptas de sonidos diversos que el viento transportaba con él. Las herramientas y otros utensilios de hierro que los obreros habían dejado sobre el terreno reservado para la

construcción de la carretera deslumbraban con solo mirarlos. Una capa de cemento reforzado de un pie de grosor cubría una parte de la superficie de la carretera, y sobre ella dormía el cilindro compactador que parecía una bestia enorme y poderosa. Los trabajadores dormían a pierna suelta en la barraca, más bien un cobertizo triangular de muros con revoco de arcilla y cubierto con un techo formado por cañas que brillaban como huesos. Visto de lejos, el cobertizo parecía uno de esos peces plateados largos y puntiagudos. Una lámpara de luz turbia atravesaba como un haz de flechas los cristales de las ventanillas.

En el centro del cobertizo había un agujero de acceso, flanqueado por otro par de agujeros. Uno entraba doblándose en aquella barraca y, de repente, tenía que adaptarse a un espacio en el que no cabía un alfiler, y además al olor apestoso e insoportable de varias decenas de zapatillas que yacían allí inmóviles. Ese olor, a él le ponía los pelos de punta. La lámpara de queroseno escupía su luz lechosa sobre las ropas ennegrecidas que colgaban de sus hombros. Tenía el cuerpo cubierto de una tierra seca, arcillosa y amarillenta.

Un par de trabajadores jugaban al póker a la sombra de la lámpara y Yang Liujiu, tras separar las dos cabezas, les preguntó:

—¿No dormís todavía? ¿Qué os pasa?... ¿No os pesa el cansancio, compañeros?

Uno de los jugadores era delgado y pequeño, y tenía los cabellos como las cerdas de un cepillo. El otro era delgado, pero alto, y estaba sentado en el suelo; parecía una estaca de madera.

Miraron sorprendidos a Yang Liujiu, y sobre sus semblantes había esa expresión extrañada que aparece cuando uno despierta de un sueño. El trabajador alto y delgado preguntó:

—¿Has vuelto a ir al burgo de Masang para calmar tu hambre con alguna bestezuela salvaje?... Ten cuidado, por ahí pulula una gente que puede hacerte picadillo.

—¿Y quién se atreverá? —preguntó Yang Liujiu—. Ahora soy el encargado, aunque sea temporal, de la obra de esta carretera. Tarde, en la noche, me dirijo al burgo de Masang para visitar a los pobres y preguntar por sus fatigas<sup>8</sup>.

El tipo alto y delgado sonrió poniendo cara de felicidad y dijo:

—Te cuesta reconocer un error y vas a tener problemas. Cuando venga el

oficial al mando Guo te va a despellejar vivo.

—Yo y el oficial al mando Guo nos respetamos como dos hermanos —dijo Yang Liujiu—. Si no, ¿por qué crees que me ha hecho responsable de la construcción de esta carretera? Ah, y tú, Lai Shu..., si os viera Mao Zedong, no comprendería nada de lo que sucede aquí...

—Sun Ba —le dijo Yang Liujiu al más bajito de los dos jugadores—, te va a enchironar la policía por gastarte las perras en las apuestas. ¿No sabías que es ilegal apostar dinero en el juego?

—Pero ¿quién apuesta aquí? ¿O es que ya no pueden divertirse los viejos? ... —se apresuró a replicar nerviosamente Sun Ba.

—Cuando venga el oficial al mando Guo, nuestro verdadero comandante, yo me limitaré a torcer el morro y tú podrás empezar de nuevo a dar la vara con tus argucias —dijo Yang Liujiu.

—Pues vale, Yang Liujiu, lo que tú digas, pero apostar dinero es más digno que lo que hacen vuestras mujercitas cuando salen de paseo solas... Cuando regrese el comandante Guo, te pondrá recto y te acordarás de mí y me pedirá seguramente que te substituya con tan solo guiñarle el ojo. La madre que te parió, Yang Liujiu, todavía no me conoces... —dijo Lai Shu.

Yang Liujiu dedicó algunos insultos a Lai Shu y se metió en el cobertizo, dentro del cual había algunos hombres tumbados que roncaban; otros hablaban mientras dormían y soñaban. La luz de una de las lámparas de queroseno iluminaba las espaldas de Yang Liujiu y, vete a saber cómo, en ese momento presionó la barriga de uno de aquellos hombres. El tipo que se sintió agredido soltó un ¡ey!, se puso derecho inmediatamente y, sin abrir los ojos siquiera, arreó un puñetazo a Yang Liujiu, que lo esquivó como pudo. El golpe fue a parar a un colchón de paja, roído y lleno de agujeros, que había junto a él. El colchón se movió como si hubiese sentido el golpe y una espesa capa de polvo se desprendió de él. Al que había dado el puñetazo el polvo le entró en los orificios de la nariz provocándole un hormigueo. Yang Liujiu se arrojó hacia su almohadón, también roído y polvoriento, que ocupaba el espacio estrecho entre dos trabajadores. Se desnudó y luego, estirando su cuerpo lo máximo que pudo, colgó sus ropas en un hierro torcido que había a su lado y que hacía de perchero improvisado. Como se suele decir, abril no es otra cosa que una primavera envejecida y un verano joven; dentro de aquel lugar el aire se hacía irrespirable, entre el mal olor y la falta de ventilación, pero Yang Liujiu, ya

acomodado en el almohadón, se sintió bien. Quiso dormir, pero no podía. Había algo en sus piernas que le molestaba y, sin hacer ruido, extendió la mano para tocarlo. Tras hacerlo, reconoció algo carnoso del tamaño de un grano que estaba dando saltos sobre su cuerpo. Yang Liujiu consiguió cogerlo y alejarlo lejos de su cuerpo. Las piernas le picaban y, como pudo, se puso a aliviar el picor con las uñas de sus dedos pulgares. Luego se rascó la barriga y pudo oír unas risitas. Pensó que, le gustase o no a sus vecinos, debía seguir rascándose con las uñas de sus dedos pulgares, y así lo hizo una y otra vez, pero el picor no desaparecía de su cuerpo. Las uñas de sus dedos cambiaron de color. La tranquilidad reinante en el cobertizo se vio alterada de repente por el ladrido poderoso e intenso de un perro. Esos ladridos despertaron a los otros perros, que también se pusieron a ladrar, y Yang Liujiu retiró inmediatamente la mano, dejando de rascarse la piel. El corazón, al mismo tiempo, se le disparó y pudo oír sus latidos insistentes; parecía que se le iba romper de un momento a otro.

Junto a la pila de zapatos y zapatillas, el par de flacuchos se jugaba el dinero en apuestas, y lo hacían con ahínco. La luz de la lámpara de queroseno que colgaba de la espina dorsal del cobertizo se arrojaba sobre la superficie redonda de la piedra del molino. Una mosca verdosa revoloteaba alrededor de la lámpara y emitía sonidos que eran como los llantos de un niño.

—¡Treinta puntos!... —gritó el delgaducho alto, empleando para ello una voz seca y rauca que pretendía reprimir cualquier conato de felicidad, y añadió a gritos—: ¡Xiao Sun!... ¡Dales brillo a las fichas del majiang! ¡Yo soy el de los treinta puntos! ¡Te toca mover a los treinta y un puntos!... ¿Te apestan las manos o qué? Si lo hacen, no podrás obtener los treinta y un puntos...

Las aguas del río de Ba Long fluían con viveza y emitían un bramido que llegaba a los oídos de Yang Liujiu, y su corazón parecía querer salir de su cuerpo para saltar a la orilla sur del río. Yang Liujiu deseaba parecerse a una de esas pulgas que abundaban en ese lugar donde que le tenía confinado y saltar libremente en el pequeño patio del lado oeste, evitando así ese perro odioso, y poder morder la carne blanca de alguna mujer.

Xiao Sun, que no se sentía feliz en esos momentos, respiró con dificultad y miró las fichas del majiang entrecerrando los ojos y haciendo un gran esfuerzo para no desenfocar. Cogió una de ellas y la soltó en el movimiento que su compañero le había pedido, y unos mocos se le escaparon de los orificios de

la nariz. Xiao Sun volvió a sorber los mocos y sus ojos se humedecieron. El tipo flacucho y alto estiró el cuello y dijo:

—¡Pues ya le he dado brillo a la ficha!... Y no ha sido fácil..., esto cuesta más que parir a un niño... 7, 7... el viejo K y el pequeño 5... La madre que te parió, Xiao Sun, ¿no se le llamaba a esto la técnica de «cogerlo, ocultarlo y reemplazarlo»?... Esto es cubrirlo con la mano, muerto, pero no enterrado... ¿cuántos días puede estar libre esa ficha? ¡He vuelto a perder!... Sesenta y un palos y tres cajas...

—Se te debería caer la cara de vergüenza por jugar así, Lai Shu. Eres un marrullero... —dijo Xiao Sun, visiblemente enfurecido con su compañero.

—Pero ¿por qué no me has capturado en el momento oportuno?... —preguntó Lai Shu—. Eres incapaz de nadar sin protestar y encima te quejas de las algas que necesitas para alimentarte... ¡Vaya manera de jugar al majiang!

—¿Y a ti no se te cae la cara de vergüenza con esa manera de jugar?... ¡Lo haces para obtener ventaja y llevarte el dinero! ¡Qué jodido eres, Lai Shu!

—Y yo me quejo de tu técnica y me quejo de ti porque apestas como las cagadas de un perro.

—La madre que te parió... Apostemos de nuevo, anda... —Xiao Sun notaba la garganta cada vez más áspera, su voz alternaba súbitamente con bajos y agudos, adquiriendo el tono de un niño.

—Sun Ba, no apuestes un céntimo más. Si lo haces, incluso tu laopo querrá ganar al bueno de Lai Shu y no estáis para esas cosas... —dijo Yang Liujiu desde la sombra.

—¡No lo permitiré! Lai Shu tiene la culpa; es un farfullero de mierda y me tiene harto con tanta triquiñuela... Hay que darle una lección —replicó furioso Xiao Sun.

—¿Para qué llegar a las manos? ¿Y en estos momentos? ¿No os apetece sobarla un poco?... Y ya se sabe, cuando el rey Yama, el rey de los infiernos, no está en casa, ¡los diablillos reinan! —dijo alguien en la oscuridad.

—Deja que el viejo Yang testifique por nosotros. Pierda o no, no quiero que nadie me acuse de hacer trampas... —dijo Lai Shu.

—Yo no voy a quedarme de brazos cruzados ante los obreros para hacer de testigo con vuestro juego de majiang. ¿O es que crees que soy un vago? —dijo Yang Liujiu—. Uno de estos días, si nos ponemos a vivir como los osos, yo no os lo perdonaré nunca.

Yang Liujiu cerró los ojos y encendió una pajita para pasarla junto a la almohada y ahuyentar las pulgas, temerosas por instinto del fuego. El nuevo encargado de la obra de la carretera se sentía débil y agarrotado de los pies a la cabeza y, en medio de la semioscuridad, seguía oyendo los ladridos de ese perro grande. Ello le quitó el sueño de golpe y le aclaró la cabeza. Se sintió de repente profundamente desamparado y su cuerpo empezó a temblar. Ante sus ojos, como si lo estuviera viendo allí delante de él, saltaba, sin parar de moverse de un lado a otro, ese perro macho de grandes dimensiones al que el hambre y el odio a los hombres le hacían ladrar sin descanso. El pelambre del animal parecía estar hecho de una seda negra y brillante y sus ojos eran luminosos como si en ellos hubiese fuego. El perro se encontraba en realidad en el patio que quedaba entre una de esas casuchas de tres habitaciones, hechas con bloques de arcilla, del extremo oeste del burgo de Masang y el cobertizo improvisado con techo de paja donde se alojaban los trabajadores de la carretera. Entre esos dos espacios había quedado un rellano de tierra que acabó por convertirse en un patio interior, y ahí encerraban al perro grande, que no parecía estar contento nunca y cada noche ladraba rabiosamente. La puerta de la verja que aislaba ese recinto del exterior estaba cerrada con cien alambres púrpura como la cera de las velas, pero Yang Liujiu no las tenía todas consigo y le entraba un miedo que no podía quitarse de encima. En realidad, Yang Liujiu le tenía pánico a esos perros a los que se les marcaban las costillas y que merodeaban famélicos por la obra de la carretera, siempre en busca de algo para llenar el estómago, y pensaba que el del patio saltaría de un momento a otro sobre él para zampárselo vivo, y ello le asustaba sobremanera.

Yang Liujiu se escondía siempre bajo la sombra que arrojaba un viejo árbol de hojas de té —un árbol raro, poco habitual en ese lugar— cuando se veía obligado a pasar delante de la entrada del patio. El perro, que intuía en todo momento la presencia de Yang Liujiu, se lanzaba contra la verja y, ofuscado y con la boca chorreando espuma, intentaba, encontronazo tras encontronazo, tozudo y obstinado, pasar a través de ella, emitiendo unos ladridos rotos de dolor en los que había tanta rabia y frustración que parecía que iban a reventarlo en mil pedazos. El animal se enderezaba a veces apoyado en sus patas traseras y con las delanteras en la verja estiraba el cuello tanto como podía, y en su cara aparecía una expresión siniestra. Le

brillaban los colmillos como cuchillos, de lo afilados que estaban. Bajo la luz tinteante de la luna, Yang Liujiu podía sentir los latidos de su corazón y el sudor frío que cubría y enfriaba su cuerpo. Dejó la sombra del árbol del té y se pegó al muro de tierra, refugiándose bajo las tejas, pero con las manos agarradas en la parte superior, para poder alzarse y ver el otro lado. El perro hacía lo imposible por alcanzar a Yang Liujiu y se elevaba desde el suelo con brincos de hasta un chi (un tercio de un metro), dando la impresión de que iba a saltar la tapia del patio de un momento a otro. Llegaba incluso a rozar los hierbajos que crecían encima de esos muros y con las garras provocaba el desprendimiento de trozos de barro y arena. En ese cuchitril donde se adormilaban los trabajadores de la obra, la noche estaba tranquila y la luz de la lámpara de queroseno iluminaba la ventana que daba al exterior. La sombra agrandada de un hombre se reflejó en ella. Esa sombra no se movía y parecía estar escuchando algo con atención. Yang Liujiu agarró un terrón de tierra y acabó arrojándolo sin darle demasiado impulso a la ventana, para llamar la atención de quien estaba al otro lado. El terrón de tierra golpeó ligeramente el papel que la cubría y se deshizo inmediatamente, pero la sombra, al igual que antes, no se movió de su sitio. Yang Liujiu alzó la voz y dijo:

—¡Cuñada!... —Nada más pronunciar esas palabras, el aliento caliente del perro del patio le llegó a la parte posterior de su mano e involuntariamente la soltó. Yang Liujiu se deslizó por la pared y escuchó un crujido en la puerta de la casa. El animal, enloquecido, seguía ladrando con rabia y desesperación, y una voz de mujer gritó desde el patio:

—¡Perro de mierda!... ¡Échate al suelo!

En ese momento, se oyó algo que parecía ser un clamor proveniente del pueblo y Yang Liujiu, aprovechando esa bullaranga estrepitosa e inesperada, se dobló y salió huyendo sin importarle el ruido que pudiesen hacer sus pasos. En su precipitación, cayó en una zanja y luego trepó por ella y salió dando un salto; lo hizo como los perros abandonados cuando escarban con sus patas la tierra buscando algo. Estuvo cojeando un buen rato y luego marchó agachado, alternando inhalaciones y exhalaciones de mayor y menor intensidad. Ya no eran los girasoles que crecían en esas tierras, sino las lejanas hojas de la planta de la zostera que brotaban en las aguas del río las que llegaban a los ojos de Yang Liujiu, y había algo en él que le hacía sentirse feliz. La luz de la luna, clara y limpia como el agua pura, parecía fluir desde el cielo como un

torrente, creando luces y sombras en cada rincón. Yang Liujiu tenía todo el cuerpo bañado en sudor y sintió que le dolía el corazón y el pecho. Oyó que el perro se calmaba y dejaba de ladrar, y se levantó, dio un rodeo y cruzó a pie al puente del río. Luego se dobló y finalmente volvió a entrar en el recinto de la casa.

Yang Liujiu odiaba a muerte a ese perro macho que estaba en esos momentos, como siempre, delante de la mujer y obstruyéndole el paso a él. No veía con claridad si ella, detrás del animal baboso, estaba sonriéndole. ¿Lo estaba haciendo?... ¡Maldita perra apestosa!, se dijo Yang Liujiu para sus adentros. Bai Qiaomai, la del doufu (condensado) apestoso de alforfón... Querida, ¿quieres matarme?... Obligado, pensó en darle un mordisco a las carnes de la bella Bai Qiaomai, cuyo nombre significa «alforfón blanco», creyendo en vano que ella querría jugar con su cabezón... Si deseaba hacerlo, debía atar al perro macho, ese obstáculo siempre entre él y ella, y siempre frustrando sus deseos. ¡Maldita perra apestosa!... Y a Yang Liujiu le vino a la cabeza la apariencia de la cuñada Bai Qiaomai y su piel delicada, brillante y húmeda como el doufu apestoso que vendía, a la que deseaba hincarle el diente... Yang Liujiu notó que un ciempiés se paseaba por su cuerpo y le hacía cosquillas. Ese ciempiés acababa de recorrer uno de los muros del cobertizo y, tras dar un rodeo, volvió a meterse por la grieta —una de tantas en esas paredes— de la que había salido. Yang Liujiu ardía por dentro como si tuviese una brasa encendida en vez de un corazón y odiaba a la hermosa Bai Qiaomai. Su odio hacia ella era como uno de esos carámbanos que se van formando lentamente, gota a gota, hasta solidificarse y llegar al suelo.

Bajo la luz de la lámpara, Lai Shu dijo:

—Sun Ba, has vuelto a perder. Setentas y seis palos, cuatro cajas... Yo no puedo aceptar nueve céntimos por cada casilla... Lo único que quiero ahora es separar las piernas y disparar el arma...

Lai Shu sabía que eso de «separar las piernas y disparar el arma» equivalía a abrir la caja de majiang donde se guardaban los cigarrillos de la marca «El baile rojo» y hacerse con un pitillo. Sobre la caja aparecía dibujado el grupo de jovencitas del ballet de El destacamento rojo de mujeres<sup>9</sup>. Esas muchachas llamaban la atención de los hombres porque llevaban unos pantalones muy cortos, presentaban una pierna levantada y estirada hacia atrás y la otra clavada en el suelo, recta como un palo —ambas

piernas, separadas al extremo, iban descubiertas hasta la parte superior del muslo—. Las jóvenes tenían el cuello recto y tenso, y caras forzosamente agresivas y amenazantes, pero muy inocentes al mismo tiempo. Todas esas chicas sacaban un pecho desmesurado hacia delante, mientras sujetaban en sus manos unas pistolas de caja —de las que colgaban unos lazos muy vistosos de seda roja— con las que apuntaban hacia el frente, con la intención de disparar a quienes les opusieran resistencia. Llevaban una banda ancha y roja en el brazo junto a las axilas.

—Tú seguro que has hecho trampas —dijo resentido Xiao Sun.

—¿Y cómo es posible que no me hayas agarrado del cuello en ese momento preciso? Con el estómago vacío, uno no está para bromas, y no me digas que he hecho trampas. Dime, ¿acaso he perdido la vergüenza? ¿Acaso te he pedido un par de cajas? —le replicó Lai Shu.

—¡Apostemos de nuevo!... Alguien te lo está pidiendo... ¿O es que estás sordo? —dijo Xiao Sun, limpiando con sus dos manos las fichas del majiang. Lai Shu se movió un poco, poniéndose delante de Xiao Sun y tapándole la vista.

A esa Bai Qiaomai le temblaba la voz cada vez que hablaba y sus palabras partían en veintiocho tonalidades diferentes. Cuando salía a la calle y caminaba, su cuerpo —rollizo y entrado en carnes— se retorció como uno de esos churros mahua que fríen en aceite caliente. Sus dos nalgas parecían dos de esos raviolis bien rellenos de carne que se cuecen al vapor. La cara de Bai Qiaomai se llenaba con un par de mejillas enrojecidas y en su boca asomaban siempre unos dientes plateados y ensalivados que se parecían al arroz pringoso tras ser cocido al vapor. Dos de sus dientes eran, sin embargo, de un color azul pálido y habían brotado de forma extraña en la boca de esa mujer, como un caballo que nace con cuernos o una vaca que pone huevos. Medio mes atrás, Bai Qiaomai apareció con su cuerpo hermoso en la obra de la carretera y despertó en Yang Liujiu el demonio que llevaba dentro, avivando en él el deseo de poseer el cuerpo de una mujer como nunca antes nadie lo había hecho. Desde entonces, Yang Liujiu se quedó enganchado con la vendedora de doufu apestoso de alforfón, y esperaba con impaciencia el momento de gozarla.

Yang Liujiu se echó para dormir, cerró los ojos y fingió que dormía, pero en realidad no lo hacía. El cuerpo le flotaba. Luego sintió que pasaba por

fases en las que se notaba pesado como la montaña de Tai y ligero como las plumas de un ganso. Y aunque no estuviese ahí, ¿no era acaso ese perro diabólico y poseído quien le impedía dormir? Se levantó y peló un rábano que metió seguidamente en agua helada que hizo hervir inmediatamente. Limpió minuciosamente la arcilla amarillenta que la cola del rábano llevaba con ella, hasta dejarla totalmente limpia y brillante. Luego se escondió entre los árboles del té y lanzó unos sonidos hechos con la garganta para molestar deliberadamente al perro. El perro negro se puso a ladrar como un loco y Yang Liujiu le lanzó el rábano junto al hocico. El animal, furioso, lo mordió y no lo soltaba. Sus colmillos se pegaban al rábano caliente, se le quemaba las encías y la lengua al mismo tiempo, pero el hambre y el ansia instintiva por comerlo le impedían soltarlo. Yang Liujiu lo sabía y por eso lo hacía. El rábano lo mantenía entretenido. De esa manera lo torturaba y se vengaba del miedo que le provocaba. Yang Liujiu entraba con arrogancia en el patio y escupía al perro negro, el cual, arrinconado junto al muro, lo miraba con ojos extraviados. A gritos, el hombre llamaba a la vendedora del doufu apestoso de alforfón para que lo recibiera. Ella debía salir a la puerta y acoger con cariño al gege Yang Liujiu. Ella debía estar dispuesta, por supuesto, para los juegos de la lluvia y las nubes. Bai Qiaomai abrió la puerta, le brillaba la piel blanca de su cuerpo carnoso—parecía una anguila blanca— y él, con las manos extendidas, se fue a abrazarla; pero ella sacó de su cintura unas tijeras con hojas ennegrecidas y, con los dos ojos bien abiertos y clavados en él, y las cejas levantadas, le dijo:

—Yang Liujiu, eres un ladrón y un sinvergüenza. ¿Qué quieres ahora? ¿El perro?...

\* \* \*

Yang Liujiu se asustó y su cuerpo, de la cabeza a los pies, se empapó de sudor. Una luz particularmente brillante y extraña —una luz espectral y pura— caía en medio de la oscuridad de la noche y las aguas del río de Ba Long parecían estar sollozando. Esos sollozos eran al fin y al cabo agradables de oír, y en el burgo de Masang los perros ladraban con hondura y gravedad. Todo eso pertenecía en su origen a los sueños de grandeza. Sun Ba y Lai Shu seguían apostando sus fichas y fumando bajo la luz de la lámpara, pero Yang Liujiu no

se sentía con ganas de decirles nada. Él era, al fin y al cabo, como ellos: un ser humano. Todos ellos eran seres humanos. Si querían hacer algo, lo hacían, y, como él, se aprovechaban del hecho de que el comandante Guo había dejado la obra para ir a la ciudad. Creían, como él, que Guo tal vez no iba a aparecer esa noche en el cobertizo. Pero había algo que diferenciaba a Yang Liujiu de los otros: suponía que él se iba a convertir para siempre en el jefe de la obra. Sin embargo, a Yang Liujiu le entró miedo nada más pensar en ello. ¿Adónde se dirigía esa carretera? ¿Cuántos años y meses iba a durar esa obra? ¿Y por qué se hacía construir? ¿Qué vehículos iban a pasar por ella? ¿Un tren?... Él ni siquiera conocía a todos los obreros; solo conocía bien al oficial al mando Guo.

Un año atrás, esa mujer tuvo las agallas de amenazarle con arañarle y herirle. Había dejado el campo para venirse a la obra y sacarse así algún dinero respetablemente. O dicho de otra manera: había dejado el campo para no morir de hambre. Bajo el gran y todopoderoso Cielo reinaba el caos, como se decía antiguamente cuando estallaba una guerra o una rebelión, pero el Cielo debía seguir considerándose como el mismo que se extendía sobre esa tierra alcalina y baldía que no tenía límites. Cuando el sol acababa justo de salir, sus rayos iluminaban ese terreno seco, emblanqueciéndolo y convirtiéndolo en nieve. Nadie sabía si una banda de espíritus inmortales cogía cada mañana antes del alba las maderas de la construcción de la carretera y las organizaba, poniéndolas todas en una pila. Parecía como si hubieran estado amontonadas y en orden desde hacía varios años. Se encontraban algo picadas y deshechas, y los caracteres chinos de color rojo había desaparecido casi totalmente. Todo el mundo había llevado auestas alguna vez esas maderas y sabía que tenían algo especial. El comandante Guo los miraba con sus cejas afiladas como espadas y sus ojos de tigre, alzando los hombros sin saber qué hacer. Nadie sabía si, tras haber caído en desgracia, sería rehabilitado por los dirigentes de la ciudad, ya que había sido uno de los cabecillas de los Guardias Rojos. Cuando se disponía a dejar la obra para irse a la capital, dijo: «Yang Liujiu, cuando me vaya, tú serás el encargado de la obra aquí, y si alguien se te pone gallito, le sacas los dientes. Esta carretera debe acabarse y debe acabarse bien. Me voy a un lugar que queda un poco lejos de la obra y mañana mismo me mudo de casa, detrás del burgo de Masang». Y Yang Liujiu le dijo a su vez: «Mi comandante Guo, pero yo te he

seguido de cerca para participar contigo en la Revolución Cultural. ¿Por qué?»; y el comandante Guo le respondió: «... porque eres un gilipollas».

El grupo de obreros de la construcción de la carretera acampó detrás del burgo de Masang. Nada más romper el día, Yang Liujiu cogió el silbato que el comandante Guo le había dado y lo hizo sonar con fuerza. Los obreros se despertaron y, aún adormilados, con los ojos lagañosos y medio abiertos, se pusieron a beber las gachas de maíz y mordisquearon esos buñuelos con forma de nido y que también estaban hechos con una masa de maíz. Luego salaron unos rábanos pelados y unos pedazos sobrantes de la harina de maíz frita (geda) con los que se hacían los nidos que todos acabaron tomando. Una vez llenos, a los obreros les dio por beber hasta saciarse, después se dirigieron a la obra. Había quienes canturreaban:

He oído decir que Zhang Laojiu me quiere para casarse de nuevo..., pero eso llevaría al traste los planes de la madre del niño Hu...

Otros se pusieron a bostezar, estirando las piernas y retorciendo los pies. Podía oírse el kelang kelang de los huesos de las piernas y los pies al abrirse. Yang Liujiu acababa de tomar posesión de su nuevo cargo y, como un oficial del Gobierno que se encuentra en esa situación, estaba algo nervioso. El silbato le colgaba del cuello e, incómodo, se giró en dirección a la obra, pronunciando algunas palabras que apenas eran audibles y que dejaba sin terminar. Tomándose su tiempo, y tras pensárselo mucho, se dirigió a la barraca donde se reunían los obreros para comer. Quedaba unos doce metros al sureste del cobertizo que servía de dormitorio y tenía un agujero que se orientaba hacia el norte. Yang Liujiu se quedó parado justo frente a ese agujero, contemplando desde ahí a los hombres, doblados todos ellos y dando lo máximo en la construcción de la carretera. El trabajo de ese día consistía en cavar y arreglar los blancos que quedaban por cubrir. Sacaban tierra de una zanja que era negra como los cuervos. Lai Shu manejaba la pala como un experto y daba golpes a la tierra con gracia, como quien se sirve de una cuchara para tomar una sopa; paladas que eran, como se suele decir, como un caballo ligero y un cuchillo afilado; podía oírse el zas seco y directo que producían en el viento en cada movimiento. El grupo de trabajadores de la construcción de la carretera lo formaban una treintena de individuos y todos

ellos cavaban con ahínco el terreno que iba a ser parte del trazado. La tierra negra que levantaban parecía una manada de cuervos revoloteando sobre la superficie de la carretera. Yang Liujiu oyó decir a los obreros que ese mismo lugar donde excavaban había sido un campo de batalla. Han Xin y Xiang Yu<sup>10</sup> tuvieron allí su escaramuza. Ese terreno se llenó de cadáveres y la sangre derramada inundó el lugar. Mientras cavaban, los trabajadores de la construcción de la carretera encontraron, en efecto, una espada de cobre cubierta por el robín o un pote de arcilla de un negro intenso. Yang Liujiu pensó que los oficiales de esa época eran, en realidad, superiores a las gentes del pueblo llano, y el sustituto del jefe de la obra también podía agacharse y cavar la tierra.

El cocinero, que era el viejo Liu, no estaba, y en la casucha donde se reunían los obreros para comer y descansar había un olor a húmedo y podrido, un olor a moho y alimento cocido. Y vete a saber dónde habría recogido el viejo Liu al cachorro tuerto que guardaba siempre junto al horno de la cocina y al que siempre llamaba con un par de sílabas:

—Tuerto, ¿acaso quieres morderme? —le decía.

El cocinero Liu era un tipo cheposo que regresaba del dique del río siempre doblado y como si volara con sus dos cubos de agua. El dique del río del burgo de Masang estaba empinado y al viejo le costaba mantener el equilibrio cada vez que tenía que subirlo y luego bajarlo, y se topaba siempre con Yang Liujiu.

—Viejo Liu, deberías pasarte por la carnicería de pueblo para comprar algo de carne. ¡Y nos preparas algo delicioso! Hace muchos días que no hemos comido ni carne ni pescado, y no cagamos nada... —le dijo Yang Liujiu.

Y Liu, el de la joroba, entró en el cobertizo con los cubos rebosantes de agua y con los ojos clavados como flechas en el suelo. Estaba atento a cualquier irregularidad del terreno para no caer, y solo en una ocasión alzó la mirada para ver la cara de desprecio que le ponía Yang Liujiu. El viejo Liu no decía nada y se limitaba a estirar el cuello hacia delante, como uno de esos eunucos castrados de la época imperial, y entraba en la habitación. Yang Liujiu lo seguía detrás y se dio cuenta de que avanzaba como podía con los dos cubos que colgaban del palo de madera que sujetaba con los hombros. Esos dos cubos rebosaban de agua y en su superficie se reflejaban las esteras de

caña. El agua se estiraba como una lengua que sale de la boca y dentro del cubo se formaban ríos que eran como labios. El viejo ponía el agua restante — la que quedaba en el cubo— a hervir, en una cazuela que tenía en su fondo una capa de arroz quemado. Ese arroz pegado y quemado daba necesariamente un gusto particular al agua hervida y se formaban burbujas babosas y olorosas.

—Viejo Liu, deberías tener en cuenta la higiene pública. Esa cazuela está sucia y debes limpiarla de vez en cuando —le dijo Yang Liujiu.

Liu cogió una pala y se la dio a Yang Liujiu, y con una voz deprimida, le dijo:

—Venga...

—¿Qué diablos quieres que haga? —le preguntó Yang Liujiu.

Mientras alzaba la cabeza, Liu fijó su mirada desconfiada y desafiante en Yang Liujiu y esbozó con sus labios una sonrisa bobalicona y grotesca. Un mochuelo ululó en medio de la noche, rompiendo así el silencio que reinaba. Yang Liujiu se asustó tras oírlo y retrocedió medio paso, girándose bruscamente y mirando al viejo, a quien, de repente, se le había rejuvenecido varios años la cara y que ahora parecía un jovencuelo. Al verlo, Yang Liujiu sintió como si le clavaran una puncha en el corazón. En realidad, era incapaz de saber qué edad tenía exactamente aquel hombre. Había mucha vida en los dos ojos del viejo y, a pesar de ser jorobado, movía con agilidad sus manos y sus pies. Liu sacó del pote la cesta donde se cocía al vapor el arroz y puso en ella un pañuelo amarillo humedecido. Sobre el pañuelo colocó un puñado de granos, y mientras tanto se dispuso a preparar con la harina unos panecillos rellenos de carne de pollo.

—¿De qué te ríes?... —le preguntó Yang Liujiu, presa del pánico. El jorobado Liu solo se preocupaba de formar bolas de pan con la harina y hacía como si no hubiese oído nada. Yang Liujiu acariciaba el silbato metálico que colgaba de su cuello, y volvió a hablar—: No lo sabes, viejo Liu, el comandante Guo me ha nombrado responsable de la obra de la construcción de la carretera. Ahora soy el jefe de todos esos indeseables que no saben ni por qué están aquí. ¿Puedes hacerme algo bueno para comer? No pido mucho, algo un poco bueno...

Yang Liujiu caminó lentamente hasta colocarse delante del jorobado Liu, donde había una tabla de madera que servía de cama, y se sentó sobre ella tras hacer un esfuerzo por separarla en dos partes. La tabla crujió y Yang Liujiu

dijo: jorobado Liu, tú posición en tanto que cocinero es en este mundo todavía más elevada que la mía en tanto que jefe substituto de una obra que nadie comprende. Me meteré en el cobertizo y dormiré ahí. Tú, que ya estás viejo, podrás dormir en esta madera. No tendrás mejor cama en el cobertizo. Te lo aseguro. Esa sopa te pertenece a ti primero. Tómala tú, y cuando te sacies, la probaré yo. Todavía no soy como esos ratones muertos de hambre que merodean en el granero en busca de unos miserables granos de arroz. Yang Liujiu se sentó sobre la cama de madera del viejo Liu y comenzó a hablar sin parar. Liu, sin detenerse a descansar un momento, continuaba amasando harina y haciendo los panecillos, y anudando las hojas de espinaca, todo ello como una máquina. Las palabras de Yang Liujiu se convirtieron, sin que él lo supiera, en parte de un soliloquio absurdo y, cuanto más hablaba, más carecían de interés para el viejo jorobado. Al final, agotado, se dispuso a descansar.

—Shifu, mi maestro... ¿quieres doufu? —oyó preguntar, como si estuviese cantando, a una mujer fuera del cobertizo—. El doufu... ¡eh, shifu!...

Yang Liujiu torció el cuello y miró de reojo al jorobado Liu, quien se encontraba sobre la cama de madera. Luego miró el cuello de la mujer y bajó los ojos hacia su cuerpo rollizo. A Yang Liujiu, la boca se le hacía agua contemplando esas carnes que deseaba poseer. Involuntariamente, pisó la cama de madera, las hojas de espinaca y al viejo Liu que se encontraba en aquella, y y salió del agujero de la cocina. El sol le daba de cara a la mujer, cuyos ojos eran azules y acuosos —parecían los ojos grandes de una novilla inocente y abobada—. Yang Liujiu desnudó con la mirada el cuerpo orondo y de piel blanca de la vendedora de doufu. Con sus ojos, había sacado ya de la mujer ese vestido de un verde pálido y estampado con crisantemos blancos. Al mismo tiempo, a Yang Liujiu le zumbaban los oídos y sintió cómo una sangre caliente —la suya, la de su cuerpo— le subía a la cara.

—Shifu, ¿quieres doufu?

—Yo no soy tu shifu; soy el responsable de la obra de la construcción de la carretera. ¡El jefe! ¿Lo entiendes ahora?

—¡Oh!... ¡El responsable de la obra!... Mire usted mi doufu... Blanco y tierno, pero con solidez, capaz de durar... Si se cae al suelo, no se rompe... —La mujer habló mientras alzaba el palo que sujetaba las barricas con los bloques de doufu. Luego se dobló y retiró la mosquitera que cubría esa pasta blanquecina compacta y cogió un trozo con la mano. Ese queso de soja cuajada

temblaba sobre la palma de la mano de la mujer como un niño nervioso y asustado.

—¿No es amargo? —le preguntó Yang Liujiu con los ojos entornados.

—No me duele, jefe.

—Y es doufu delicado, pero ¿no es agrio?

—Jefe, si fuera agriado, no pediría dinero por él. Le doy un pedazo para que lo pruebe y ya me dirá.

La mujer sacó un cuchillo cuya lámina brillaba como la nieve y lo clavó en el bloque de doufu. Con la punta extrajo un trozo que levantó delante de Yang Liujiu.

—¿Qué quieres que pruebe?... ¿A ti?...

Los ojos de la mujer se pusieron a dar vueltas y en las comisuras de su boca se dibujó una sonrisa. Con ingenuidad y encanto, respondió:

—Jefe, usted debe de estar burlándose de mí. Lo que le ofrezco es doufu y del bueno...; es eso lo que pongo cerca de su boca... ¿Le parece poco?...

Yang Liujiu bajó la cabeza y se metió en la boca ese pedazo de queso de soja agrio, tragándoselo inmediatamente. Los trozos de soja blanca resaltaban entre sus dientes amarillos y, relamiéndose los labios, dijo:

—¡Agrio y bien agrio!

—Si dice que está agrio, pues está agrio. El nuevo jefe de la construcción de la carretera tiene la boca de oro y los dientes de jade. ¡Vaya paladar el suyo!

—¿De verdad?... No me vendo fácilmente...

—Con un jin (medio kilo) de habichuelas de soja salen dos jin de doufu. Puedes comprar un jin de doufu con un par de maos y cinco céntimos. ¿Qué me dices?

—Muy caro.

—¡Mi gran hermano, nuestro gran jefe! Preparar el doufu no es cosa fácil. Me va a arruinar con sus argucias...

—Un jin de doufu por un par de maos.

—La clase trabajadora lo es todo, jefe. ¿Me va a regatear cinco céntimos? Usted podría meter el dedo en el pote de salsa de soja y luego lamérselo. ¿No cree? Ese dinero le da para comprar un jin de salsa de soja salada...

—Al ver la boquita dulce que tienes, ¿quién se metería a probar esas cosas

saladas? Un par de maos y cinco céntimos son un par de maos y cinco céntimos. Viejo Liu, viejo Liu, sal a comprar algo de doufu. Nos llevaremos la vara entera con los dos cubos de queso de soja que sostiene la mujer.

El viejo Liu salió y parecía un hombre de madera, y Yang Liujiu le pidió que sacase una balanza para pesar el doufu. La mujer dijo:

—No necesitáis pesarlo. Yo diré lo que pesa. La vara entera con los dos cubos de doufu pesa cuarenta jin. Ni uno más ni uno menos. Tío, no lo pese. No pierda el tiempo.

Yang Liujiu ayudó a la mujer a entrar el doufu en la cocina. Ella lo siguió detrás y alargando las palabras, dijo:

—Hermano, tiene una hebra de hierba en la cabeza. —La vendedora extendió su mano y sacó esa pajita de cebada que había quedado enganchada en el cabello de Yang Liujiu. Sujetándola con dos dedos, la introdujo en su boca. Luego sonrió, y lo hizo con una sonrisa amplia y generosa. Su cara enrojeció y parecía una granada por dentro. Yang Liujiu miró con ojos feroces a la mujer y urgió al viejo Liu a que le pagara. El viejo Liu sacó de su cama de madera, y sin muchas ganas, una cajita metálica que ya estaba cubierta de robín. De su cinturón extrajo a continuación una llave de un amarillo reluciente y, con la mano temblándole, abrió el pequeño candado que cerraba el cofre. Sacó unos billetes, cada uno de un mao, y se los dio a la vendedora de doufu tras contarlos. La mujer humedeció sus dedos y los contó a su vez, uno tras uno. Hizo con ellos un par de fajos y los envolvió en un pañuelo.

—Tío, gran hermano, comed mañana vuestro doufu. Ya pasaré a daros más —dijo la vendedora.

Yang Liujiu le dijo a su vez:

—Sí, pasa a vernos para proveernos de ese doufu.

Ella se fue y Yang Liujiu la siguió hasta el dique del río. Las ropas de la mujer flotaban y se agitaban en su cuerpo como las alas de una mariposa. El viejo Liu volvió a sonreír de manera grotesca y Yang Liujiu no se atrevió a mirarle a los ojos —esos ojos que le parecían malignos y traicioneros—. El viejo se agachó otra vez con las hojas de espinaca, pero solo cogió un manojito y se metió en el cobertizo, haciendo sonar poco después el silbato. Mientras todavía se escuchaba el pitido, los trabajadores de la obra de la carretera enderezaron la cintura como quien se despierta de un sueño. Yang Liujiu gritó:

—Un descanso de media hora... Un descanso de media hora.

Los trabajadores de la obra de la carretera oyeron el grito de Yang Liujiu y soltaron sus palas de hierro; los que tenían ganas de orinar se pusieron a orinar, y los que querían fumar, se pusieron a fumar. Los que no querían fumar, se limitaron a tumbarse bocarriba en el suelo, permitiendo al sol que calentase sus ombligos.

A Yang Liujiu le apetecía dar una vuelta por la obra, pero se detuvo al ver que se acercaba la vendedora de doufu. Detrás venía una joven extremadamente delgada de unos dieciocho años que llevaba sobre sus hombros una vara de madera con dos cestas en los extremos. El rostro de esa muchacha tenía algo de sufrido y había en él la expresión de alguien que se está quejando constantemente. Sus ropas estaban llenas de parches y remiendos, pero las llevaba, eso sí, limpiísimas. Yang Liujiu creía ver en ella a una actriz de teatro que había dejado ese mundo ideal para integrarse en el mundo real.

La vendedora de doufu, desde lejos, hizo un gesto con la mano para saludarlo y luego contó que se había topado con esa joven que quería vender cebollines y puerros al gran hermano de la construcción de la carretera —ese era el nombre que utilizaba la mujer para referirse a Yang Liujiu—. Tras comer la cebolleta que les vendía a los trabajadores, estos volvían rápidamente a la obra. Al parecer, esa joven había sufrido un aborto y, cuando estuvo enferma sobre el kang, los obreros le seguían pagando el cebollín porque era excelente. La muchacha trabajaba día y noche en su terruño para hacer crecer cebollines y puerros de muy buena calidad. Según decían, se iba al río de Ba Long a coger agua cristalina para regar las plantas. Con el agua de ese río crecían verdes y robustas, y muy sabrosas, y los trabajadores compraban cestas enteras de esos productos.

Yang Liujiu dijo:

—Eso no nos vale; ya tenemos las espinacas.

La mujer del doufu replicó:

—Hojas de espinaca salteadas a la sartén junto con el queso de soja.

Y volvió a decir:

—¡Hojas de espinaca salteadas a la sartén con queso de soja!... Y el queso de soja es sólido y compacto, y las espinacas se han endurecido... Además, hay puerros y cebollines... ¡Sí, puerros y cebollines verdes con queso de soja blanco! ¿No os parece irresistible esa combinación? ¿O es que

no me oís? Venid a ver con vuestros propios ojos y seguro que os envidiarán si os hacéis con ellos...

—Viejo Liu, ¿no lo compras? —preguntó Yang Liujiu, pero no oyó ninguna respuesta. Se giró y vio al jorobado Liu que hacía un esfuerzo por ponerse recto y miraba a la joven frunciendo el ceño. La expresión de la cara parecía que no se le iba a cambiar nunca al jorobado Liu.

—Sí, compro, compro... —respondió finalmente el viejo, agachando la cabeza. Parecía que se iba a poner a llorar como un niño. Las palabras que salieron de su garganta no se distorsionaron.

—Hui Xiu... Muchas gracias, tío... —La vendedora de queso de soja le dio unas instrucciones a la joven. Con voz sumisa y sin alzar la mirada, esta repitió:

—Muchas gracias, tío.

El viejo Liu tuvo dificultades para manejar la llave que debía abrir el cofre metálico; le resultaba imposible introducirla en el agujero.

Al día siguiente, esa mujer regresó al lugar para vender su doufu y la joven hizo lo mismo para vender sus cebollines y sus puerros. Yang Liujiu y la vendedora de queso de soja se pusieron a discutir agriamente y mostraron los dientes. La mujer guardaba por unos momentos las distancias y se hacía la tonta, pero luego volvía a provocarlo con sus puyas como solo ella sabía hacerlo. A Yang Liujiu, las provocaciones de la vendedora de queso de soja lo tensaban como la cuerda de un arco y sus emociones estaban a punto de dispararse. La vendedora de doufu, que se apellidaba Bai y se llamaba Qiaomai, y así se lo hacía saber a todo el mundo, vivía en el extremo oeste del burgo de Masang, y era ahí donde estaban su casucha y su familia. Yang Liujiu le preguntó si tenía un hombre a su lado y ella le respondió que los hombres se habían unido todos, o los habían obligado a unirse, al destacamento militar de turno, y por eso el burgo de Masang se había vaciado de hombres. Esas palabras asustaron a Yang Liujiu, que se limitó a expulsar una bocanada de humo del cigarrillo que estaba fumando en esos momentos. Luego arrojó nerviosamente las cenizas al suelo. La mujer volvió a sonreír y con un tono de voz que denotaba felicidad dijo que, en realidad, los hombres habían huido todos a Taiwán, bien en avión, bien corriendo con sus propias piernas, para escapar del infierno en que se había convertido este país. Yang Liujiu le dijo que ella debía haberse quedado en casa, y ella le respondió que, por razones

de supervivencia, le era imposible quedarse en casa cuando el marido se había ido.

El jorobado Liu clavó sus ojos en la joven Hui Xiu, cuya cara le causaba miedo al verla. A ese pobre hombre, ya viejo como estaba, cualquier cosa le asustaba, y veía siempre malas intenciones incluso en los rostros más jóvenes e inocentes. El jorobado Liu pensaba que los jóvenes, cada uno de ellos, querían en realidad acabar con todas las personas mayores del país...

Un par de grillos no paraban de chirriar a un lado del cobertizo, mientras que Sun Ba y Lai Shu seguían jugando y apostando su dinero bajo la luz intermitente y sucia de la lámpara, pero esta vez con más agitación. Los obreros de la construcción de la carretera habían comido cebollines y queso de soja durante varios días seguidos y ello los tenía en un estado anímico elevado. Dos días antes, detrás del palo de las dos cestas de la vendedora de queso de soja Bai Qiaomai había un perro macho de pelo negro que la seguía de cerca. El animal miró a Yang Liujiu con el corazón lleno de odio. El pequeño Sun se fue a la cocina para beber agua y el perro, tras verlo, estiró el cuello y se levantó, apoyándose sobre sus patas traseras y los músculos se le tensaron, al mismo tiempo que el viento se llenaba con el canto de los pájaros que imponía respeto. El pequeño Sun miró con desdén al perro negro, sin mostrar ninguna cobardía o timidez. Yang Liujiu oyó hablar a otra gente gracias al viento que transportaba las palabras de un lado a otro, por lejanas que estuviesen; decían que el pequeño Sun era un ladrón e intentaba llevarse al animal, como antes había intentado robar un caballo y un buey. Parecía uno de esos niños con cara de viejos. En el grupo de trabajadores que habían sido asignados a la construcción de la carretera no había uno que fuese una persona digna de confianza y Lai Shu no era la excepción. Cualquiera que se acercase a él y lo viese en plena partida de majiang se daba cuenta de ello. Lai Shu se ponía tenso y se llenaba de una energía que en realidad parecía odio —una frustración propia del juego, donde se pierde más que se gana y se acaba odiando a los otros jugadores que han tenido más suerte y se han llevado la victoria—. ¿Y yo?, pensó Yang Liujiu. ¿Soy una persona digna de confianza? ¿Soy una buena persona? Yang Liujiu pensó entonces en su mujer, ya fallecida, y los pelos se le pusieron de punta. ¿Al final, no era el fantasma de un cadáver como tantos otros? Quizá fui yo quien debió salvarle la vida, pensó, pero ese tipo de cosas pasaban desde los tiempos más remotos, sobre todo a los

pobres, que se ven obligados a afrontarlas como pueden, pero nunca lo hacen en su fuero interno por voluntad propia. El comandante Guo no era un embaucador, ni estaba engañando a nadie. Un par de días atrás, el pequeño Sun le dijo: «Yang Liujiu, esa gordita te tiene encandilado. A mí, en cambio, es ese perro gordo quien me tiene encandilado. Si te atreves a cogerlo, lo meto en la cazuela, hago un guiso con él y no lo zampamos. Ya verás, se nos irá el hambre... y olvidaremos tanto cebollín verde y tanto doufu». Él le dijo a su vez: «Tú, siempre tan brillante... Ese perro es igual que un lobo y antes de ponerle la mano encima ya te ha destrozado». Y el pequeño Sun volvió a replicar: «Yo, si me lo propongo, sería capaz de capturar a un tigre en su guarida —esas palabras hicieron reír a todo el mundo—», y Lai Shu añadió: «Yang Liujiu, te has llevado el dinero de todo el mundo para hacerte con la carretera y comerte luego la carne blanca de esa mujerzuela, ¡y a nosotros solo nos ha dejado esa miseria de queso de soja seco y apestoso!».

—Pero ¿quieres echar una partida al majiang o qué te pica ahora? —le propuso el pequeño Sun a Yang Liujiu.

Yang Liujiu se giró, mirando al oeste, y dejando un espacio vacío respecto a Lai Shu, cuya espalda daba al sur. Vio la cara del pequeño Sun, la cual rebosaba de satisfacción.

—¿Te apetece o no?... —El rostro de Sun aparecía más lleno de vida que nunca. Los dos ojos, pequeños y negros, se habían juntado en uno solo. El perrito, enloquecido, se había escapado para cobijarse en el espacio esquinado que le dejaban un par paredes.

—Quiero abrir... —El cuerpo de Lai Shu se movió y cubrió la mitad del cuerpo del pequeño Sun. Un rayo de luz que entraba en el cobertizo a través de la ventana escindía el rostro de Yang Liujiu como si lo hubiesen cortado con unas tijeras. La espalda de Lai Shu volvió a dar al norte y el rostro del pequeño Sun reapareció. Yang Liujiu se dio cuenta de que de esa cara surgía una mirada triste y sombría. La luz de los ojos del pequeño Sun se proyectaban sobre el semblante de Lai Shu, que tenía el cuello tieso y estirado hacia delante y parecía un caballo bebiendo agua en un río. Yang Liujiu hizo con su mano un gesto detrás de la espalda de Lai Shu para llamarle la atención, pero el cuerpo de este no se movió y permaneció, al igual que antes, con el cuello estirado hacia delante, como si estuviese examinado algo detenidamente.

El pequeño Sun dijo de nuevo:

—¿Quieres jugar más o no?

—No quiero más. ¡Aclaremos esta partida de majiang! ¿Qué tienes? — respondió Lai Shu.

El pequeño Sun no podía esperar más y aclaró, como se suele decir en el juego del majiang cuando se sabe el vencedor, el resultado de esa partida; seguidamente habló:

—¡Treinta y un puntos!... ¿Acaso puedes atraparme esa cifra?... Ni en sueños, amigo; apañado vas si crees que puedes hacerlo...

Lai Shu clavó sus ojos en las fichas de majiang del pequeño Sun y puso cara de pocos amigos. Yang Liujiu volvió a mirar la espalda de Lai Shu y de nuevo hizo un movimiento con su mano para ver si distraía a los dos contendientes de la partida y relajaba el ambiente, pero de nada le sirvió. Lai Shu dijo:

—Pero ¿qué estás tramando? ¿De dónde me has sacado esos treinta y un puntos? ¡Y me las has contado una tras una! —A Lai Shu empezaron a temblarle los hombros y tumbó todas las fichas delante del pequeño Sun.

—7, 8, 8, 1, 1, 4, 2... —contó Lai Shu—. De verdad, ¿cuánto tienes?... Con treinta y un puntos, uno gana siempre al majiang..., pero te apestan las manos, Sun Ba... Hasta aquí has llegado, amigo... Me has vencido, pero apesta...

El pequeño Sun hizo una mueca con la boca y parecía que se iba a poner a llorar. Cabizbajo, miró las fichas del majiang. Poco después, volvió a alzar la cabeza y miró a Lai Shu:

—Recuérdalo bien, cuatro cajas y ocho palos.

Lai Shu habló con un tono de voz bajo que sonaba a metal y Yang Liujiu vio al pequeño Sun que daba un salto hacia delante como una rana y, con una cara sombría, le pegaba un puñetazo a Lai Shu, que lanzó inmediatamente un grito desgarrador. Aturdido, se cubrió la cara con las manos y giró el rostro en dirección a sus zapatos. El pequeño Sun levantó la parte trasera de los muslos de Lai Shu y de la reguera del culo de su contrincante en el juego puso un par de fichas de majiang. El aliento le olía mal al pequeño Sun y lanzó bruscamente unos cuantos improperios, insultando a Lai Shu en lo más profundo de su dignidad, con un odio retenido durante el juego que le costaba controlar en esos momentos. Luego se precipitó contra el cuerpo de su oponente y se puso a darle tantos golpes como podía, insultándole una y otra

vez. Lai Shu se giró bruscamente y el pequeño Sun se puso de pie con el cuerpo todavía temblándole. Con la cabeza, golpeó las vigas de madera finas del cobertizo. La lámpara de queroseno se agitó de un lado a otro y la luz amarilla que desprendía ganó en intensidad. Lai Shu se dobló y el otro lo agarró con las manos. Los dos delgaduchos se enzarzaron en una sarta de golpes y luego se enlazaron como dos serpientes luchando la una con la otra.

Yang Liujiu dio un brinco hacia delante. El cobertizo se había llenado de los aullidos de los lobos y los lamentos escalofriantes de los fantasmas. Los hombres del lado oeste se asustaron y por contagio empezaron a agitarse y a lanzar insultos. Yang Liujiu saltó para colocarse bajo la lámpara, se agachó y, avergonzado, intentó separar los cuerpos de Lai Shu y Sun Ba, pero al hacerlo recibió vete a saber cuántos puñetazos y patadas. De repente, Yang Liujiu oyó el quejido seco y patético de Lai Shu, como si le hubiesen clavado un cuchillo en la barriga. Las dos serpientes se soltaron y el cuerpo largo y delgado de Lai Shu se encorvó como una gamba, la cara se le puso del color de la cera de una vela. La luz brillante de los ojos del pequeño Sun se extravió y de su boca salió sangre. Uno de sus brazos, sin embargo, se había insertado en la entrepierna de los clazones de Lai Shu y le había agarrado con fuerza sus partes íntimas. Lai Shu contuvo la respiración y se le emblanquecieron los ojos. Con todas sus fuerzas, Yang Liujiu golpeó al pequeño Sun, le sacó la mano de las partes de Lai Shu y lo neutralizó. Lai Shu se sintió liberado como una serpiente que ve cómo se levanta el zapato que la pisa; su cuerpo se había encogido considerablemente.

Yang Liujiu se quedó plantado entre los dos y les dijo:

—¡Rápido!... ¡La madre que os parió!... Pero ¿es que no tenéis sueño a estas horas? Esperad a que venga el comandante Guo porque ese tipo no va a dejar títere con cabeza.

Los trabajadores de la construcción de la carretera se despertaron todos de golpe y sus insultos llegaban a los oídos de todo el mundo como oleadas sucesivas. Uno tras otro, se agachaban, daban un sorbo a su aguardiente aguado y barato, y volvían a levantar la voz, insultando a diestro y siniestro. El perrito de la cocina, ese perro tuerto y encanijado, que había perdido un ojo vete a saber cómo y dónde, emitía unos sonidos de animal acorralado y asustado que hacía reír a los obreros. El corazón de Yang Liujiu dio un vuelco y dijo:

—Pequeño Sun, ¿no te has dado cuenta?... Tú y Lai Shu habéis despertado a todo el mundo y ahora vamos a pagar todos lo que habéis hecho.

Los dos delgaduchos se miraron como gallos de pelea.

—Apáñatelas tú con ese perro negro, ya que a más de uno le hacen ruido los intestinos —dijo Yang Liujiu.

En la barraca se oyeron gritos de alegría y todos se juntaron con el pequeño Sun y lo elogiaron.

—Si hubiera podido ir solo, no habría hecho camino con ese fornicador endiablado...

Lai Shu replicó:

—Ve a airear por ahí las vergüenzas de tu puta madre, Sun Ba.

—El pequeño Sun solo airea lo que le viene en gana —dijo Yang Liujiu—. Hace tiempo que sé que anda liado con varias mujerzuelas y, ya se sabe, esos asuntos no los ve nunca nadie...

El pequeño Sun miró con desdén al perro negro, que permanecía en la sombra, al margen de los hombres, y dijo:

—Mi querido Yang, ¿me garantizas que si me hago con el chucho y nos lo comemos no le vas a decir nada al comandante Guo de lo que ha pasado hoy?

Yang Liujiu le dijo:

—Pero ¿a alguien le ha importado eso? No te preocupes.

—Venga, me voy... —dijo Sun Ba.

El pequeño Sun se metió en la barraca y cogió una bolsa para guardar cosas.

—Mi querido Yang —le dijo Sun Ba a Yang Liujiu—, acompáñame a la cocina para picar algo de comida.

Yang Liujiu se enfundó los pantalones, pero no se cubrió la espalda, y de esa manera entró a la barraca. El pequeño Sun lo siguió, igual que un lobo con sus dos ojitos chispeando una luz verde. Al entrar en la cocina, Yang Liujiu con su propia mano encendió la lámpara con una mecha de fuego. Nada más hacerlo, vio el espectro fantasmal de los ojos del jorobado Liu en la semioscuridad, y le dijo:

—Viejo Liu, no me digas nada. Deja que el pequeño Sun coma algo... Pequeño Sun, ¿quieres algo?...

El pequeño Sun le respondió:

—Un churro frito y seco, un youtiao, como esos que se comen de buena mañana para desayunar.

—Pero ¿aún queda algún youtiao?, Viejo Liu... —preguntó Yang Liujiu.

—¡Lárgate de aquí!... —gritó el jorobado.

—No te enciendas, viejo. Todo el mundo ha tomado aquí el mismo camino y todos poseemos los mismos bienes en esta chapuza de obra. Debemos aprovecharnos de que el comandante Guo no está aquí, y si podemos hacer algo, lo hacemos. Tú, viejo Liu, no te hagas el justo ahora. —Yang Liujiu descolgó de uno de los hierros que colgaba del techo de la barraca una tina que contenía esos churros fritos y se la dio al pequeño Sun.

—Mi querido Yang —dijo el pequeño Sun—, debo ir a trabajar, pero antes llenaré mi barriga. —Sun Ba cogió el cubo y sacó un par de youtiao retorcidos, muy largos y sobredimensionados, y luego dijo como quien se consuela a sí mismo:

—A la espera de que nos zampemos la carne de perro...

La luz de la luna brillaba con fuerza en la noche y el animal ladraba en pleno delirio en el patio en la orilla sur del río. El pequeño Sun salió corriendo, pero sin hacer ruido, hacia el dique. En unos instantes, Sun Ba iba a desaparecer sin dejar rastro.

### III

Desde que vio a esa muchacha de nombre Hui Xiu —esa joven asustadiza y de aspecto miserable que estaba en los huesos y daba pena contemplar—, la cabeza del jorobado Liu empezó a funcionar mal. Algo le perturbó seriamente. Al parecer, ese año comió por error una seta de color amarillo como el oro en uno de esos bosques que ocupan las regiones del nordeste de China. Sufrió entonces mil alucinaciones y pensamientos extraños que le atacaban como si fueran una plaga de saltamontes y langostas que le mordían para comérselo vivo. Su cabeza era en esos momentos como un nido de avispas y el pobre Liu creía que su cuerpo estaba lleno de mordeduras. Veía sangre gotear por todas partes y sentía que cada uno de sus movimientos había perdido precisión. Sus pies y sus manos parecían querer pedir prestada la paz de otras personas para hacerla suya, pero era imposible. El agua de las jarras hervía y la de los potes y las cazuelas se convertía en lava volcánica de tanta sal que le ponía. En los objetos metálicos, como en los cazos y las palas, había siempre unas manchas blancas imposibles de sacar, y ello era debido a las cantidades desproporcionadas de sal que había puesto en ellos. Las cestas hechas con hojas de bambú que servían para cocer algunos alimentos al vapor se habían llenado de una pasta blanca viscosa como las gachas y habían salido grumos. Nadie osaba probar siquiera el queso cuajado y blando de soja con los cebollines y los puerros tiernos, todo ello pasado previamente por la sartén. Los obreros de la carretera decían que el jorobado Liu había querido matar al vendedor de sal<sup>11</sup> para hartarse de sal<sup>12</sup>, o su alma había sido poseída por el espíritu mezquino de una zorra que quería vengarse de él. Yang Liujiu quiso llamar la atención a quienes hacían esos comentarios y dijo que el viejo Liu no quería comer sapos, sino carne de cisne; es decir, que le tentaba más la carne de esa medio laopo que era la gordita Bai Qiaomai, la vendedora de cuajada

de soja, a quien se le podía perdonar cualquier desaire por desacertado que fuese. Pero también le tentaba la carne de Hui Xiu, esa criatura virginal que daba pena ver, y que era demasiado joven para la responsabilidad que tenía que afrontar cada día con la venta de los puerros y los cebollines que hacía crecer su familia. A la cabra vieja le gusta comer la hierba tierna y delicada y por ello, ¿acaso merece que hagamos carne picada con ella?, le dijo Yang Liujiu al jorobado Liu; pero, al oír esas palabras, lejos de consolarle, el viejo sintió como si le hubiesen dado un navajazo en el corazón. Aquello era como poner agua salada en la sangre que le hervía en el cuerpo. El jorobado Liu cogió el cuchillo con el que cortaba las verduras y se lo lanzó a Yang Liujiu, pero este lo esquivó a tiempo y salvó el pellejo.

La joven Hui Xiu, con su cintura fina y su figura esbelta, tenía la piel delicada y tersa, pero sus ojos, intensamente tristes, unos ojos en los que había mucho dolor encerrado, despertaban los demonios de un hombre. Cuando ella aparecía en el cobertizo, él sentía como si le hubiesen disparado una bala y se deprimía profundamente. Se sentía además aturdido y confundido; creía que la superficie de la tierra temblaba bajo sus pies e inmediatamente notaba que un intenso calor subía por su cuerpo y la cabeza le ardía hasta el punto de que pensaba que le iba a estallar. Yang Liujiu fingía que no le gustaba Bai Qiaomai, esa mujer tetuda y culona, de carnes prietas, vulgar en sus modales, y ya no tan joven, pero en realidad lo tenía obsesionado y solo pensaba en poseerla un día u otro. Hui Xiu, la joven vendedora de cebollín y puerro, en cambio, parecía, cuando se colocaba bajo la luz brillante del sol, una antorcha de fuego llameante. El jorobado Liu ardía hasta el punto de que el cabello se le convertía poco después en cenizas, pero los ojos se le congelaban. La joven vendedora de cebollín y puerros se parecía mucho a la hija que el viejo Liu había tenido con la laopo que se había escapado con otro hombre. Ese año, Liu recorrió más de tres prefecturas en busca de su mujer y al final la encontró, pero no recordó posteriormente si fue en el burgo de Masang o en otro sitio. En esa época, él tenía la cabeza muy confusa y sentía miedo por lo que podía encontrarse. La huida de su laopo lo había dejado como un perro aterrorizado que sale huyendo con el rabo entre las piernas tras haber recibido un susto de muerte...

Al irse, Yang Liujiu no dejó cerrada esa puerta hecha con cuatro palos de madera finos atados con unas lianas y unas hojas secas empastadas de junco.

La entrada a la cocina de la barraca, ya de por sí irregular en su forma, parecía una boca abierta a la que le faltan varios dientes. A través de dos agujeros del tamaño de un puño que había en la pared que daba al lado sur entraba la luz de la luna —una de esas ráfagas de luz daba de lleno en la boca del estómago del jorobado Liu y la otra caía al suelo, iluminando las cabezas de dos perritos—. Los perros estaban acurrucados, pero muy despiertos, y de tanto en tanto se ponían a ladrar sin parar, como cuando están en celo y piensan en aparearse con alguna perra. Doblado, pero sin poder tumbarse horizontalmente, Liu se decidió por inclinarse hacia un lado para descansar, ya que esa era la manera más cómoda que podía hallar en ese momento, y le dio por recordar experiencias de varios años. Muchos de los escenarios de lo vivido previamente pasaron ante sus ojos. Tanto si los cerraba como si los abría, seguía viendo con claridad esas experiencias vividas.

En uno de los recuerdos que pasaban en ese momento ante sus ojos, él apenas tenía treinta años y acababa de dejar atrás su juventud. Regresaba, además, de su estancia en la región de Manchuria, en el nordeste de China, en donde había podido ahorrar quinientos yuanes con los que iniciar una nueva vida. Pensaba casarse con una joven bella e inteligente de dieciocho años. Su futura esposa tenía sobre sus ojos unas cejas perfiladas que embellecían su rostro. Esa joven estaba siempre sonriente y, en esa época, su cintura estaba un poco curvada hacia delante, seguramente por el peso de las montañas blancas, es decir, de los dos pechos, los cuales eran voluminosos y pesados, como correspondía a una joven de esa edad; su salud, sin embargo, no era de hierro. Su columna vertebral se resentía y a veces se la oía crujir, además, la joven se cansaba con facilidad. El jorobado Liu sabía que a esos años no falta la fortaleza física, pero a su mujer sí y ello le hacía sufrir a él. Lo intentó una y mil veces con ella para no caer en una condescendencia fácil, y buscaba consuelo cuando tanto él como su joven esposa lo necesitaban. Tras un largo tiempo de intentos fallidos, los huevos de los gansos —huevos que son como piedras— fueron incubados y los pollitos recibieron así el calor que necesitaban para poder romper el cascarón y venir a este mundo. Ella le dio finalmente un hijo al jorobado Liu, una niña delgada como un palo de madera. La llamaron Li Man, y ese li significaba «carpa», porque el día del parto, en el río de las Ocho Abundancias pescaron con unos tridentes dos o tres carpas de unos cuatro jin. Unas carpas con ese peso eran algo excepcional, y el jorobado

Liu y su joven esposa hicieron una sopa con una de ellas y se la tomaron para celebrar el nacimiento de su hija y, al mismo tiempo, para que la madre repusiera fuerzas. El tener un hijo hizo que la joven recuperara la sonrisa perdida. El jorobado Liu, por su parte, tenía que afrontar diariamente mucho trabajo, y sus manos y sus pies, endurecidos por tanta labor, ganaron en reputación. Liu cuidaba de su laopo y su hija como si fueran canarios en una jaula que cantan tanto si llueve fuera como si no. La madre daba de mamar a su bebé con sus grandes pechos, los cuales habían ganado peso, como todo su cuerpo. El jorobado Liu pensaba que Li y su madre eran como dos gotas de agua, ¡Ahora quiero que me des un hijo!, le dijo a su joven mujer, pero esta no le respondió. Más bien, sonrió a su hijita con cara de tonta mientras la amamantaba. A menudo, a la joven laopo del jorobado Liu le daba por sacar repentinamente el pecho con su pezón hinchado para ofrecérselo a su niñita. Esta, al verlo, se azoraba y se lanzaba con su boquita abierta hacia el pezón de su madre... Hui Xiu se parecía mucho a esa niña. A decir verdad, le era imposible diferenciarla —era como tenerla de nuevo ante sus ojos—. Hui Xiu era alta y delgada, con un rostro que inspiraba pena. La hija del jorobado Liu, Li Man, si hubiese llegado a los dieciocho años, habría sido igual que Hui Xiu, la pobre vendedora de cebollín y puerro. Pero los asuntos bajo el Cielo, los golpes del destino, con su lado teatral, ¿por qué se llevaron a esa criatura inocente? La vida es un sueño. Viejo Liu, has tenido mala suerte en la vida y ahora te das cuenta de que lo de tu mujer y tu hijita no fue más que un bello sueño. Aquel pueblo no se llamaba Masang y tampoco te acuerdas si estaba detrás del río de las Ocho Abundancias, viejo Liu, pero sí sabes que estaba a más de cuatrocientos li de tu casa. En esa época, había una familia bajo el Cielo e ir hasta ahí era comer, aunque no se tuviese dinero, ya que había comida por todas partes. Cuando caminaba por los campos donde crecía la soja, los granos, quemándose, se desprendían de sus vainas y podía oírse cómo crujían: crac, crac, cric, cric..., y explotaban: ¡pum, pum! Los granos de soja saltaban hacia lo alto y a lo lejos... Bajo el ombligo de Li Man había una mancha negra del tamaño de una uña y la gente solía decir que, si la mujer no tiene lunares ni marcas de nacimiento en la parte superior de su cuerpo, es, en realidad, una mula. La laopo del jorobado Liu tenía, en cambio, siete marcas en su espalda, y ella misma le habló bien de ellas a su marido. Desde que vino al mundo, ella tuvo que sufrir una vida dura y llena de asperezas. Cada día, llevaba a cuestas y con orgullo esas siete marcas y decía: «La gente que lleva

a cuestras sus marcas de nacimiento no lleva pantalones; las marcas de nacimiento que llevan a cuestras los hombres hacen que se agrupen los mulos y los caballos...».

Vete a saber cómo pudo la luz de la luna alcanzar, a través de la ventana, hasta la cara misma del jorobado Liu. Siguiendo la línea de ese haz de luz hasta su origen, el viejo Liu llegó hasta la sombra de la luna, que era como un árbol. Sintió que sus ojos se le helaban de golpe. La tierra baldía, esas tierras incultivables, más allá de la medianoche, dispersaban el calor acumulado durante el día y creaban una luminosidad, junto con la luz de la luna, que se posaba sobre ellas. El suelo alcalino olía cada vez peor, más pestilente e insufrible y con más intensidad que nunca, y se escuchaba al mismo tiempo sollozar a las aguas del río —parecían una joven llorando—. A los obreros de la construcción de la carretera que se habían ido a dormir se les oía cuchichear en el interior de la barraca. Ese grupo de trabajadores sufría, de una manera u otra, sus grandes y pequeños tormentos, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a tomar doufu y cebollín fritos cada jornada. Yang Liujiu, sin embargo, compraba a diario ese queso de soja a Bai Qiaomai y el cebollín verde a Hui Xiu para que lo preparase el jorobado Liu. Lo hacía sobre todo porque no tenía dinero para carne. Hui Xiu iba siempre detrás de Bai Qiaomai y parecía un perrito que no quería perder el paso de su amo. Las autoridades subsidiaban, en un principio, a los obreros con cinco maos diarios, pero nadie sabía si esa orden venía del comandante Guo. Además de esos cinco maos, las autoridades les otorgaban como ración diaria un par de jin (un poco más de un kilo) de harina de maíz y un par de liang (unos cien gramos) de harina blanca, pero el comandante Guo no tenía ni idea de dónde sacar esas cantidades de comida. Guo confiaba en él y debía seguir las órdenes del jefe interino de la construcción de la carretera como si ambos estuviesen atados a una misma cuerda, pero el jorobado Liu sabía cómo eran los hombres y cómo reaccionaban cuando veían unas montañas blancas y un bosque frondoso —es decir, los pechos voluminosos y el pubis lanudo de una mujer—. Había oído muchas historias que le mostraban la naturaleza de esos hombres que están demasiado solos, y por ello desconfiaba de Yang Liujiu. El jorobado Liu había dado varios tumbos en su vida y había residido en el sur e incluso en Beijing por algún tiempo. Creía que esos quinientos yuanes que había ahorrado en las tierras del norte iban a poder comprar su felicidad, pero se equivocó.

Mientras pensaba en su vida pasada, Liu había olvidado a los trabajadores de la obra y la carretera. Nadie sabía, y él menos, adónde se dirigía esa carretera ni por qué se construía en medio de un descampado en el que no había absolutamente nada. La luz de la luna helaba cada vez más los ojos del jorobado Liu, pero su mirada no se apartaba del camino dorado que trazaba ese chorro luminoso hasta su origen: la luna misma allá colgada en el firmamento. Y luego vio esa sombra con la forma de un árbol...

Dieciocho años atrás, el viejo Liu se fue, enviado por el Gobierno, a las montañas del sur —a Nanshan, en concreto— para picar en la mina y extraer pepitas de oro de ese lugar inhóspito y lejano. De hecho, existían indicios de que en esas montañas había oro, pero nadie lo había visto nunca y las autoridades enviaban a cualquiera que tuviese dos manos para trabajar en el acero<sup>13</sup> —el oro de los nuevos tiempos—. El jorobado Liu pasó ahí tres meses, y era verano cuando llegó a las montañas, pero recordaba la belleza de los campos de cebada y de maíz de la región del norte que acababa de dejar, pues sabía que iban a desaparecer por negligencia. Su esposa cerró la puerta de la entrada para bañarse en el patio y llevó a su hija en brazos hasta la habitación, donde la dejó. Luego se fue. Las mujeres, para lavarse, utilizan un barreño de piedra negra, como esas que se usan en los tejados de las casas, y un paño verde de origen soviético. La mujer empapa ese trapo en el agua del barreño y se frota posteriormente los brazos y el cuello y con él. Con el agua del barreño en alto, mientras cae por la espalda, con sus canalillos, se acaba de limpiar. La mujer parece entonces la Osa Mayor, con la forma de un carro. Ninguna de las infinitas gotas que descienden sobre su carne y sus huesos permanece en ella. Esas gotas parecen caer en realidad sobre unas hojas de loto verdes y tersas o sobre las espaldas plumadas de un patito que acaba de salir del agua. Mientras tanto, la hija se chupaba los dedos y de su garganta surgían unas risitas torpes que sonaban como ja, ji, ja, ji, ju... Cuando regresó a su casa en el norte, desde las montañas del sur, las hojas de los palosantos habían enrojecido como la sangre y daba gusto verlas. En el camino de vuelta, el jorobado Liu pensaba en su mujer y su hija. Hacía tres meses que no las veía y la pequeña ya podía llamarlo «papá» con su propia voz, pero durante el trayecto de regreso él no era todavía consciente de ello. Sus pensamientos eran como el fuego, igual de encendidos e incontrolables. Sabía que desde las montañas del sur hasta su casa había más de doscientos cincuenta li y tenía un

largo trecho por recorrer. El sol enrojecía en lo alto y al llegar a los bosques ya sería medianoche. A mediodía se detuvo en una cantina para comer un boniato. Se sentó y así lo hizo, sin que nadie le prestase atención. A principios de ese año, la gente parecía haberse atontado. Y, al verles la cara, parecían más bien muertos vivientes. En ese lugar, cada uno de ellos se conocía, pero también cada uno de ellos era un extraño para el otro. El jorobado Liu deambulaba entre el ruido y el furor de los hombres como si todo eso no fuese con él. Los hombres se juntaban entre sí porque eso les hacía más fuertes y encontraban siempre algún consuelo en ello. Hombro con hombro, siempre, pero sin hacerse preguntas que pudiesen molestar, y ocupados, muy ocupados, para tener la cabeza en otra cosa. No había nada peor que los momentos de ocio, cuando uno no sabe qué hacer y le da por pensar en cualquier tontería. Al llegar al pueblo, respiró hondamente, ya cómodo en su nueva situación. En llamas, se dirigió a la entrada de su casa, pero desde allí no pudo ver a nadie y fue hacia el patio interior. De hecho, no existía puerta. Esperaba ser recibido con la sonrisa amplia y generosa de su mujer, pero ahí tampoco había nadie. El jorobado Liu se asustó mucho. En medio de la bruma nocturna, bajo las estrellas, gritó el nombre de su hija Li, pero nadie respondió. Volvió a gritar, pero solo reaccionaron unos gatos callejeros, los cuales, alarmados, salieron al patio desde los muros colindantes. Los animales arrastraron sus colas por el patio, polvoriento como si nadie lo hubiese barrido desde hacía tiempo. Lo cruzaron con sus espinas dorsales erizadas y ello asustó todavía más al jorobado Liu. Poco después se dio cuenta de que la casa estaba llena de gatos callejeros. El corazón de Liu se enfrió de golpe y a los orificios de su nariz empezó a llegar un olor pestilente que le impidió respirar bien.

¡Li Man! ¡Hija mía!... Desesperado, el hombre se apresuró a introducirse en las habitaciones de su casucha. Vio polvo por todas partes. Olía a humedad y había ratas y ratones a los que se oía corretear por el techo y chillar. El jorobado Liu encendió una cerilla y vio entonces unas candelas apagadas y cuya cera estaba derretida; también, varias monedas en el suelo cubiertas de suciedad. Los muebles, de por sí humildes y sencillos, estaban destartalados y parecía que alguien hubiese querido hacer leña con ellos. También sucios, solo mostraban las innumerables huellas de los roedores. Al jorobado Liu se le apagó la cerilla y se hizo la oscuridad total ante sus ojos. Un murciélago levantó el vuelo y los ratones, en las vigas del techo, comenzaron a pelearse

entre ellos. Volvió a prender una cerilla y la luz del fuego alumbró los fragmentos de varios boles rotos. También iluminó varias ropas y paños de bebé, manchados con orinas y residuos fecales, todo tendido en un cordel. Encontró la lámpara de aceite y la encendió. Con ella en la mano, recorrió cada esquina de la casa. Abrió un armario y vio que sus ropas aún estaban ahí, pero no las de su hija ni las de su esposa. Luego fue al granero y abrió la puerta. Contempló las tinajas con el arroz y el trigo, además de varios ratones campando a sus anchas y sirviéndose de todo el grano que querían; hambrientos, habían destrozado las telas que, en principio, debían servir para cubrir esos recipientes y proteger su contenido de visitantes indeseados. Pero algo más le llamó la atención: unas guatas de algodón desgarradas y manchadas de sangre, unas cuerdas con trozos de carne de un animal que el jorobado Liu no llegaba a reconocer y huevos de algún ave que tampoco identificó. Los ratones continuaban con sus chillidos y mordisqueaban todo lo que encontraban a su paso, incluidos los restos de esa carne putrefacta de un ser que había sido devorado hasta las entrañas por todo tipo de bestezuelas hambrientas. Ese espectáculo le resultó particularmente desagradable al jorobado Liu y se le revolvió el estómago, entrándole ganas de vomitar. Mareado y aturdido, abrió los ojos tanto como pudo para no perder ningún detalle. Vio que la pared estaba llena de magulladuras provocadas por el impacto de varios utensilios de hierro de los usados para trabajar en el campo. Decepcionado, se sentó en el suelo. Parecía un muro inundado de agua y ablandado a punto de caerse. El jorobado Liu era incapaz de ponerse de pie. Iluminó hacia abajo con la lámpara y unas gotas de aceite quemado cayeron en la superficie del suelo del granero. De esas mismas gotas se elevaron hacia el cielo unas llamas con su humo, semejantes a culebras. Toda la casa parecía bailar al ritmo de ese fuego. Al acabarse el aceite, se extinguió la llama y volvió la oscuridad. Liu se tumbó sobre el suelo y se puso a pensar. Su hogar, su dulce y feliz hogar, había desaparecido. Su querida laopo seguramente no deseaba quemar su juventud en ese agujero y salió corriendo, se fugó con otro hombre. Incluso su hijita salió corriendo de ese lugar olvidado. Unas lágrimas descendieron sobre el rostro cenizoso del jorobado Liu. Se detenían y finalmente todas ellas se deslizaban hasta llegar al cuello.

En la esquina oeste del burgo de Masang se oyó ladrar otra vez a ese perro grandullón al que le irritaba cualquier cosa. Ya todos en el burgo de Masang

reconocían esos ladridos bruscos y de dónde venían. Y, como solía suceder, el efecto contagio se transmitía inmediatamente a los otros perros, que comenzaban a ladrar a su vez como imitando al grande del oeste. Después, todo se calmó de golpe. La luna llena brillaba con su luz blanca y pálida sobre la vertiente suroeste del burgo de Masang y parecía dejar atrás la oscuridad de la noche. El rostro del jorobado Liu se había humedecido, pero no sabía con certeza si era debido a la humedad de la noche o a sus propias lágrimas. Más de diez años atrás, su corazón fue azotado por una tormenta de arena y se endureció como una roca. Ni siquiera una aguja clavada en él le hubiese afectado, pero la vendedora de cebollín y puerro, sin quererlo, ya había hecho polvo ese corazón endurecido. Lo había emblandecido como se emblandece la caperuza de una cigarra. El jorobado Liu se sentó, colocando su cintura sobre una almohada de paja. Encendió un cigarrillo. El sabor agridulce del recuerdo de los últimos diez años teñía los pensamientos discontinuos que discurrían por su cabeza —algunos de esos recuerdos se presentaban claramente, otros de manera confusa y borrosa—. La figura de su hija se mostraba de pie ante sus ojos y ella parecía igual de joven que en esa época. Con los ojos llenos de lágrimas, se dijo: Li, su padre... No le culpes de nada... El jorobado Liu abrió los ojos y seguía sin haber nada. Tenía en su boca gusto a tierra. El cabello desordenado de la mujer caía sobre su rostro y le hacía cosquillas. Sus manos suaves cogieron los brazos de Liu, como su pecho, y se pusieron a manosearlo con el fin de apaciguarlos. Y con los ojos abiertos, los dos rayos de luz, indistintos y sedosos, se disolvían al entrar en contacto con su rostro. Los ojos lacrimosos del perrito tintineaban como las estrellas.

Liu estaba tumbado en el suelo de su casa y sentía que su cuerpo se descascarillaba, perdiendo al mismo tiempo todos sus líquidos internos. Pensó en levantarse, dando un salto hacia adelante. Quería luchar, pero ya no podía saber dónde estaban sus piernas y sus brazos. Se sentía atado, completamente paralizado. Cuando corría por el camino de las montañas, inconscientemente, pensaba en las cuerdas y en su hija y en su mujer. Pero ellas no estaban en casa y sí las cuerdas. Lo mejor, pensó el jorobado Liu, era seguir tumbado y morir junto a esas cuerdas. Durante ese período de tiempo, le costaba levantarse —era como un niño que aprendía a andar y se tambaleaba con torpeza de un lado a otro—. Así, se dirigió al patio interior de su casa. Parecía que el pueblo había sufrido una revuelta militar o algo parecido. Los árboles habían sido

talados y varios hornos de pequeño tamaño de producción casera que quedaban detrás habían sido utilizados como fundiciones para fundir acero y estaban llenos de cenizas plateadas. ¿Habían querido hacer cañones en esos hornos? Grupos de hombres se habían precipitado, enloquecidos, hacia la leña apilada allí para hacer con ella vete a saber qué. El jorobado Liu se metió en la casa de su cuñado. En ella, había gente que no pertenecía a esa prefectura y vociferaba sin parar. Luego se dirigió a la de su tío, el tío Liu, que, como pudo ver, tenía las ventanas destrozadas. En su interior habían colocado varias tablas de madera para que hiciesen de camastros improvisados para acoger a alguien. El jorobado Liu pudo ver en la casa de su tío a un anciano remendando unos zapatos y unas ropas. Finalmente, se había topado con alguien que conocía. Ese individuo le contó que las gentes del pueblo se habían desplazado al cantón oeste del burgo. El jorobado Liu salió disparado hacia allí para encontrarse con su mujer y su hija, pero le informaron de que, dos meses atrás, se presentó un grupo muy numeroso de hombres que no eran de la prefectura y, entre ellos, había uno salido del mundo de los libros, pero con muy poca experiencia de la vida, que llevaba un uniforme caqui y azul índigo con unas pinzas metálicas pequeñas deslumbrantes colgadas en el cuello de su camisa de cuello largo. En su pecho llevaba insertada una pluma. Algunos le dijeron al viejo Liu que su mujer se había fugado con ese jovenzuelo a Dongbei, esas regiones del nordeste de China con sus campos dorados. Ese joven se había llevado tanto a la esposa como a la hija. A la mujer la vieron, según le contaron, con algo envuelto en una sábana. Ese bulto debía de ser, sin duda alguna, la hija. Otras gentes se lo habían confirmado, según pudo escuchar con sus propios oídos. El corazón del pobre hombre se llenó de rabia y amargura. Deseaba, por todos los medios, que su mujer y su hija volviesen a su lado. Quería recuperarlos ya, en ese preciso momento, y linchar hasta acabar con él a ese joven remilgado y fino, ese joven que seguramente sabía leer y escribir, no como él. Y seguro que era apuesto y fino, y no un campesino deforme y monstruoso como él. El jorobado Liu se fue a ver a las autoridades del pueblo para saber algo más sobre las circunstancias de la desaparición de su familia —se dirigió, en definitiva, a esas mismas autoridades que le habían enviado a las minas de Nanshan—, y uno de ellos le dijo que lo mejor que podía hacer era ir a la cantina, agarrar algo de comida, empaquetarla y marchar inmediatamente al sur, que era el lugar donde debía estar. Hacer otra cosa le iba a acarrear, sin duda, muchos problemas. No valía

la pena quedarse en esa región con esos campos asolados por las sequías y el abandono de los hombres. ¿Qué iba a hacer allá en Dongbei? Le dijeron que se alejase dos o tres li y vería con sus propios ojos. A aquellas tierras se les había robado, por decreto gubernamental, su futuro. El jorobado Liu viajó día y noche y se llenó la barriga con agua nada más llegar a uno de los canales del río; seguidamente dio un bocado a sus provisiones. Durante la primera noche buscó desesperadamente alguna panocha de maíz, pero no la encontró, y se fue a dormir sin haber realizado su deseo. Al día siguiente recorrió cien li y, llegada la noche, se encontró con la necesidad de dormir de nuevo al aire libre en un bosque. En la tercera jornada pensó que había llegado finalmente a su destino. Al cabo de dos días, se sentía como un perro cazador que huele ya a su presa y corre con ansiedad hacia ella. Tomase un camino principal o un atajo, no iba a dejar de pensar en ellos. Ese mal olor, ese olor rancio e intenso a leche materna sobre el cuerpo de la mujer, le hacía marchar en el camino, y en esos momentos tampoco podía sacarse de la cabeza los llantos de la niña, como si todo eso lo tuviese delante; pero, en el momento presente, ya habían desaparecido para siempre. Ya no existían en la realidad, y él lo sabía. Su mujer y su hija se habían escondido en una de las casas de uno de los pueblos vecinos. Al llegar a ese lugar, el gran disco rojo del sol ya se habría puesto. En el lado norte se alzaba una de esas torres altas de ladrillo que coronan los hornos y podía verse el choro del humo que se elevaba hacia el cielo, así como algunas llamas que enrojecían el interior de la torre. Había fuego por todas partes. Esos eran los nuevos tiempos. El planeta Tierra se había convertido en una inmensa fundición donde se producía acero y más acero. El planeta mismo se iba a convertir en acero. Pero en un par de días, el jorobado Liu se encontraría de nuevo con los paisajes salvajes de su tierra y los campos fecundos de la vida, rebosantes todos ellos de los buenos productos que ofrece la naturaleza. Vería de nuevo las cosechas abundantes ya maduras para ser almacenadas. Al pasar por el cruce, se encontraría con una mujer que llevaría a cuestas una cesta de bolas de algodón, granos de soja y boniatos, pero nadie le vería a él y nadie le preguntaría nada. Los campesinos valoraban más que nadie esos frutos de la tierra, y pensar en ello le hacía mal al jorobado Liu. Varios pensamientos sombríos con algunos intervalos luminosos, como relámpagos en medio de la tormenta, atravesaban su cabeza. Sí, había perdido a su mujer y a su hija, y, mientras cruzaba las muchedumbres de hombres enloquecidos, temblaba sin parar. No podía tener peores presagios. El sol se

hundió detrás de las montañas y ante él surgía ese pueblucho miserable y ruin como todos los pueblos de ese rincón olvidado del mundo. Le llamó la atención ver solamente un par de chimeneas humeando. Estaban hechas de ladrillo rojo y en su parte superior, ahí donde está la boca, habían pegado unas tejas de porcelana como adorno. Era de un color oscuro, como la salsa de soja fermentada, y el humo era amarillento y sucio, pegajoso y potente, con ganas de salir. No había viento y, como sucede con un cigarrillo, al cabo de diez metros, y ya en el aire, la humareda de las torres se diluía. Vistas de lejos, esas dos torres eran como un par de pinos de esos que terminan en punta, como los peces espada. El jorobado Liu sabía que en aquel lugar nadie le iba a servir un plato caliente, aunque podía probar a ver si alguien le conocía. Pero ¿quién le iba a reconocer? Nadie iba a recibirlo. No se atrevía a entrar en el pueblo para exponerse a la vista de todos. Prefirió meterse en el maizal con el fardo de sus ropas sobre sus hombros. Poco después, desenrolló su cama y se echó sobre ella para descansar. Ya le picaban los ojos debido al cansancio y al aire que reinaba en esos campos. El jorobado Liu sacó de su saco un pan duro y enmohecido, de lo poco que le quedaba para comer, y se lo llevó a los ojos y a la nariz, para olerlo. Luego cogió una panocha de maíz que apestaba, pues estaba pasada, y unos cebollines que parecían ya unas pajas secas. El jorobado Liu quería aprovechar la poca luz del día que todavía quedaba. Percibió algunas hojas un poco verdes y pálidas, pero todavía largas y amenazantes, que eran como barbas puntiagudas —junto con las borlas de la planta del maíz—, y ello le hizo tomar sus precauciones. No debía moverse del maizal. La tierra parecía haber temblado en esos parajes, y el jorobado Liu cogió al azar algunas mazorcas, las que vio en mejor estado, pero todas ellas estaban ya pasadas, más maduras de lo normal, y era imposible consumirlas. El tiempo de la recogida había pasado y nadie en esos pueblos se había presentado para hacer esa tarea. Las borlas se habían secado como las barbas de un cadáver. Un viento ligero se giraba repentinamente y agitaba las hojas de las plantas del maíz —parecía que se volvían locas de golpe—. El jorobado Liu comió un par de rebanadas de pan, pero continuó pensando que tenía hambre y debía meter algo más en su estómago. Lo sentía vacío. Sin dificultad alguna, arrancó un tallo, lo peló y con las uñas sacó las semillas que creyó comestibles; pero, inexplicablemente, esas semillas le supieron a acero. Volvió a tumbarse sobre la tierra del maizal y se dio cuenta de que la luna — una luna llena, resplandeciente— había salido en el firmamento. Las estrellas

tintineaban y empezaba a helar. El jorobado Liu se cubrió con una manta ajada y sucia. Tenía frío hasta en los dientes y con los brazos intentó entrar en calor. Vislumbró más allá del maizal, junto a la carretera, un objeto negro que le llamó la atención. Era de grandes dimensiones, no se movía y permanecía impassible ante sus ojos —era un horno de ladrillos abandonado—. Alrededor del horno habían crecido hierbajos de todo tipo y el terreno estaba cubierto de ladrillos rotos. Liu se encaminó hacia allí y notó esos pedazos de ladrillos bajos sus pies. Quería en realidad meterse en el horno para escapar del frío, pero, de repente, oyó unos llantos. El jorobado Liu se asustó, detuvo sus pies y se agachó para no ser visto. No se atrevió a moverse y el viento del otoño le azuzaba el cabello con sus ráfagas bruscas y repentinas; como la mala hierba que crecía en ese recinto, se le balanceaba de un lado a otro. El viento avivaba las estrellas del firmamento, las cuales parecían haber afilado sus puntas, y los llantos provenientes del horno se escuchaban con más claridad. El hombre supo entonces que esos llantos eran de una mujer y se le heló el corazón. Seguidamente, oyó la voz de un hombre que decía:

—No llores, hermanita.

Poco después, el jorobado Liu pensó que esa joven mujer tal vez se llamaba Maizi, ya que las gentes de ese lugar pronunciaban mei (hermana pequeña) como mai (trigo). Los llantos de esa niña se oían cada vez más claros y distintos. Incluso se la oía respirar profundamente, como si estuviese bebiendo a sorbos el caldo de una sopa caliente.

—Debemos salir corriendo —dijo el hombre.

—¿Adónde quieres que salgamos corriendo? —le preguntó la mujer, sollozando.

—¡A Manchuria! ¿Dónde si no?...

—No tenemos dinero para trasladarnos hasta ahí.

—Cogeremos el tren. ¿No te parece?

—Me da miedo. He oído decir que en Dongbei hay osos salvajes que atacan a las personas.

—Si sabes que eso te da miedo, pues te da miedo, pero no me salgas corriendo. ¿No estás preparada para casarte con él?

—Mi madre se ha gastado todo el dinero de la familia. Si salgo corriendo, matarán a mi madre.

—¿Y qué propones a cambio?

—Pues me casaré con él, pero tú y yo seguiremos juntos, aunque sea a escondidas.

—No quiero que sea así. A mí, este asunto me pone nervioso y me asusta. ¿Para cuándo has planeado ese día?

—Así será, y no hablemos más, hermano. Moriremos juntos.

—¿Morir juntos?

—Nos envenenaremos; he traído veneno.

—No, no, hermana. Podemos huir, todavía podemos huir...

—Nadie saldrá huyendo.

—Debemos morir juntos... Absolutamente... Una vez lo hayamos hecho, hecho estará...

El jorobado Liu reconoció la voz de su mujer, y rio estruendosamente. Luego se oyeron unos sollozos... Agarró un ladrillo con la intención de lanzarlo al interior del horno para, así, despertar del sueño a ese para de patitos enamorados, pero temió hacerles daño y arrojó el ladrillo al suelo, ya que, por no se sabe qué razón, les había cogido cariño. De rabia e impotencia, pensaba matarlos, pero no pudo. Se agachó y se puso a jadear. Le faltaba el aire y creía que se iba a morir. ¿Era realmente esa su querida mujer y su amante? El jorobado Liu dudó. Vio que tenía las manos sucias, de polvo, y se precipitó hacia el interior del horno con el fin de deshacerse de su sentimentalismo tonto y acabar con la vida de esos dos suicidas. En el horno había polvo por todas partes —un polvo que uno podía respirar, incluso morder con los dientes—, los dos tórtolos lamentándose de su amor imposible y preparados para envenenarse salieron corriendo, despavoridos, al ver al jorobado Liu dispuesto a acabar con ellos.

Algunos años después, Liu volvió a pensar en esa experiencia y lo que sintió por dentro. A lo largo de su existencia, esas imágenes volverían a presentársele varias veces. Al jorobado le provocaban unas crisis tan fuertes que deseaba acabar con su vida. Cuando aquellos jóvenes que huían de ese mundo miserable —y ella, en particular, salía huyendo de él, un ser deformado que la condenaba a una vida todavía más miserable— salieron corriendo, el jorobado Liu se metió en el horno de hacer ladrillos para refugiarse del maldito frío. El cuerpo le temblaba de los pies a la cabeza. Buscó unas pajas para formar una cama donde acostarse. Esas pajas parecían conservar todavía el calor de la pareja. El jorobado Liu se estiró sobre ellas, rígido como un

muerto, y así se quedó dormido. Al despertarse, un sol rojísimo brillaba en todo lo alto e iluminaba los muros enladrillados y arcillosos del horno, enrojeciéndolos a su vez. El hombre salió de ese lugar ruinoso que se caía a pedazos y marchó en busca del camino que conducía a los campos de sorgo. Una vez allí, entró en ellos y se tumbó sobre la tierra seca para coger aire y esperar otra oportunidad para retomar de nuevo el camino. Percibió en esos momentos a varios adultos que recorrían la senda hacia los campos de sorgo, pero él no se atrevió a llamarles la atención. Más tarde, el jorobado Liu vio salir del pueblo a un hombre y una mujer con sus dos hijos. La niña y el niño tiraban, los dos a la vez, de una cabra de pelo negro que se desplazaba dando pequeños saltos. Los pequeños llevaban a sus espaldas unas cestas muy vistosas y en sus manos, una navaja para cortar y pelar el grano. Había en el pueblo quienes canturreaban la misma cancioncilla que los niños en esos momentos, al caminar:

... El burgo de Masang tiene tres li de largo y en la calle de Fan Xi se pasea la niña Xia, la de las Nubes Rojas, para que la vean todos, y mientras tanto, el padre de la niña, el viejo cabrero, no para de ulular: ¡uh, uh, oh, oh! El burgo de Masang tiene dos li de ancho y en la calle de Fan Xi abrazan a la niña Xia, la de las Nubes Rojas, cuando la ven, y al padre de la niña le duele verlo: ¡uh, uh, oh, oh!...

El viejo jorobado salió de los campos de sorgo y los pequeños dejaron de cantar, tragándose la canción y metiéndola en el fondo de su estómago. Retrocedieron unos pasos y la niña, asustada, lanzó un grito al ver al jorobado Liu, soltando inconscientemente, y de golpe, el cordel con el que guiaba a la cabra, que quería sentirse libre y salir disparada a un lado de la carretera para comer hierba.

—Niño, ¿sueñas a la cabra?

—Yo cortaré la hierba y tú te encargas de cuidar a la cabra, hermana...

—Pero, con el socialismo, ¿todavía se ocupa uno de las cabras?

—Mi abuelo es uno de los líderes del socialismo...

—Oh, quizá es la cabra-jefa del socialismo... ¡Qué miedo!

El jorobado Liu extrajo unas hojas de las plantas de sorgo y se las dio a la cabra. El animal, curioso, las olfateó y empezó a mordisquearlas. El pequeño

le preguntó:

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Y de dónde sales tú?

—Hago acero, mucho acero —respondió el Liu con mucha chulería—. ¿Te parece poco?

—Pareces un espía, uno de esos perros traidores... —replicó el niño—. Si eres un buen soldado, un patriota, vaya, vete a liberar Taiwán y déjanos en paz.

Cuando acabó de pronunciar esas palabras, la niña intervino con unos sonidos ininteligibles:

—Gloc, gloc... gloc, gloc... Una llamada de Beijing pidiéndome que... ¡Me haga soldado y deje las cabras!... Aún no me he hecho grande, pero cuando sea grande... ¡Ya habremos liberado la isla de Taiwán de esos cabrones!

El jorobado Liu le replicó:

—No creo que puedan hacerlo..., por eso me están esperando a mí...

—Chun'er, vámonos... —dijo el niño a la niña. Liu añadió:

—Niño, ve con cuidado, sin prisas... Quiero preguntarte sobre alguien... Vosotros, que sois del pueblo... Tengo una mujer que está en los huesos. ¿La habéis visto por aquí? Con ella va una niñita, muy poca cosa ella también... Seguro que todavía la lleva en brazos... Hace varios meses que no los veo y deben de estar deambulando por estos parajes...

—Pues no lo sé... —dijo el niño, sacudiendo la cabeza y con mirada maliciosa.

—¡Yo sí que lo sé! —saltó la niña.

—¡Xiao Chun! —gritó el niño.

—Esa niña se llama Li Man —volvió a decir ella.

—Xiao Chun, hablas más de la cuenta... —la censuró el niño.

El jorobado Liu sacó de su bolsillo la talla en hueso de un mono, se la dio al pequeño, y le dijo:

—Hermanito, dímelo. Trabajo para la seguridad pública. Ya sabes, la policía. Esa mujer tenía una misión especial; ella es una espía. Dime, ¿dónde está ella?

El niño, acobardado, y manoseando el mono de hueso, respondió:

—Pero no le digas a nadie que te lo he dicho. ¿vale? Ah, ella vive detrás

de los comedores, junto al cobertizo. La parte delantera da a una entrada de agua que viene del río. Hay mucha agua en ese sitio. Mi madre suele ir hasta ahí para hacer la colada y siempre habla con ella. Mi madre nos dice que la tratemos como si fuera una de nuestras tías.

El jorobado Liu volvió a meterse en los campos de sorgo, pero esta vez nervioso y mesándose los cabellos. Si hubiese podido, habría salido volando hacia el pueblo...

De repente, oyó, más allá de las barracas, unas pisadas que parecían las de una estampida alocada de bueyes. Ansioso, se giró de golpe y vio las sombras de varias decenas de hombres que se cruzaban entre ellos y creaban dibujos blancos y negros, unos dibujos caóticos, sobre el terreno polvoriento de la obra. Un diablillo con cara de haberse comido el mundo estiraba con fuerza unos hilos de nailon de un blanco plata deslumbrante. Esos hilos de nailon ataban a un perro negro enorme.

El jorobado Liu enrolló su camastro, se enfundó las zapatillas y se fue a la barraca. El pequeño Sun arrastraba al perro negro, y la muchedumbre de los trabajadores, al verlo, se había sobreexcitado y jadeaba. La cuerda del pequeño Sun brillaba como la plata, igual que el pelo negro del perro, mientras saltaba al ritmo que le marcaban los pasos del animal con sus cuatro patas galopando cadenciosamente. En la parte baja de la barriga del perro había una zona de pelos blancos que destellaban como si estuviesen animados por la electricidad. Alerta y vigilante, el pequeño Sun caminaba sin quitar ojo al animal para que este no se le desviara de la ruta o le hiciera caer al suelo. El pequeño Sun volvía a estirar la cuerda y el perro, ofendido, alzaba el hocico y de su abdomen sacaba unos ladridos graves y sordos, pero potentes. Guau, guau, guau... Ese perro parecía haberse zampado a un niño envenenado y por eso gruñía.

—Venid, anda... La madre que os parió... Vamos a darle una paliza a este perrucho de mierda... Vamos a darle una paliza de muerte y luego no los comemos... ¿No os lo pide el cuerpo, camaradas?... —dijo a gritos el pequeño Sun con una voz estridente, ensordecedora, sin opción a respuesta.

—¡Rápido, las herramientas! —gritó a su vez y alterado Yang Liujiu, y la muchedumbre se dispersó, más excitada y confusa que unos momentos antes, yendo de un lado a otro y agarrando todas las palas de hierro y todos los picos que encontraba a su paso en la obra, y juntándolos luego en una pila.

—¡En círculo! —dijo Yang Liujiu—, y no dejéis que se escape este perro cabrón...

Varios hombres se presentaron con cuchillos y otros utensilios de cocina metálicos, con punta o afilados, incluso rodillos, y los agruparon todos en un montón con parsimonia, como quien no quiere olvidar nada. El pequeño Sun soltó la cuerda, retrocedió unos pasos y se alejó del animal. El perro se había sentado en el suelo, con el cuello estirado y la cola, enojada y nerviosa, agitándose de un lado a otro, levantando polvo y enturbiando la luz de la luna. Sus ojos, esos dos ojos sufrientes, ojos llenos de desolación, eran como dos fósforos encendidos. Los pelos de su espina dorsal parecían haberse enrollado entre ellos, formando unas rastas embrolladas y sucias. Los presentes avanzaron cautelosamente hacia el perro y a la espera de saber quién entre ellos empezaría a aporrearlo. El animal no dejaba de gruñir, molesto, sin duda, e intuyendo lo que le iba a pasar. Ello ablandaba el corazón de los hombres. El perro reaccionaba, airado, ante cada una de las sombras de aquellos, por grandes o pequeñas que fueran, y pensaba que, saltando sobre ellas, iba a hacerlas desaparecer. Tocaba con las patas delanteras pedazos de yeso procedentes de la obra que le arrojaban los trabajadores y los deshacía. Uno de esos trozos lo alcanzó y el animal lanzó un gemido. El ruido que provocaban sus garras al rasgar el yeso era difícil de soportar y recordaba el chillido de un diablo que se lamenta por su suerte. El obrero, con cobardía y una sonrisa maliciosa en los labios, se alejó del animal, pero este se volvió hacia él para perseguirlo. La cuerda blanca como la plata que lo ataba, sin embargo, se lo impidió, y casi lo estranguló, tensándose y apretándole el cuello hasta dejarlo sin respiración. El perro, que se había elevado, cayó al suelo con todo el peso de cuerpo. Por unos momentos, se puso a temblar. Su cabeza parecía que iba a estallar. Su cuello permanecía tenso, adelantado, y ello dificultaba su respiración; el animal emitía un silbido fino y estridente porque le faltaba el aire. Uno de los trabajadores golpeó brutalmente su cabeza con una de esas mazas de hierro que se utilizaban en la obra y el perro lanzó un chillido seco y desgarrado que intimidó a los presentes. Quedó abatido en el suelo y el aire se cargó de olor a sangre —un olor intenso, como a matadero—, y el hombre que le había partido el pescuezo al perro se puso a gruñir. Yang Liujiu le dijo:

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho?

El pequeño Sun se había agachado lejos del círculo que rodeaba al animal. Esa escena parecía más bien un funeral. La cuerda plateada seguía brillando enganchada al cuello del perro negro, tendido y descalabrado, ya muerto, sobre la tierra...

El jorobado Liu, indiferente a todo lo que estaba sucediendo junto al perro, pensaba solamente en alcanzar el pueblo lo antes posible para recuperar a su laopo y su hijita, y largarse de ese lugar. Mostró sin quererlo verdaderamente su pecho hundido y su joroba al niño. Este pudo ver su deformidad y, con ello, creyó comprender mejor a Liu y su actitud extraña. Se oyó entonces el piar de una bandada de pájaros que volaban hacia los campos de sorgo, y unos excrementos todavía calientes, unos excrementos blancos y negros pero pequeños, cayeron sobre el cuello del jorobado, quien alzó inmediatamente los ojos y los clavó en las hojas secas y moribundas que poblaban el campo de sorgo. Algunos pájaros ya se habían posado sobre esas plantas y, más que picotearlas, las mordían como si tuviesen dientes. Luego, esos mismos pájaros piaban de felicidad, o al menos eso parecía, y echaban a volar hacia el cielo cubriéndolo repentinamente de vida. La atmosfera limpia y clara del día se amarilleaba como las bolas de pienso que se dan a los animales de la granja para alimentarlos. Tras el vuelo de los pájaros, el jorobado Liu arrancó una de esas hojas de la planta de sorgo para limpiarse los excrementos que tenía en el cuello. Tenía el corazón agriado, pero se iba recomponiendo poco a poco. Sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio un par de caladas. Se aseguró de haber atado y bien atado los cordones de sus zapatillas y luego se ajustó el cinturón. De repente, se dio cuenta de que, en su cintura, como en su barriga, había unas hinchazones. No sabía si se debían al hambre que estaba pasando o a alguna infección atrapada previamente. En los campos abiertos, claros e impolutos, trabajaba la gente y él, en calma, sin perder los nervios, se dirigió hacia un par de torres de ladrillo rojo vomitando humo que vio en el pueblo.

El pueblo estaba tranquilo y solo desde los altos hornos que había detrás de él se podía oír el fragor de la gente en su laboriosa lucha por amaestrar el fuego y el acero. Vete a saber el porqué, pero en ese pueblo había todavía algunos árboles en pie cuyas hojas habían amarilleado, así como algunas gallinas y algunos perros que campaban a sus anchas, despreocupados, como antes. Como era de esperar, detrás de las chimeneas, a un lado, se extendía esa

entrada de agua con la forma de una concha. En esa pequeña bahía crecía el junco, y algunas hojas, aún tiernas y verdes, reposaban sobre la superficie del agua. El tallo del junco estaba todavía duro y fuerte y podía sostener varias hojas verdes y jóvenes. De lejos, parecían velas iluminando el cielo. El jorobado Liu observó minuciosamente el terreno y se encaminó por los bordes de la bahía, cabizbajo, con los ojos puestos en el agua. Su sombra, reflejada en ella, era como la de un simio escuchimizado y grotesco que caminara sobre sus dos patas traseras. Liu sabía que su figura tenía poco de humana y pensar en ello le dolía profundamente. Las aguas estaban tan claras que podía verse el fondo, que era sólido y estable y aparecía totalmente cubierto de piedras. En esa arena, pegados, del tamaño de los granos de arroz, había huevos de sapo. El jorobado vio salir de la casa a un par de mujeres de mediana edad.

A Liu se le endureció el cráneo y se giró de golpe, encarando a las dos mujeres y preguntándoles:

—¡Cuñadas, perdonadme!..., pero ¿no habéis visto acaso a una joven de otro pueblo por este andurrial?

Las dos mujeres se miraron extrañadas, y una de ellas, la de cara más delgada, se apresuró a decir con sequedad:

—Aquí no conocemos a nadie de otro pueblo. Se puede ir tranquilo.

Las dos mujeres dieron media vuelta y se fueron. El jorobado Liu vio que la que le había respondido llevaba el cabello sujeto en un moño a mitad deshecho. En su cara había algo de honesto y bello al mismo tiempo. La mujer se giró y le hizo una señal con el ojo, señalándole la puertecilla de una casucha que quedaba en una rampa al lado norte de la bahía. Liu lo comprendió inmediatamente y se precipitó hacia esos muros que quedaban en el lugar indicado. Las dos mujeres se metieron en los comedores públicos. Al jorobado Liu apenas le costó unos pocos pasos plantarse ante la puerta de la casa pequeña. La empujó, pero comprobó que estaba cerrada con llave y no pudo abrirla. Logró ver, sin embargo, a través de los muros, el patio de esa casa y poco más. Quiso entonces saltar la tapia, ya que solo una persona de gran altura podía mirar a través de ella. Puso sus manos en las piedras, dio un empujón a su cuerpo y se situó encima del muro. Lo saltó y cayó finalmente en el patio. Sus pies no se habían estabilizado aún, cuando oyó en la casa las risas de un niño. Poco después, las de una mujer. El jorobado Liu sintió como si le hubiesen abierto el pecho con un cuchillo, y el cuerpo se le llenaba de

una sangre negra y viscosa. Parecía estar nadando en medio de un barrizal y así, de esa manera, se precipitó con todas sus fuerzas hacia el interior de la casa. Las tablas finas que formaban la entrada se abrieron por la mitad, haciendo ruido y golpeando cada uno de los hombros de Liu. Nada más entrar, vio a su esposa con la mujer de otro hombre, divirtiéndose las dos, sobre el kang, con su hijita. Hacía tres meses que no las veía y ella, su mujer, había cambiado, tenía mejor aspecto, se mostraba con un semblante más feliz y era más atractiva que antes. La esposa del jorobado Liu dio un salto y su cara, emblanquecida súbitamente, empezó a temblar como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Los ojos de él encontraron en el cuello de su mujer las pinzas metálicas y deslumbrantes del joven. El jorobado Liu saltó sobre el kang, le agarró los cabellos largos a su esposa y esta se tiró al suelo.

—¡Vente conmigo, te digo! —dijo Liu con una voz oprimida que parecía más bien un rugido.

—¡No!... ¡Eres un perro, viejo Liu! ¡Un perro abandonado! ¡Sí, eso es lo que eres!... ¡Un perro! —gritó con mucho odio la mujer de Liu.

—¿Te vienes o no?... Si no te vienes conmigo, acabo contigo aquí mismo.

—¡Pues acaba conmigo aquí mismo, si tienes huevos!

En ese momento, el jorobado Liu oyó que alguien golpeaba la puerta con insistencia y, sin pensárselo dos veces, le arreó una patada en el abdomen a su mujer para callarla, pero su barriga era tan blanda que pareció no resentirse del golpe. La esposa del jorobado Liu lanzó un grito lleno de dolor y se escondió debajo de la mesa. Desde el kang, el jorobado cogió la sábana y con ella cubrió a su hija, que estaba llorando sin parar, la envolvió con ella y la puso bajo el brazo. Cuando se disponía a salir de la estancia, agarró el rastrillo que estaba junto al horno y se lo llevó. Seguían oyéndose los porrazos que martirizaban la puerta de la casa y vio que, en efecto, estaba a punto de saltar en mil pedazos. Clonc, clonc..., clonc, clonc... La puerta se abrió de golpe y ahí apareció un joven fino, de buenas maneras y aseado, que entró tambaleándose. El jorobado Liu, al verlo, alzó el rastrillo y, de una manera decidida y limpia, le cortó la cara al joven con él. Pudo oír su grito opresivo y escalofriante. Su rostro, atractivo y fino, había sido desfigurado para siempre, y el hombre se lo cubrió inmediatamente con las dos manos. El joven solo deseaba en ese momento poder contarle. Fuera, al otro lado de la puerta, se habían juntado unos cuantos lugareños que intentaron cerrar el paso al

jorobado Liu para pedirle cuentas, pero este se sirvió del rastrillo para abrirse camino y pudo salir sano y salvo de esa muchedumbre. A los dos lados de la casa había unos bosques y el jorobado Liu no tardó en meterse en ellos...

—Viejo Liu, ayúdame, anda. La carne de este perro hay que meterla en la cazuela. ¿Vas a probarla o qué? —le espetó Yang Liujiu.

Lai Shu cogió al animal y lo colgó en uno de los pilares del cobertizo. A pesar de estar muerto, ese perro todavía conservaba fuerza y nobleza en su porte. Cualquiera que lo viese, podía constatarlo con sus propios ojos. La cola, espesa y mullida, parecía una de esas escobas con las que se limpian las calles de los pueblos. Tenía los ojos blancos y girados, como si mirasen el vacío. Su boca había amarilleado, aunque todavía quedaban restos blancos de baba y espuma. Bajo la barriga, los pelos blancos se habían manchado de sangre. A la luz turbia de la lámpara, la cabeza desquebrajada del perro goteaba una sangre del color de las cerezas maduras. El pequeño Sun cogió el cuchillo largo y dio varios pasos con él junto a la jarra de agua, lo blandía en el aire como si fuera una espada. Luego lo metió en el agua y le dio varias vueltas dentro del recipiente, como para dejar la hoja bien limpia. Puso el cuchillo en la boca, mordiéndolo por la espina. Se acercó al animal y se lo clavó en una de las articulaciones de la pata, cerca del muslo. Hizo seguidamente, con el cuchillo, algunos agujeros más y con las manos sacó de cuajo la pata. Varios tendones y músculos de un color blanco sucio quedaron colgando de la extremidad como hilos de nailon. El pequeño Sun no tardó en cortarlos y lo mismo hizo con las otras tres patas del perro; a continuación, dejó reposar las cuatro sobre el suelo. El pequeño Sun tenía aires de maestro carnicero y hasta él mismo se sorprendió de su pericia. El perro negro se quedó sin patas. En vez de ellas, colgaban del tronco del cuerpo varios hilos largos. Todos los que vieron aquello se quedaron boquiabiertos por el gran trabajo realizado por el pequeño Sun, a quien creían un vago y un inútil. El pequeño Sun se dirigió a la boca del animal y le hizo un tajo en la barbilla, justo debajo del hocico, en su parte delantera, hasta la parte final. Lai Shu, a su vez, se encargó mientras tanto de sacar los intestinos. Luego hizo un fuego con unos maderos ya troceados que encontró por casualidad en el cobertizo. Cuando tuvo preparada la pila, cogió un cuchillo y desolló el tronco del perro. Una vez sin piel, los ojos del perro negro se mostraban más negros y siniestros que nunca. El animal parecía haber vuelto a la vida para vengarse de los

hombres. Tras haber pelado el tronco, Lai Shu se dirigió a las patas para hacer lo mismo. Procedió con elegancia y facilidad, como quien le quita los pantalones a alguien. A ello ayudaba sin duda la longitud de las extremidades sinuosas del animal. Eso sí, en ellas aún había carne y tendones que no podían dejarse así por las buenas. Después atacó la espina dorsal, también rica en carne y tendones, aunque aquí hubiese que buscarlos con más cuidado. Entre las uniones de la columna vertebral del perro. La carne, en esta parte, aparecía roja y mofletuda, como los majuelos que crecen en los arbustos de las montañas...

El jorobado Liu, por su lado, corría enloquecido y nadie podía saber lo que pasaba por su cabeza. Varias gallinas y pollos que encontraba a su paso saltaban despavoridas al verlo y se subían a las tapias de las casas o a las ramas de los árboles. Cloqueaban, muertas de miedo. Clo, clo..., clo, clo... Los tipos con los que se cruzaba reaccionaban de forma similar, con recelo y acojone, y con una rabia que los desquiciaba, aunque no tuviesen ni idea de lo que había pasado. Todos ellos gritaban al mismo tiempo: ¡Interceptad a ese hijo de puta! ¡Interceptadlo!... Pero al jorobado Liu, en esos momentos, no lo cogía ni el diablo, y salió del pueblo. La cabeza, sin embargo, le iba a explotar. Sentía una presión insoportable que debilitaba sus facultades mentales y el corazón le bombeaba con fuerza. Lo notaba incluso golpeándole las costillas; la garganta le ardía y creía tener una soga en el cuello que le apretaba para ahorcarlo. El camino que había tomado estaba lleno de baches y ello le obligaba a agitar el bulto que llevaba bajo los brazos, que no era otra cosa que su hija envuelta en la sábana. La pobre no paraba de toser como un viejo, y, lo peor de todo, la sábana no la dejaba respirar. Liu bajaba la mirada de vez en cuando para verla y contemplaba las piernecitas, agitándose fuera de la tela y dándole patadas. Además, lloraba con ganas, rabiosamente.

¡Li Man!... En ese momento preciso, sin embargo, el jorobado Liu estaba convencido de que los llantos de su hija no iban a ponerle triste ni furioso, a pesar de que un par de lágrimas se desprendieron de sus ojos. La hija no dejaba de sollozar y a él aquello le recordaba los lloros de su esposa. La niña continuaba con su pataleo, pero no podía escarpase, que era lo que deseaba hacer. El jorobado Liu escuchó, detrás de su cabeza, algo parecido a una explosión: ¡Interceptad a ese hijo de puta! ¡Interceptadlo!... ¡Es una misión especial!... ¡Ese tipo nos roba los niños!... Cuanto más avanzaba, más cerca

escuchaba esos gritos de los aldeanos. Una jauría de campesinos enloquecidos, con sus rastrillos, tridentes y azadones lo perseguía para hacerlo trizas. El jorobado Liu arrojó a un lado el rastrillo que él mismo llevaba en una de sus manos, agarró fuertemente a la niña con las dos y se metió de nuevo en los campos de sorgo. Las hojas de las plantas de sorgo estaban afiladas como espadas y le tapaban la vista. Marchaba a ciegas, torpe como un oso caminando sobre sus dos patas traseras. Con los pies pisaba la hojarasca que había caído sobre la tierra, la hacía crujir y la rompía. Las hojas estaban todavía mojadas por una lluvia ligera que acababa de caer hacía unos instantes y unas gotas del tamaño de los granos de arroz impactaban en su cara. Y luego estaban esas borlas emblanquecidas del sorgo que revoloteaban suspendidas en el aire. Podía oír sus propios pasos y las hojas secas y las ramas quebrándose bajo sus pies. Podía oír incluso su propia respiración, los latidos de su corazón, y el vuelo de las palomas torcaces que se presentaban en los campos para alimentarse con los granos de sorgo. La pequeña lloraba como si se hubiese vuelto loca. Sus llantos se clavaban en los oídos de su padre como dardos.

El jorobado Liu tropezó sobre uno de esos tallos gruesos y sólidos de sorgo. El bulto con su hija que llevaba en los brazos salió disparado hacia lo lejos. Al impactar con la tierra, sonó como si algo frágil se hubiese roto. Luego, se produjo el silencio más absoluto. El corazón del jorobado Liu se detuvo por un momento. Se acabó, pensó. Se acabó; la niña ha muerto. La niña ha muerto. El jorobado Liu ya no pensó en seguir corriendo. Se arrodilló, clavando con fuerza sus rodillas en el tallo de la planta de sorgo caído en el suelo. Sin perder tiempo, desató la sábana que tapaba a su hija y con sus ojos borrosos pudo ver la carita de la niña, todavía roja y púrpura, como un palosanto cubierto por la escarcha. Se secó las lágrimas de los ojos, pero todavía le quedó niebla en ellos. Deliró y creyó ver un movimiento en los labios de su hijita. De los ojos de la niña colgaban unas gotas de sangre. Era sangre todavía joven y temblaba sobre el rostro de la pequeña. ¡Li Man, Li Man! Hija mía...

El jorobado Liu se sirvió de sus manos grandes y torpes para secar las lágrimas de sangre a su hijita. Los dedos se le llenaron de sangre. El rostro de la niña se había emblanquecido gradualmente. Aún le temblaban los labios y la nariz se le había arrugado. Podían oírse en su boquita unos sollozos graves

y cortos, y también se veía que habían crecido ya ocho dientes de leche. Alrededor de los campos de sorgo se había levantado una algarabía que asustó a Liu, quien, inmediatamente, tapó la boca de su hija. Las mejillas de su carita palpitaban bajo las manos de su padre. Al jorobado Liu le entraron ganas de vomitar y algo de gusto amargo le subió por la garganta. No consiguió retenerlo y lo expulsó por la boca. En el momento de hacerlo, contempló a través de los tallos bajos de las plantas de sorgo los pies verdes de varios individuos. Cogió a su hija en brazos y salió corriendo como un loco. Ya no tenía fuerzas ni para abrir los ojos y no podía tampoco reconocer la dirección que había tomado. Corría por correr, sin saber adónde iba. Sus pies y sus piernas eran como muelles.

El jorobado Liu volvió a tropezar. Algo pesado y sólido le hizo perder el equilibrio esta vez. Abrió los ojos y creyó haber descubierto un tesoro escondido. El hombre exclamó un ¡oh!, y todo su cuerpo, incluidos todos sus huesos, se ablandó. Bajo sus pies encontró, desnudos, un hombre y una mujer. El hombre estaba ya negro y la mujer conservaba todavía la piel blanca, y los dos estaban abrazándose con fuerza. Ahí tendidos, aplastaban el sorgo al mismo tiempo que se mostraban semienterrados bajo la tierra. Entre sus bocas, y sobre sus cuerpos, se extendía un hedor repugnante, tóxico, como el de uno de esos pesticidas que se utilizan en el campo; un olor que con solo respirarlo parecía envenenar a cualquier ser humano. El jorobado Liu se levantó con todo su cuerpo temblándole, se giró y se alejó del lugar. Esos cuerpos, por el olor que desprendían, habían atraído, además, como el fuego, a innumerables moscas. Los hombres que le perseguían estaban llenos de odio y pensaban reservarle el mismo destino que a esos dos desgraciados. Oyó un bramido humano gracias a un golpe de viento y sus dientes se pusieron a castañearle de miedo. Inmediatamente, desplegó la sábana y volvió a cubrir con ella el cuerpo entero de su pequeña hija. Entonces, el jorobado Liu pudo ver sobre la tierra algunos granos de sorgo, todavía rojos, que todavía no se habían podrido...

—¡Viejo Liu, enciende el fuego de la cocina! ¡Vamos a cocer la carne de este jodido perro! ¡Tú, hijo de puta, no te hagas el loco y haz lo que te digo!

## IV

En la obra se empezó a oír ruido y a sentirse la agitación desde muy temprano. Los trabajadores de la construcción de la carretera ya se habían vestido y gritaban como las perdices de los campos cuando asoman las primeras luces del día. Sus bocas parecían trompetillas, igual de flexibles y afinadas que ellas, y sus brazos se estiraban, tensos y potentes, como para mover la Tierra si hubiese sido necesario. El trabajo, así, iba a dar los frutos deseados. En la obra, la alegría no era poca. Al fin y al cabo, iban a comer carne de perro, que les calentaría el estómago y les tensaría los músculos. Les llenaría de fuerzas a todos, que es lo que necesitaban, y por eso se sentían inquietos ante la comida que se les presentaba inesperadamente ante los ojos. Entre gritos de jolgorio, los cuerpos de los trabajadores de la obra se llenaron de sudor, desprendiendo qi, la energía vital, en cada uno de los poros de la piel. Se les veía mover los brazos caóticamente y con la luz del sol cayendo sobre ellos.

Sun Ba se encargaba del calentamiento del asfalto —una tarea difícil que no todo el mundo quería hacer, ya que no estaban dispuestos a morir calcinados por ese asfalto ardiente—. Los trabajadores sabían que incluso el humo negro que desprendía ese producto podía matarlos. Cuando el comandante Guo estaba a cargo de la obra, solía llamar a Sun Ba el «gran general de las calderas». El pequeño Sun tenía, a decir verdad, una atracción extraña hacia el fuego<sup>14</sup>. Una atracción hacia las llamas que, en realidad, nadie comprendía. Y más que una atracción, parecía una dependencia. Le gustaba desmesuradamente ver el fuego y el humo. Le emocionaba y le picaba todo el cuerpo como si tuviese sarna. Solo ante el fuego parecía sentirse cómodo y relajado. Fuego que ardía, fuego con cuya visión se deleitaba hasta que le hipnotizaba. Su cara perdía de golpe la edad y, quien lo viese en ese momento, podía afirmar que Sun había regresado a la más tierna infancia. Su rostro se

transformaba en el de un bebé en cuyo semblante solo se observan expresiones de santidad e inocencia. En sus ojos asomaba una luz dorada y profundamente humilde, pero una fuerza penetrante y de una belleza remarcable.

Ni siquiera Sun Ba era capaz de decir cuándo había nacido exactamente. No sabía el mes ni sabía el año. Solo recordaba los momentos en los que había pasado hambre porque él sí que había pasado hambre, y mucha, hasta quedarse en los huesos. Y todavía lo estaba. Así transcurrieron varios años hasta que ganó algo de peso, pero volvió otra vez a las andadas y a cualquiera que lo veía le llamaba la atención su delgadez extrema. El pequeño Sun no necesitó de un maestro para aprender a robar gallinas y perros, que era lo que tenía más a mano para poderse alimentar, pero esa estrategia le pasaba factura, así que aprendió una regla de oro: nunca se debe hacer daño al vecino. Las gentes del pueblo se dieron cuenta de inmediato de las prácticas del pequeño Sun, aunque no a todo el mundo le disgustaba. Uno de esos lugareños, una mujer, para más detalles, cuyas piernas no estaban niveladas, se convirtió en su laopo. En la noche de bodas, sin ir más lejos, el pequeño Sun cogió un alambre metálico y se fue a la bahía. Con ese cable cazó uno de esos gansos blancos y lo trajo a su casa. Lo desplumó con sus propias manos, le abrió el pecho y lo limpió por dentro, sacándole todas las entrañas. Luego lo metió en la cazuela para hervirlo en agua y con una pasta de ajo. Esa noche, la primera que pasaban juntos tras las nupcias, el pequeño Sun le dio de comer a su esposa un ganso entero. Ella se quedó embarazada no mucho después de lo del ganso. Al cabo de nueve meses, les nació una niña, pero con dos dientes ya en la boca.

El asfalto de la gran caldera empezó a mezclarse y se oían, con una intensidad que iba a más, los crujidos, las sacudidas y el borbollón de la mixtura. Todo ello expeliendo una humareda blanca y pesada que ascendía al cielo a intervalos. El pequeño Sun extendió el garfio de hierro y destapó la caldera. Luego la removió con una pala también de hierro y volvió a taparla. El asfalto no era en ese momento otra cosa que un mejunje de gravilla calentándose lentamente bajo las llamas amarillas. Las piedrecitas saltaban como perdigones dentro de la caldera, impactando en los laterales y haciendo un ruido como si fuesen a reventarla bajo el furor del fuego. El calor también aumentaba la presión de la caldera y provocaba dentro unos giros bruscos de aire que amenazaban con hacerla explotar. Las llamas parecían banderas

agitadas por el viento. El pequeño Sun volvió a destapar con el garfio para que respirara el interior, apretó los dientes y removió de nuevo el asfalto para que no se empedrara. Su rostro, mientras tanto, se había vuelto dorado y mantenía una expresión solemne, muy digna, como quien reza ante una imagen divinizada.

El fuego, que sonaba como una explosión, atrajo la mirada de Yang Liujiu. Lo contemplaba desde lejos, con respeto, y pensaba al mismo tiempo en el perro y en quien lo robó. Aquellos eran tiempos en los que robar un perro te convertía inmediatamente en un héroe. Yang Liujiu no pudo contenerse y gritó:

—¡Sun Ba! ¡Bien hecho!...

—¡Sí, muy bien hecho, Sun Ba! —repitió uno de los obreros, el que se encargaba del rodillo de asfalto y que deseaba, de esa manera, hacerse eco de las palabras de Yang Liujiu.

El pequeño Sun recibió sus elogios sin apartar los ojos del fuego. Miraba el humo y miraba las llamas, que tenían vida ante sus ojos. Tenían un alma y un cuerpo. Los ojos de Sun Ba, y solo sus ojos, les otorgaban ese privilegio. Además, hablaban con él. Mantenían un diálogo constante que nadie comprendía, solo le veían mover los labios y mesarse el cabello, como si quisiese mostrar al fuego cierta coquetería. Y el fuego ardía, se exaltaba, como un caballo rojo y un buey amarillo. El humo se convertía en la cola negra y deshecha de un corcel que barre la tierra a su paso y sacude ligeramente el Universo.

La pasada noche, si no hubiese sido por el bocado de ese perro, que se atrevió a morderle la pierna, el pequeño Sun no habría osado destruirlo con la rabia con la que lo hizo. Ese tipo de animal solía, en unos pocos años, acabar mal. Iba detrás de él cuando se giró inesperadamente y le atacó en la pierna. Eso le sacó de sus casillas, vio en ese acto una traición y se juró vengarse de ese animal.

El pequeño Sun salió de los comedores y se dirigió al dique del río para luego cruzar el puente. Bajo la luz de la luna, el puente de piedra parecía un caballo blanco. Puso lo que le quedaba del youtiao en el bolsillo del pantalón y, al mismo tiempo, con la mano, sujetaba el papel aceitoso que hacía de envoltorio. De esa manera, erguido, caminaba hacia delante. Al acercarse al burgo vio, como esperaba, una de esas barracas de tres habitaciones que, aislada, se situaba en el extremo oeste. Oyó que, tras sus pisadas, débiles y

ligeras, alguien lo seguía detrás, y el corazón se le aceleró. Hacía varios años que no pasaba por esas barracas que eran como chozas y se sentía algo nervioso. Las luces de la casa ya se habían extinguido y solo la luz de la luna parecía entrar a través de las ventanas para iluminar las paredes del interior. Esa luz insípida penetraba ya en la vivienda con un color ceniza. Se agachó en la parte exterior de los muros y avanzó hacia la puerta del patio pequeño. No oyó absolutamente nada, ni siquiera sus propios pasos. El perro negro aún estaba perturbado. Sus patas desgarraban la verja con exasperación y ladraba constantemente. Sus ladridos sonaban graves y opacos, como surgidos de lo más hondo de su pecho. Los perros del pueblo le seguían con sus propios ladridos, pero sus quejidos, más agudos y con menos alcance, no eran como los del animal negro. Al pequeño Sun le resultaba imposible comprender por qué se había dejado llevar hasta esos ladridos. ¿Qué le había conducido hasta ahí? Hacía años que no molestaba a los perros. ¿No olía su propio cuerpo a perro? Quizá desprendía ese hedor característico de los perros abandonados a su suerte porque había comido demasiada carne de perro. Le había calado hasta los huesos ese olor. ¿O se había convertido ya él mismo en uno de esos animales? El perro negro no paraba de ladrar y rugía como un tigre. Él lo tenía preparado desde muy temprano. Arrojó al patio la mitad de youtiao que llevaba con él y el animal, que, como todos los animales abandonados andaba siempre con mucha hambre, se precipitó hacia el churro frito. Y mientras lo devoraba como si se fuese a acabar el mundo, el pequeño Sun sacó de su bolsillo una cuerda plateada de nailon y se la puso alrededor del cuello como quien pesca un pez grande en el río. El youtiao, por supuesto, hizo de carnada y anzuelo. El animal daba bandazos de un lado a otro para sacarse de encima la sogá que le había colocado el pequeño Sun. Ya no ladraba, sino que piaba como un pajarito que tiene hambre y abre el piquito para que le den el grano. Sun cogió la mitad del youtiao y volvió a arrojarlo al patio, y el perro, esperanzado, se lanzó a recuperarlo. El churro brillaba bajo la luz como si fuera de oro. El pequeño Sun abrió la verja y la dejó así, sin el candado, pero sacó al animal por la otra puerta, la de madera de color púrpura que quedaba atrás. Retrocedió cinco pasos y se metió, ya con él atado, en un camino estrecho. El perro, con la sogá al cuello, lo acompañaba y daba cabezazos, y vete a saber si lo hacía por resignación o por incomprensión. Mientras tanto, desconfiado, se consolaba con el youtiao que no soltaba de sus fauces. Lo saboreaba y lo mordía con tesón para que nadie se lo quitara de nuevo. Eso sí,

no paraba de mover la cabeza de un lado a otro, hacia arriba y hacia abajo. El pequeño Sun sabía que no se le iba a escapar y continuó su marcha. La cuerda de nailon era de unos cinco metros de largo y tenía en los extremos unos pedazos de madera que brillaban, anacarados, como los huesos limpios de los pies de cerdo. Servían para atar cabos y, sobre todo, para poder agarrar la soga con garantías, sin que se deslizase; así lo hacía el pequeño Sun, quien se sentía poderoso, con pleno control de la situación. Pero algo le aterrorizaba en su subconsciente. Quiso, sin embargo, sosegarlo cuanto antes: la cuerda no podía romperse. No iba a romperse, de hecho. Era imposible. La había sacado del pozo y era con la que se subían y se bajaban los cubos de agua y otros objetos mucho más pesados, como los hombres. Además, tenía al animal atado por el cuello. Cada vez que la estiraba, corría el riesgo de ahogarse. El pequeño Sun lo sabía porque le había oído quejarse. Si veía que el perro se le ponía nervioso, tiraba de la cuerda para amedrentarlo. Era entonces cuando el animal sacaba la lengua y emitía un grito flojo y agudo, un grito agonizante, como de quien se ahoga. El churro aceitoso, en cambio, no lo soltaba por nada del mundo. Como mucho, mostraba los dientes al pequeño Sun, y este creía que le estaba sonriendo. El pequeño Sun sabía que la comida, en cualquiera de sus formas, era el mejor de los anzuelos para cazar perros abandonados y, al mismo tiempo, los perros eran, a su vez, comida, y de la buena, para la gente. ¿Por qué no vender la piel? ¿O cocer los huesos? Que el perro sea grande o pequeño, qué importa. Todos son iguales. La primera vez que Sun utilizó el método de la pesca fue con una perrita tan inocente como inofensiva, y le costó lo suyo, aunque de poco le valió, ya que esa perra tenía poca carne. Ni siquiera llegó a hincarle el diente. La piel parecía papel fino, como el que se pone en las ventanas como cortina, y penetrarla era muy fácil. El pequeño Sun pasó varios días engordando a la perrita con cualquier guarrería que pudiese servirle de alimento. La cuidaba con el mismo esmero y sentido de culpabilidad que si fuera su hija, pero no engordaba y tuvo que sacrificarla. Al final, lo intentó con otros perros grandes y, por lo tanto, con más carne, pero ninguno de ellos tenía el porte del perro negro, ni esa dignidad y confianza en sí mismo que él parecía tener. Cuando ladraba, la voz del perro negro sonaba como un gongo de bronce.

Los rayos del sol iluminaban con fuerza la obra que se había preparado para construir la carretera y los hombres, doblados y sirviéndose de una

cuerda, arrastraban el rodillo compresor que aplanaba la superficie. Avanzaban con tenacidad, seguros de ellos mismos, y sujetaban la cuerda, la tensaban, y esta vibraba. Yang Liujiu, al verlos, jadeaba como si estuviese posponiendo constantemente un bostezo.

El perro, ante la puertecilla púrpura, sacudía la cabeza y movía la cola. Se le veía agobiado y gruñía. Tenía los pelos del cuerpo cortos y tiesos, y los ojos verdes. Intentaba avanzar, con todas sus fuerzas, pero la cuerda de nailon se lo impedía. El perro negro estiraba el cuello y la boca parecía llenarse de fuego, con ganas de morderle la mano al pequeño Sun. Este la retraía inmediatamente y el animal, como uno de esos peces sangrantes y ya derrotados que acaban de ser colgados de un gancho, desistía de ofrecer resistencia. El pequeño Sun lo conducía con una sonrisa estúpida en sus labios y, de vez en cuando, miraba su cara —una cara de enfado y miedo—. Los ojos verdes del perro desprendían unas chispas de fuego de un color azul índigo y los dientes brillaban como el blanco de la escarcha. El pequeño Sun sentía la luna —con su luz fría— penetrar a través de los músculos y entrar en sus huesos. Las manos que sujetaban la cuerda empezaron a sufrir espasmos y en su cabeza, blanca y gris como la ceniza, surgieron varios sentimientos, imprecisos y caóticos, que le deprimieron súbitamente. Las manos, con sus espasmos, se le debilitaban. Algo hacía pensar al pequeño Sun que podía soltar la cuerda de un momento a otro y el perro quedaría libre. El animal retrocedió unos pasos y el pequeño Sun pensó en otros perros que había visto previamente. Este solo quería tragarse el youtiao y luego marcharía, obediente y sumiso, como un cordero detrás de su nuevo dueño. Quienes los observaban desde la distancia pensaban que se trataba de un hombre paseando tranquilamente a su perro, pero nada más lejos de la realidad que lo que estaba pasando. El perro negro, en realidad, tenía atemorizado al pequeño Sun, que no osaba siquiera mover la cabeza hacia atrás para mirarlo. Si lo hacía, un escalofrío subía por su espina dorsal y se le metía en cada uno de los huesos de su cuerpo, y luego lo paralizaba. Por ello, se limitaba a levantar la cuerda de nailon y guiar al animal como podía para que mantuviese la cabeza al mismo nivel. Pero por nada del mundo se atrevía a mirarle a los ojos. El pequeño Sun daba sus pasos sobre el camino trazado completamente aterrorizado y el perro, sereno, lo seguía detrás. Si los talones del pequeño Sun tropezaban, la tensión de la cuerda se aflojaría y el perro alzaría la

cabeza. ¿Y no aprovecharía ese momento para echársele encima y atacarlo? En un abrir y cerrar de ojos, el pequeño Sun vio la luz azulada de los ojos verdes del animal, que dio un salto, como hacen esos peces de cabeza de serpiente sobre la superficie del agua, y se colocó delante de él. Si no hubiese sido porque se apartó a tiempo, habría tumbado al pequeño Sun.

Volvió a remover el asfalto de la caldera y a azucar las llamas del fuego. En su corazón, el pequeño Sun seguía teniendo miedo. La mitad de esa caldera grande la ocupaba ya un material líquido, espeso y viscoso, y la otra mitad, grumos que flotaban sobre la parte líquida. El fuego y el humo se habían armonizado en sus ruidos y sus esfuerzos por mantenerse vivos. Si no hubiera saltado a tiempo, el perro habría acabado con su vida, pensó el pequeño Sun. El perro negro no habría entrado en los estómagos de los compañeros de la obra, sino que habría sido él quien habría entrado en el estómago del perro negro. La vida era así de extraña e impredecible. El pequeño Sun ya había tenido un sueño terrible en el que un perro salvaje lo destrozaba. Su corazón yacía en el suelo y sus intestinos azules, lejos, muy lejos. De no haber dado un salto hacia un lado, el perro negro habría hecho lo mismo con él. El sueño se habría hecho realidad. Su corazón a un lado y los intestinos a otro, lejos del corazón. Pero no fue así. El pequeño Sun llevaba todavía en sus manos la cuerda plateada de nailon y la estiró con todas sus fuerzas para estrangular al perro. Cuando el animal levantó del suelo las patas delanteras, pareció que estaba aplaudiendo el error del pequeño Sun, pero este apretó todavía más la cuerda para ahogarlo. Al tenerlo tan de cerca, el pequeño Sun creyó ver, gracias a la luz de la luna, la carnada del anzuelo en lo profundo de los cartílagos de la garganta del animal. Todo lo que había comido tenía la forma de una luna doblada. Su garganta estaba llena de una sangre glutinosa. El pequeño Sun sabía que el perro negro, seguramente, quería su vida porque le odiaba a muerte. En su estómago estaba el churro youtiao mezclado con pasta de leche cuajada de soja. El animal no paraba de hipar con torpeza y, aunque estiraba el cuello constantemente, la garganta, con su sangre aglutinada, no le dejaba respirar bien. Por eso se ahogaba y era incapaz de hipar con normalidad. Tenía que expulsar sus aires internos por la parte trasera, tirándose pedos de una violencia inhabitual. Sonaban como estallidos sordos en un campo de batalla. En ese momento, el humo negro del asfalto que estaba preparando llegaba a los orificios de la nariz del pequeño Sun, como los

pedos apestosos del perro. El pequeño Sun sabía que el animal se había acobardado como un gallina y no tenía por qué preocuparse por él. Como ya había hecho antes, retrocedió por el camino que ya había tomado previamente, con los brazos en alto, permitiendo, de esa manera, que el perro elevase el hocico y mirase la luna que colgaba del cielo oscuro. El pequeño Sun pensó en su carrera futura como cazador de perros salvajes. ¿Había acaso mucha gente en esas tierras con su habilidad para hacerse con perros abandonados como él? Esos pensamientos le llenaban de respeto hacia sí mismo al pequeño Sun. ¿No había algo en común entre todos esos perros y la experiencia del pequeño Sun? Sun Ba, el encargado de preparar el asfalto, pensaba que sí, pero también pensaba que todo era como un juego, una farsa en la que todo el mundo debía representar un papel: los hombres, el de los hombres, y los perros, el de los perros. Esa vez, la experiencia le había dejado exhausto, como si el viejo actor hubiese interpretado por última vez sobre las tablas del teatro. Tal vez fue por ese viejo actor, bajo el efecto deprimente de un día de otoño desolado y frío, el pequeño Sun se relajó y aflojó la cuerda que ataba al perro, que, sin perder un instante, saltó volando por los aires para acabar con su ya moribunda vida. Estaba claro que el animal había comprendido la verdad de ese asunto: la vida era sufrimiento y el objetivo final era liberarse de él. En eso, el perro no era una excepción, ya que todo ser viviente andaba ocupado en lo mismo. Él quería soltarse de la cuerda para dejar de sufrir. Se le enrojecieron los ojos y empujaba obstinadamente hacia delante, al mismo tiempo que esperaba con paciencia a que la soga que le estrujaba el cuello se aflojase. El pequeño Sun saltó de un lado a otro, de izquierda a derecha, para evitar el ataque del perro. Con una acrobacia pudo recuperar el equilibrio y, con sudor y lágrimas, agarrando de nuevo la cuerda con fuerza, pudo controlar otra vez al animal enloquecido. Al pequeño Sun le faltaba el aire y el corazón se le salía del pecho. Por su cabeza pasó como un destello una sola imagen: la del perro negro devorándole el hígado. El perro, silencioso, dio su salto, y lo hizo con elegancia y un profundo sentido de la coordinación armoniosa de sus miembros. Al pequeño Sun ese brinco le llenó de miedo y admiración. Lo comprendió inmediatamente: Yang Liujiu estaba jugando con él. Yang Liujiu quería destruir a ese diablo para hacerse con los favores de Bai Qiaomai. Él esperaba que los gruñidos de la bestia fueran solamente debidos a un dolor de dientes. Esperaba también que se comportara como una gallina. Pero el perro gruñía, sin más. El perro, simplemente, saltó. Saltó por los aires, con

elegancia, y el pequeño Sun solo pensó en estrangularlo definitivamente con la cuerda de nailon. Bajo la luz difusa y agonizante de la luna, la piel negra y brillante del animal parecía asfalto. El pequeño Sun creyó que ante sus ojos pasaba una imagen irreal: la luz verde y azul de la luna, la tierra amarilla y blanca, y el cuerpo del perro, deslizante y flexible, fino y gracioso, como una merluza barbona, suspendido en los aires. Ese escenario que pasó por sus ojos de manera ilusoria le llenó innumerables remordimientos. También pensó en el plan diabólico de Yang Liujiu. Ese perro era malo como no había otro y tenía una capacidad de resistencia al dolor que excedía a la de los otros del lugar. El odio que la gente le tenía le envalentonaba y le hacía más resistente. A ese tipo de perros no se les podía atrapar con anzuelos y carnadas, y pensó en soltar la cuerda de nailon y salir corriendo, pero sabía que no podía hacerlo. No se iba a atrever a hacerlo. Sus dos piernas no eran cuatro piernas, y solo tenía su cuerpo. La fiera iba a morderle el cuello. El perro continuaba, expectante, con la cabeza alzada, y el pequeño Sun, también expectante, pero ansioso, caminaba en estado de alerta constante para esquivar el ataque. De lo apretada que llevaba la soga, las manos le sudaban. Las tenía pegajosas y empapadas de un sudor sucio. El cuerpo también, de los pies a la cabeza, incluso los huesos, lo tenía empapado de un sudor pegajoso. Estaba muy cansado y tenía miedo, mucho miedo.

El pequeño Sun se puso a delirar y pensó: Ah, perro... Hablemos, anda... Quiero soltarte... Quiero sacarte el anzuelo de la garganta. Sé que tienes el churro enganchado ahí y no es algo agradable. Te ayudaré.

El perro le dijo en ese delirio:

—No, tú eres un granuja. Robas perros y los tratas como una mierda. Has destruido a muchos de mi especie. Prefiero una cita con el diablo antes que contigo.

El pequeño Sun pensó: «Tú eres el rey de los perros, pero no me das miedo. No te soltaría si me dieras miedo. Te admiro como perro; eres un perro-héroe. Me siento incapaz de destruirte. Las barrigas sucias de los obreros de la carretera te van a meter en un ataúd. Tu féretro está hecho de madera blanca de ciprés y pintado con una laca gruesa que le da un tono cobrizo. El interior está forrado con una tela de satén amarilla».

El perro le dijo:

—La madre que te parió. No tiene ninguna gracia lo que dices. Tengo

sangre caliente en la barriga y huelo mal. La sangre me hace pensar en mis ancestros. Nuestros ancestros eran como los tuyos. Vivían en las mismas condiciones y con la misma dignidad, pero han sido engañados y menospreciados por tus ancestros durante varias generaciones. El resultado es lo que ves ahora ante tus ojos. Nos metéis en vuestros estómagos. Y dime, ¿a cuántos de nosotros os habéis zampado ya? Nos habéis impuesto vuestras reglas y vuestras costumbres, y os habéis convertido en hombres que maltratan y destruyen a los perros.

El pequeño Sun pensó:

—Perro, ya no me das miedo. De todo corazón, quiero soltarte...

El perro le dijo:

—¡Hablas como un gilipollas!... Eso es todo lo que tengo que decirte hasta ahora. En la noche, esté vivo o esté muerto, poco me importa. La vida y la muerte están siempre en continua lucha. Una de las dos acabará por imponerse...

El pequeño Sun pensó:

—No me llores, perro, y baja los humos. No te precipites. Quiero que lo pienses un poco.

El animal se calló, taciturno, como ensimismado en sus pensamientos.

El pequeño Sun recordó en esos momentos la fascinación diabólica que le causaba el perro, el cual caminaba detrás, con sus pasos lentos pero constantes. El perro lo tenía hechizado y hablaba con él. El corazón del pequeño Sun se había ablandado como los capullos de algodón, y, en ese lapsus de delirio y pensamientos erráticos, la fiera esprintó como la luz de un rayo. Se lanzó impetuoso hacia delante. El pequeño Sun se apartó bruscamente a un lado, las piernas se le cruzaron y ello provocó su caída. ¡Pumba! El aliento del perro estaba gélido y así lo sintió el pequeño Sun cuando el hocico del animal tocó sus nalgas. Luego sintió un pinchazo que lo dejó trastocado — un pinchazo que era como si le hubiesen clavado una aguja—. El dolor le recorrió la columna vertebral y le llegó hasta el cabello. Se quedó anonadado y la cuerda de nailon se le cayó a los pies. La boca del perro, enganchada a la nalga, lo derribó. El pequeño Sun quiso salvarse a sí mismo. El animal tenía desplegadas sus dos patas delanteras y se apoyaba en las traseras. La cola, detrás, barría el suelo. El pequeño Sun sintió que algo líquido, fino y caliente, le corría por el trasero. Sabía que el perro le había mordido el culo y, al

hacerlo, intentaba controlarlo como podía. Cuando sujetaba la cuerda, temía que se le rompieran los hilos. Tenía un miedo que le paralizaba y que le obligaba a tensar la soga. Sabía que, previamente, le había roto varios cartílagos del cuello al animal, y el dolor que le provocaba —un dolor que desencadenaría terremotos— lo había enfurecido todavía más. En esos momentos, el pequeño Sun volvió a tensar el cordel de nailon con todas sus fuerzas, la únicas que ya le quedaban, para estrangularlo definitivamente. El pequeño Sun seguía tumbado en el suelo, pero relajado, al fin y al cabo, como quien tiene una cortina de estrellas deslumbrante delante de los ojos. Al pequeño Sun se le había puesto, de hecho, cara de pez muerto, con sus mismos ojos, vidriados, ensangrentados y abiertos de asombro. Las dos patas traseras del perro se encogieron lentamente y el animal, de los pies a la cabeza, empezó a temblar. De la parte interior y trasera de su hocico salió sangre. El pequeño Sun pensó para sus adentros:

—¿Quieres que te suelte?... ¿No es eso lo que quieres?

El perro le dijo:

—Eres un animal. Si tienes agallas, suelta esa soga.

El pequeño Sun, detrás de los ojos parpadeantes del perro, se sentía exhausto. En esos momentos, fue consciente de lo que había hecho y pensó inmediatamente en su laopo y su hija...

Lai Shu y uno de los trabajadores picaban la piedra y el ruido de los picos al contacto era ensordecedor. Dijo:

—¡Yang, no seas cabezón!... El comandante Guo no está. Deja a los compañeros que se diviertan un poco... ¡Vamos a perder la cabeza con tanto currar!

—Aquí nadie va a perder la cabeza. ¡A trabajar! —dijo Yang Liujiu—. Hay que arreglar esa calzada y hacer méritos para poder divertirse. ¿Está claro?

—¿Méritos? ¿Para qué?... ¿Para ir a la tumba, desgraciado? —pensó en voz alta Lai Shu.

El pequeño Sun estaba ocupado con el horno y no soltaba palabra. Absolutamente obnubilado, miraba el fuego y el humo, y volvió a pensar en sus querida laopo y en su hija. Podría aprovechar la oportunidad que le brindaba el comandante Guo con su ausencia y desplazarse al pueblo para ir a verlas. Ay, su mujer había dado a luz a una criatura, pensó el pequeño Sun.

Ayer noche habló bien el perro. La piel del perro, esa piel enorme, apareció ante los ojos del pequeño Sun. Estaba colgada en una chimenea detrás de los comedores. La había puesto ahí para que se secase, ya que serviría de manta posteriormente o la venderían —como solían hacer, pues había mucha demanda—, pero lo único que parecía atraer eran moscas, la cuales, innumerables, revoloteaban junto a ella y se pegaban a su superficie. Habían previsto cortarla al día siguiente y pasarla por el fuego para curtirla. Mientras tanto, la dejaba expuesta al sol, para que se secase rápidamente. Al día siguiente, ya en la noche, saldría para venderla. El pequeño Sun pensó que esa piel podría ser un buen regalo para su querida laopo. Tenía, además, una hijita, cuyos días debían pasar ligeros, sin preocupaciones. No se había visto todavía en la obligación de cazar perros. «Y ojalá nunca deba hacerlo», pensó el pequeño Sun, aunque nadie, absolutamente nadie, podía asegurarlo.

Aprovechando que todo el mundo andaba ocupado, el pequeño Sun se fue detrás de los comedores para coger la piel del perro. Era muy ancha y la chimenea muy delgada. La cabeza del animal, así como la cola, tapaban casi todos los ladrillos rojos. El pequeño Sun pasó su mano por la piel y la notó en muy buen estado, tersa y entera, con la mayoría de los pelos negros. Incluso brillaba como la cera de una candela, y era una pena que fuese casi verano y el animal hubiese mudado parte de su pelo. Aunque quizá lo había perdido por otros motivos. Pero eso ya no importaba. Ahí estaba la piel, que era grande, y eso era lo más importante. Alguien le pagaría seguramente unos diez yuanes. Tras venderla se gastaría todo el dinero conseguido. No podía ahorrarlo y tampoco quería convertirse en uno de esos ricachones que robaban a la gente. Él había tenido su época de ladronzuelo, pero ya no lo era. No deseaba levantar sospechas. Los huesos del animal tampoco tenían la culpa si los vendía. ¿Por qué no vendía también la cabeza? Era como la de un tigre. A todo el mundo le gusta tener cabezas de tigre en sus casas, aunque sean falsas, pero vete a saber cuánto dinero podría sacar por esa cabeza de perro. La gente tampoco es tonta. Las moscas no paraban de revolotear junto a aquel pellejo. Eran unas moscas verdes y gordas, bien alimentadas, vaya, mejor que los perros. Parecían abejorros. El pequeño Sun cubrió la piel del perro con una manta raída que traía con él para que nadie la viese. Pero se arrepintió al poco de hacerlo y volvió a colgarla de los palos insertados en la chimenea. Los cuatro días que durante ese mes de marzo había pasado con el fuego y el humo

no parecían haber sido suficientes para que se hubiera curtido correctamente. El tiempo tampoco ayudaba, y el pequeño Sun pensó quizá al día siguiente ya estuviera curtida como es debido. Había que aprovecharse, sin embargo, de la ausencia del comandante Guo, para escabullirse de ese lugar maldito por el destino. El pequeño Sun volvió a pensar, y volvieron a dolerle esos pensamientos, en su mujer y su hija recién nacida. Hasta los orificios de su nariz llegó el olor a descomposición de la piel del perro negro y sus labios sintieron, aunque no fuese real, el sabor de la carne de perro. Al pequeño Sun le entró hambre y le pegó una patada a la caldera, donde se quemaba lentamente el mejunje del asfalto.

Bai Qiaomai —la vendedora de queso cuajado de leche de soja— salió de dique con la cabeza alta, seguramente para que la viera todo el mundo. Al pequeño Sun, al verla, le entró frío en la columna vertebral y creyó que se iba a romper en pedazos. Los trabajadores de la carretera, cabizbajos todos ellos, continuaban con las labores que les imponía la obra. Hacían lo que podían y no tenían la cabeza para nada más. Ni siquiera se atrevía a levantar la mirada para fijarse en otra cosa. Yang Liujiu puso cara de funcionario serio y mandamás para ganar autoridad y contempló, con desdén, a la muchedumbre. Las caras de esos trabajadores le parecieron caras de simios, con sus arrugas gruesas y bien marcadas y sus expresiones agobiadas. Habían dejado de ser hombres y se habían convertido en una pandilla de monos, pensó Yang Liujiu, fijándose entonces en el pequeño Sun.

—A esta caldera le falta fuego. Anímalas, si no lo haces, se te va a apagar —le susurró, y luego gritó al resto de trabajadores—: ¡Así se trabaja!... ¡Bien, bien! ¡Seguid así!... Hermanos, aprended de los pensamientos del gran Mao Zedong. El pueblo os agradecerá eternamente la construcción de esta carretera. Y recordadlo, como dice el gran Mao Zedong, es el pueblo y solo el pueblo nuestro único juez.

Yang Liujiu se dirigió seguidamente hacia Bai Qiaomai y, con confianza en sus palabras, le dijo:

—Cuñada Bai, pero ¿dónde has dejado el doufu?

Bai Qiaomai no iba bien vestida. Le bailaban los botones de la chaquetilla y había algunos que estaban desabrochados. Lo hacía seguramente para que se le viese una parte del pecho y provocar así a los hombres de la obra, en particular a Yang Liujiu. Siempre lo hacía así, pero esta vez la vendedora de

doufu guardaba algo dentro y se la veía tensa. A la mujer le colgaban, además, las otras ropas que apenas cubrían su cuerpo, como si no se las hubiese ajustado bien, y se le veían las carnes de la barriga. Bai Qiaomai tenía los ojos bien abiertos y estiraba el cuello hacia arriba para que apareciese recto, nervudo y, sobre todo, desnudo. De hecho, parecía el de un caballo loco. Como un tornado, se plantó delante de Yang Liujiu, pero sin decirle nada. Con las manos, empezó a arañarle el rostro como quien saca a rasguños los pósteres de papel de las paredes. La cara de Yang Liujiu recibió tres o cinco arañazos. Luego, otro. Retrocedió unos pasos, colocándose junto a la caldera del asfalto, para no recibir más, pero ella volvió a echarse encima de él y a arañarle la cara otra vez. Yang Liujiu le gritó:

—¡Mi vieja, te has vuelto loca!... ¿Qué quieres hacerme?

—¡Mi perro!... ¿Qué coño has hecho con mi perro, desgraciado?

—¿Tu perro? ¿Qué me cuentas de tu perro? —repuso Yang Liujiu, mientras se tocaba la sangre que salía de las heridas de su cara—. Has perdido la chaveta. ¡Apesta, guarra! ¿Ya has olvidado que te he comprado doufu para alimentar medio mes a esta gente?

—Echas babas cuando hablas, cabrón. ¿Dónde has metido a mi perro?

—Pero ¿quién diablos ha visto a tu perrucho? ¿No está en la entrada de tu casa para que nadie te haga nada?

—A mi perro se lo ha llevado alguien. Un ladrón, alguien como vosotros. Aquí solo hay ladrones, mala gente. ¿Qué le habéis hecho a mi perro? Solo vosotros podéis hacer una cosa así.

—Yo no sé nada de tu perro. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—Tú has picado en el muro donde estaba atado el perro. ¡Falta un trozo!... Le tenías manía al animal, siempre se la has tenido, y ahora te lo has llevado. ¿Qué has hecho con él? ¡Suéltalo!

—¡Pensaré en ti!

—¡Pues piensa en tu madre!... Te has cargado a mi perro. Pude ver con mis ojos, sobre la tierra, las huellas de mi perro y tus pisadas torpes. Y había muchas. A ti yo te cortaba a pedacitos y luego los freía en aceite y le añadía unos camarones. O con una bala te saltaba los sesos. ¡Pum, pum!... O igual te pisaba con los pies esa cabeza que tienes gangrenada y llena de úlceras... Has robado el perro de la vieja. ¿Me oíste? Y la vieja no te lo va a perdonar... Cuando vuelva vuestro comandante Guo, le voy a pedir que os despelleje

vivos...

Yang Liujiu sonrió y dijo:

—Cuñada, te has despachado a gusto. ¿No te quedan más insultos? ¿Tienes alguna prueba de que te hemos robado el perro?

—Pasaba por el dique del río cuando olí a carne de perro asada... Alguien estaba quemando un perro u otro animal y olía mal, muy mal... Vete a saber qué pobre diablo estaban achicharrando ahí...

—¿Y qué olía mal exactamente?... Dinos... —pregunto Yang Liujiu.

El pequeño Sun levantó la tapadera de la caldera con el gancho de hierro y azuzó el fuego, el cual, avivado, ascendió hacia el cielo. Un olor a carne y piel quemadas, un olor repelente y mezclado con humo, que se pegaba en el rostro humedecido de los trabajadores.

Bai Qiaomai se cubrió inmediatamente la nariz, retrocedió unos pasos y dijo:

—Pero esto... ¿No huele a animal abrasado?... Quiero saberlo...

Yang Liujiu, sin perder la calma, le replicó:

—Pues vete a saberlo. No te cortes...

La cara del pequeño Sun se puso amarilla como la flor de un crisantemo, se dobló y dijo:

—Yang, jefe... ¿Te puedes ocupar de la caldera del asfalto por mí?... Quiero que mis manos descansen un poco... Las tengo agarrotadas...

—Vete, anda... —le dijo Yang Liujiu.

El pequeño Sun se dirigió, acelerando el paso, casi corriendo, a la cocina que había junto a los comedores. Bai Qiaomai lo miró con unos ojos que daban vueltas y se fue detrás de él.

—Pero ¿qué haces?... —le preguntó, confundido, el pequeño Sun—. ¿Es que te gusta ver a los hombres mear o qué?

—Métete la colita donde te quepa, pero a mí tú no me engañas. Yo sé que vas a cagar lo que te has zampado hace poco... —le soltó Bai Qiaomai.

—Entonces, no voy a cagar a ningún lado... —le dijo el pequeño Sun.

—Pues si no vas a cagar a ningún lado, tu tripita te va a explotar y nos vas a llenar a todos de mierda. A la vieja tú no la engañas...

—¡Cuñada, cuñada, cuñada!... ¡Para ya!... ¿Quieres?... —gritó Yang Liujiu.

Bai Qiaomai, llena de vigor, se fue al cobertizo. Yang Liujiu, presa del pánico, la siguió. Bai Qiaomai empezó a esnifar el aire. El olor que llegaba a su nariz la condujo hacia la pequeña chimenea que se alzaba detrás de los comedores de los trabajadores. Yang Liujiu se interpuso en su camino y, con unas sonrisitas falsas y maliciosas en su cara, le dijo:

—Cuñada, si necesitas dinero, podemos hablar... ¿No te parece?... Te lo ruego, no nos andes ahora con chantajes...

Bai Qiaomai entró en la cocina y barrió con los ojos todo lo que pudo y un poco más dentro de ese habitáculo miserable. El viejo Liu, el cocinero jorobado, se levantó de la tabla de madera que le servía de cama para saber quién había irrumpido de esa manera en su territorio. Luego, al ver a la vendedora de queso cuajado de soja, volvió a tumbarse. Bai Qiaomai le dijo:

—¡Viejo Liu! ¡Mi perro! —Los ojos diminutos y solitarios del perro, esos ojos acuosos y lacrimosos que yacían solos, la estaban mirando. Bai Qiaomai se quedó plantada, observándolos, y lanzó un grito. De repente, se dio cuenta de lo que había sucedido y se dirigió a la parte trasera de la cocina. Dio una patada a la puerta de madera y vio la piel del perro, gruesa y seca, y totalmente extendida. ¡Mi perro!, volvió a gritar. Los ojos se le llenaron de unas lágrimas que descendieron por las mejillas enrojecidas de su rostro.

—¡Has sacrificado a mi perro!... ¡Tú, Yan Liujiu!

Bai Qiaomai volvió a precipitarse hacia Yang Liujiu para arañarle y morderle otra vez. El rostro de Yang Liujiu, tras los arañazos, parecía una de esas coles chinas hervidas y llenas de hendiduras y granos. Su cabeza ardía. Sujetó los brazos de Bai Qiaomai, pero ella no se dejaba dominar y menos zarandear. Se giró, mostrándole el trasero a Yang Liujiu, y este la arrodilló y la soltó. Bai Qiaomai golpeó con la cabeza la piel del perro.

—Vuestras madres apestan. ¿Es este tu perro? ¿Me vas a responder? Bajo el Cielo hay muchos perros negros. —Yang Liujiu dio media vuelta y entró en la cocina del cobertizo. Bai Qiaomai lo acompañó a la entrada, pero no entró. Se quedó, desquiciada, llorando delante de la puerta y maldiciendo a todo ser viviente. Sus lloros podían oírse desde lejos y sus insultos fueron de lo más variopinto. A los trabajadores de la obra les llegaron los nuevos anuncios y dejaron de trabajar. Con serenidad, se pusieron a estudiar durante unos minutos los pensamientos de Mao Zedong. Yang Liujiu, una vez en la cocina, se sentó sobre el camastro desplegable del jorobado Liu. De sus ojos no

habían desaparecido todavía los destellos de luz que lo habían deslumbrado y los chorretes de sangre de las cicatrices de su cara brillaban con fuerza. Bai Qiaomai no entró finalmente en la cocina del cobertizo y se dirigió al dique del río para seguir llorando y acabar de desahogarse. Los trabajadores de la carretera se marcharon todos a dormir.

Bai Qiaomai se quedó en el dique del río en un estado de ánimo pésimo. Tenía la cabeza hecha un lío y con tanto llanto ya no sabía qué pensar. Se le había secado la garganta y era incapaz de pronunciar una palabra. Sus ojos se dirigieron a las chimeneas y al humo de la obra de construcción de la carretera. Se quedó observándolo, así como la bandada de hombres sucios, ennegrecidos, que se trasladaban torpemente debido al cansancio del día. De repente, se puso a pensar, de nuevo, en el perro negro y los sentimientos de amargura y rabia volvieron a poblar su cabeza. Como un ave fénix que renace de sus cenizas, desplegó sus alas y salió volando hacia la obra. Al lado de las planchas metálicas encontró una escoba calva de bambú y con ella barrió al pequeño Sun, apartándolo a un lado. Luego insertó la escoba dentro de la caldera del asfalto. La escoba se quedó clavada en las piedrecitas y el aceite que había en el interior de la caldera. Parecía que estaba granizando. El pequeño Sun se quedó estupefacto, sin saber a qué juego debía prestarse con esa mujer. No podía esconderse en ningún sitio. Bai Qiaomai sacó la escoba de la caldera. La cabeza de la escoba estaba en llamas. La alzó como si fuera una antorcha y se dispuso a quemar todo lo que encontrase a su paso. Dio grandes pasos, pero sin decir nada, y se dirigió al cobertizo, donde dormían los trabajadores de la obra. Una vez ahí, prendió fuego al cobertizo.

Los hombres dormían sobre unas literas hechas con estacas de madera, las cuales ardían fácilmente. Los trabajadores, sin embargo, no se dieron cuenta de nada. Sus cabezas daban vueltas e intentaban olvidar la jornada. Pero no tardaron en ver las llamas. Una de las mantas raídas se había puesto a arder y sucumbieron al pánico y empezaron a gritar. ¡Fuego, fuego! Se despertaron todos y llamaron a gritos a Yang Liujiu. Bai Qiaomai seguía con la escoba encendida alzada en alto y, con la voz temblorosa, gritó:

—¡Os voy a quemar vivos!... ¡Como a los cerdos! —Bai Qiaomai agitaba la escoba ardiente como quien amenaza al enemigo con una antorcha antes de la batalla; pero la arrojó inesperadamente al suelo y avanzó unos pasos. Luego se sentó en suelo. Con cara de tonta, se puso a observar el fuego del cobertizo.

Varios trabajadores echaron agua sobre sobre las llamas, provocando humaredas negras y brillantes en el interior de la barraca. Cuantos más cubos de agua arrojaban, más negras se propagaban las humaredas y las llamas. El fuego había convertido el lugar en una cueva oscura. La humareda negra dio paso a una capa de humo blanco, por el efecto del agua al sofocar las llamas. Varios hombres entraron en la barraca y se envolvieron las cabezas con sábanas, pidiendo socorro desesperadamente.

Los trabajadores de la obra rodearon a Bai Qiaomai. Querían darle una paliza de muerte con sus patadas. Al verlos así, la vendedora de doufu se puso de pie y devolvió los golpes a los obreros. Se oyeron insultos de todo tipo, pero nada más. Los hombres solo tenían ojos para una sola persona. Yang Liujiu intervino:

—¿Qué miráis con esos ojos?... No es la bodhisattva Guanyin que yo sepa... ¡Manos a la obra! ¡Vamos, compañeros!...—Yang Liujiu sacó de su bolsillo un billete arrugado y lo arrojó delante de la gordita Bai Qiaomai. Unos trabajadores de la obra se fueron, pero otros sacaron unas monedas de poco valor de sus bolsillos y las frotaron, como si quisiesen tirarlas, imitando el gesto de su jefe interino. Algunos dieron el paso y las arrojaron con desdén sobre el cuerpo de Bai Qiaomai. Lai Shu tenía en sus dedos una moneda metálica, pero dudaba si tirársela a la mujer o quedársela él. Yang Liujiu lo miró con desprecio y le dijo:

—¡Pírate de aquí! ¡Lleva esa ristra en tus costillas y vete! —Lai Shu recogió la moneda, la metió en su bolsillo y dio unos pasos. Luego se giró y dijo:

—Yang Liujiu, no te sulfures, anda. No me sobra, pero tampoco me falta el dinero. Dentro de unos días, ya verás, tendré más.

Bai Qiaomai no recogió el dinero que le habían arrojado encima y en su cara apareció un gesto de rechazo. Con voz calmada, dijo:

—Y ¿cómo lo has matado? Dime, ¿cómo lo has matado?

Yang Liujiu le respondió:

—No fui yo. No hubiese podido hacerlo. No soy tan poderoso.

—Fui yo, cuñada. Yo lo maté —dijo el pequeño Sun.

Bai Qiaomai sacudió la cabeza.

—Cuñada —dijo el pequeño Sun—, no te dejes engañar por las apariencias. En este mundo, nada es nunca lo que parece. Utilicé un churro

youtiao como cebo y el perro, el muy tonto, cayó en la trampa como un corderito.

El rostro de Bai Qiaomai se deformó.

—¿Es cierto lo que dices?... —preguntó ella—. ¿Así te lo llevaste? ¿Con un cebo? Pensaba que le habías molido a palos... ¿Qué utilizaste como cebo? ¿Un youtiao?... La cabeza me da vueltas... No comprendo nada... He oído hablar de las mordeduras del perro... No me cabe en la cabeza que te lo hayas llevado con un cebo... Mi perro...

La expresión de la cara de Bai Qiaomai mostró un enfado monumental. La vendedora de doufu dio un saltó y se precipitó hacia el pequeño Sun. Le agarró de los cabellos, como si quisiese hacer con ellos una rosquilla, y el hombre lanzó un grito de dolor. Yang Liujiu quiso ponerse delante de ella para sacar al pequeño Sun del apuro. Bai Qiaomai puso sus dedos sobre los ojos del pequeño Sun, y le dijo:

—¡Atrévete ahora! ¿Te atreves ahora conmigo? ¡Te voy a arrancar los ojos!

Yang Liujiu no se atrevió a moverse y dijo:

—¿Cuánto quieres por tu perro? Dime, ¡un precio!

—Te digo que no quiero dinero. ¡No lo quiero!... Lo único que quiero es mi perro vivo, de nuevo. ¡Oíste! —Con los dedos en los ojos, añadió—: Vete, animal, ahora vas a ser tú mi perro.

Bai Qiaomai no soltaba al pequeño Sun.

—Jefe Yang, gran hermano Yang, ¡sálvame la vida! —gritó el pequeño Sun, incapaz por sí mismo de sacarse de encima a Bai Qiaomai.

## V

Durante la pasada noche, Yang Liujiu le pidió a Lai Shu que enterrase los huesos del perro. Lai Shu, descontento con esa orden, le dijo con una voz entrecortada:

—¿Yo?... ¿Por qué debo ir yo?

—Tú andas siempre a la greña con el pequeño Sun y despertáis a todo el mundo. El pequeño Sun ha cazado al perro y a ti te toca ahora enterrarlo. De esa manera, pagaréis por lo que habéis hecho. ¿No te parece justo?

—Sí, nosotros nos peleamos y despertamos a todo el mundo; pero ¿quién se comió la carne de perro? ¿O es que no la probasteis todos vosotros? ¡Vaya banda de hipócritas! —dijo Lai Shu.

—Y tú, tahúr, qué me cuentas... ¡Menudo fullero estás hecho!

Lai Shu recogió a regañadientes los huesos del perro negro y los metió dentro de un cubo de agua que encontró vacío. Los sacó fuera de la barraca, bajo la luz de la luna, y los llevó a un terreno junto a la obra. Buscó una pala de hierro para hacer un agujero. La encontró, una pequeña, y se puso a cavar la tierra. A cada palazo que daba, Lai Shu maldecía a los muertos de Yang Liujiu.

El pequeño Sun seguía atrapado entre las garras de Bai Qiaomai. Mientras tanto, Yang Liujiu continuaba meneando el mejunje del asfalto que había dentro de la caldera. Él sabía que el pequeño Sun había quemado el youtiao y la cuerda de nailon en su interior. Podía olerlo. Las llamas del fuego que calentaban la caldera se vivificaban y se las podía oír gruñir: ¡Gr...! Yang Liujiu no estaba muy dispuesto a agitar aquella mezcla del asfalto y lo hacía con desgana. Y no tardaron en despertársele los demonios que siempre le acompañaban. Yang Liujiu se quejó y se plantó delante de la caldera. Lai Shu vino a verlo y le expresó, a él y al pequeño Sun, su disgusto por lo de los

huesos del perro. No era justo, les dijo. Pero Yang Liujiu y el pequeño Sun se limitaron a decirle que tenía suerte. Lai Shu se quedó pensativo y le dio por pensar en lo que, en realidad, significaba eso de tener suerte: era algo, pensó, que venía y se iba secretamente, sin que uno se diera cuenta. Ahí radicaba su misterio insondable. La buena suerte se escondía y nadie podía saber dónde estaba. Para obtenerla, debes meterte en una cueva oscura. Si no fuera por las apuestas al majiang con el pequeño Sun, él no se habría involucrado nunca en juegos de azar en los que hay dinero por medio, y tampoco habría molestado a Yang Liujiu, su nuevo jefe en la obra. Y si no hubiera echado esas partidas de majiang, no se habría visto obligado a enterrar los huesos del perro de la rolliza Bai Qiaomai... Eso sí, había comido carne de perro y había dejado esos huesos muy limpios... Ahora, los había enterrado. De cualquier manera, se lo debía a la buena suerte. Se lo habían dicho y él debía creerlo. ¿Por qué, si no, había cavado ese agujero en la tierra?... Sí, había tenido suerte, pero ni Yang Liujiu ni el pequeño Sun se equivocaban en la causa. El agujero era grande como un cun y un li, del tamaño de una de esas ventanas cubiertas por una hoja de papel fino. Lai Shu dio un palazo a la tierra y la pala se topó con algo duro. Volvió a dar otro palazo y nada. Había algo en la tierra que le impedía ir más lejos. No tenía suerte. El terreno era ancho y podía cavar en otro sitio. La buena suerte es como las moscas: vuelan alrededor de ti y te fastidian. Cuando quieres cogerlas, se te escapan. Empezó a hacerse de noche y a Lai Shu le entró algo de miedo. Escupió al suelo y, afortunadamente, se dobló para golpear la tierra otra vez.

Al chocar con la pala en el terreno, Lai Shu notó en esa ocasión, a través de la vibración de la plancha metálica, algo deslizante y frágil, y se agachó para ver lo que había podido provocar ese impacto. Había carne de perro, putrefacta, que apestaba, en un agujero perforado deliberadamente en la tierra y cuyas paredes estaban perfectamente trazadas. Acababan de enterrar un perro, sin duda alguna. Lai Shu siguió cavando, ya que esa pequeña fosa, digna de la tumba de la hija difunta de un emperador, le despertó la curiosidad. Ese agujero no se había abierto en ese lugar por casualidad ni para enterrar a un perro abandonado. A Lai Shu se le disparó el ritmo de los latidos del corazón. Empezó a sacar más tierra, con ansiedad, buscando algo. Un objeto comenzó a tomar cuerpo; un objeto que parecía de porcelana y que desprendía luz, una luz cada vez más brillante. Lai Shu pudo, finalmente, diferenciar la forma de una

jarra. Se puso a fantasear con aquello, pero quiso ir con cuidado. Era, en efecto, una de esas jarras barrigudas. Al moverla, a Lai Shu le temblaron las manos. Aún había restos de carne de perro encima, Lai Shu la retiró como pudo a pesar del mal olor. El hedor, sin embargo, le provocó náuseas y Lai Shu vomitó varias veces. Luego se sintió más ligero y pudo concentrarse en la jarra. Le retiró la arcilla que se había depositado en la superficie y saltó a sus ojos el azul índigo de la porcelana. En la boca de la jarra había unas asas del tamaño de unas uñas y en la barriga había pintados varios tipos de peces. El cuello de la jarra era corto y estrecho, con el borde de la boca girado hacia fuera. Estaba cerrada herméticamente con una tapadera de madera que olía a podrido. Lai Shu intentó abrirla con los dedos, pero se dio cuenta de que la madera estaba demasiado estropeada y era imposible sacarla. Empezó a rascarla con las uñas, rompiéndola más que otra cosa. El corazón le bombeaba con fuerza. No se atrevía a mirar lo que había dentro del recipiente. Tampoco quería pensar que pudiese estar vacía. Quizá estaba llena del licor dulce de Chen, ya pasado, aunque no olía ni a alcohol ni a canela. ¿Quién iba a enterrar una de esas vasijas que contienen licor de Chen? Lai Shu sujetó la jarra con un cuidado extremo. Las puntas de los dedos se le habían helado y la vista empezaba a emborronársele. En su cabeza aparecieron imágenes de serpientes. De la jarra, al parecer, salían efluvios igual de gélidos que los espíritus de los muertos. Al moverla, la vasija le deslumbró. En su interior había algo metálico que Lai Shu hizo sonar al sacudirla. La luz de la luna bañaba las paredes del agujero negro y una luz blanca y amarilla, una luz débil, surgía de su interior. Lai Shu sintió que le costaba respirar y creyó que se iba a morir. Pensaba que gente subida a los árboles lo estaba observando. Sus ojos se perdían, no obstante, en la pantalla cenizosa y vaporosa del bosque que parecía deshacer cualquier intento por definir algo concreto. Había agarrado la jarra con las manos temblorosas y quiso avanzar unos pasos. Quería tocarla una y otra vez. Sentirla en sus manos para convencerse de que era real. De repente, se dio cuenta de que estaba llena de todo tipo de joyas y amuletos de plata de otra época. Lai Shu no entendía de joyas, y menos de antiguallas, pero las contó meticulosamente, una tras otra, para calcular su valor. Una fortuna, pensó, ya convencido. Había tres collares de plata, ocho flores también de plata, de las que se enganchan con un imperdible en los sombreros, una pulsera retorcida y tres alhajas a las que Lai Shu era, por ignorancia, incapaz de darles un nombre. Todo ello de plata. A Lai Shu le entusiasmó ver esas

joyas y enloqueció. Volvió a meter la mano en el interior del recipiente de porcelana y encontró unas monedas extranjeras. Se detuvo unos instantes, manoseándolas, y luego las soltó. Pasó su mano por los laterales granulosos de la jarra para ver si encontraba más cosas. Levantó la vasija como mostrándola a la luna para ver si, con la luz, descubría algo más. Estaba vacía. En sus paredes, sin embargo, creyó ver el dibujo de una carpa roja que la luz de la luna parecía haber resucitado. Lai Shu volvió a meter cada una de las joyas en la jarra de porcelana y de nuevo observó la vasija detenidamente. ¿Era real o lo estaba soñando? Lai Shu se sintió profundamente aliviado. Introdujo otra vez la jarra en el agujero y retrocedió, asustado, unos pasos. Recordó que su misión era enterrar los huesos del perro negro de Bai Qiaomai y se puso a cavar nerviosamente en el agujero donde había encontrado la jarra. Quería hacerlo más grande y dejar ahí, bien escondidos, los huesos del animal, que eran muchos y muy voluminosos. Mientras cavaba, descubrió un objeto negro, negrísimo, que también estaba enterrado junto a la jarra de porcelana. Con el corazón en un puño, Lai Shu volvió a agacharse y cogió con cuidado ese objeto negro que, ese año, habían envuelto en una tela que el paso del tiempo había convertido en un papel fino y ajado. Nada más tocarlo, el papel se resquebrajó en mil trocitos. A Lai Shu le deslumbró la luz amarilla y penetrante del objeto, ya sin el papel. ¡Oro!, se dijo para sus adentros. ¡Madre mía, es oro! Lai Shu lo tocó con sus manos, como había hecho con la jarra, para convencerse de que era real. Oro, oro, se repitió. La luz dorada que desprendía el objeto circular le cegó. Sintió que perdía la cabeza, mareado, y así permaneció bastante tiempo. Creía haber sido embrujado por un espíritu divino. Colocó en la palma de su mano el objeto redondo. ¡Es un anillo! ¡Cielos! Desde su infancia, él había oído hablar de ese anillo de oro y solo ese día lo había descubierto...

Lai Shu vio fuego y luego, pensativo, se fijó en el mejunje del asfalto amasándose lentamente. Pensó en el yuan que había gastado tres años atrás. Para él, esa experiencia fue como gastar una fortuna. Aún más, fue una locura. Le dio el yuan a un ciego cuyos ojos, inflados, deformados, como los ojos de los pollos, le impresionaron, pero sobre todo se lo dio por pena y para que le adivinara el futuro. Los dedos de las manos del ciego parecían lombrices que no paraban de moverse cuando el pobre hombre le auguró que, en tres años, él, Lai Shu, se haría muy rico; pero, antes de hacerse rico, iba a sufrir alguna

calamidad, como tanta gente, aunque nada grave. Lai Shu pensó que al ciego no le faltaba razón en lo que le había dicho. Al fin y al cabo, vivía en una tierra desolada, una tierra arenosa, alcalina, de la que no se podía sacar nada aprovechable. La buena suerte. ¿No era ese el único medio para hacerse rico? ¿Quién le hubiera dicho, sin embargo, que bajo esa tierra yerma iba a encontrar una jarra con oro y plata? Fue durante las inundaciones<sup>15</sup> del río de Ba Long, recordó Lai Shu, cuando todo se puso patas arriba. Los ancianos contaban que en los nueve encorvamientos y las dieciocho costas del río de las Ocho Abundancias ocultaron nueve tarros de arcilla y setenta jarras de porcelana. Se decía que lo hicieron para protegerlas de las aguas, otros afirmaban que era para que nadie se las robara, y otros para que no se les acusase de ser de ricos terratenientes. En esos tiempos, tener una joya en casa podía costarte la vida. Lo cierto es que solo diez jarras de porcelana se habían recuperado hasta la fecha; del resto, nadie supo nada, ni dónde había quedado enterrada tanta joya.

¡Un anillo de oro!... Lai Shu sacó la lengua y lo chupó; pero —y al hacerlo no se lo esperaba— le supo a pescado. Se asustó, aunque ello no le detuvo y continuó lamiéndolo minuciosamente, como queriendo saborearlo. El sabor a pescado cambió a algo dulce. Quiso morderlo, pero pensó que sus dientes no iban a soportar tal empresa. No debía morderlo. Era oro, al fin y al cabo, pensó Lai Shu. Uno no mordía esas cosas. No era de personas educadas hacerlo. ¿Y si lo hacía y se le resbalaba por los dientes y se lo tragaba? Lai Shu conocía la historia de varios altos oficiales de la antigüedad que se habían suicidado tragándose un anillo de oro. ¡Ese método era más eficaz que el veneno! Después de tener esos pensamientos, Lai Shu creyó que había tenido mala suerte. Había carne de perro descompuesta en ese anillo y él, inocentemente, la había chupado. Buscaba el sabor del oro y se encontró con el de la carne corrompida. Eso era mala suerte. ¿No?, pensó Lai Shu. Cerró la boca y se mordió los labios. Seguidamente, quiso ponerse el anillo de oro en uno de sus dedos. Eligió el índice, pero no le entraba. Lo intentó con el dedo medio, pero tampoco le entraba. Lo intentó luego con todos los dedos, pero no le cabía en ninguno de ellos.

Ese anillo era seguramente de una mujer, y no una mujer cualquiera, una muy joven y de manos muy finas. Lai Shu se puso a imaginar la apariencia de esa joven. Seguro que su rostro era de piel blanquísima y tenía una boquita del

tamaño y el color de una cereza. Lai Shu pensó que, con el oro y la plata, no le sería difícil encontrar una mujer de esa categoría para casarse. Había que aprovecharse de que el comandante Guo no estaba. ¡Había que coger la manta y salir corriendo de allí! Pero Lai Shu pensó que no podía dejar ese lugar así por las buenas. Había enterrados en las vegas del río nueve tarros y setenta jarras con joyas dentro de un valor incalculable. Recuperaría la buena suerte<sup>16</sup>, seguro, y se precipitó hacia la vasija que había colocado bajo tierra.

—Lai Shu, ¿aún no has enterrado los huesos del perro?

Yang Liujiu le había gritado desde lejos. A Lai Shu, esa voz le aterrorizó, paralizando cada uno de sus miembros. Se apresuró a meter el anillo en la jarra junto con las otras alhajas de plata y lo cubrió todo con la tierra que encontró a su lado.

—No, todavía no... Ay, estoy aprovechando este lugar, algo apartado, ya sabes, para hacer de vientre... —soltó Lai Shu, sin estar muy convencido de lo que había dicho.

—¿Has comido algo picante?... ¡Seguro! ¡O te has puesto ciego! ¡Ibas a explotar!... ¡Lo sabía, Lai Shu!

—¡La madre que te parió! ¡Esa sí que se puso ciega!... ¡Y le entró diarrea! ... ¡Más apestosa que la mierda de un perro!

—Mi madre sabía lo que hacía y con quién lo hacía, no como la tuya...

Lai Shu se consideraba a sí mismo un pusilánime y se puso a temblar. Vació el cubo y enterró cada uno de los huesos del perro en el agujero. Luego, con la pala, lo cubrió con tierra, pero había tantos huesos que la mitad quedó al descubierto. El color blanco de los huesos del animal deslumbraba a Lai Shu. Esos huesos, como si tuviesen vida, ejercían sobre él un poder especial. Lai Shu se puso a reír estúpidamente. Contrariado, los sacó del agujero y continuó cavando en la tierra, con los ojos bien abiertos y las orejas alerta, intentando no dañar la porcelana, aunque no podía evitar darle algunos golpes sin querer. Pensaba que, cavando una y otra vez, en otros lugares, acabaría encontrando los nueve tarros y las setenta jarras llenas de joyas. E hincaba la pala en la tierra, con fuerza y frenesí, con unas ganas desmesuradas, para encontrar el tesoro escondido, el tesoro que solo él podía hallar. Totalmente agotado, Lai Shu se arrodilló y encontró un ladrillo roto. Siguió cavando y se topó con unas tejas también rotas. La luz de la luna, mientras tanto, parecía diluirse en el firmamento, en cuya parte oriental asomaba una niebla roja. Lai

Shu ya había enterrado los huesos del perro de Bai Qiaomai. ¡Todos! Ese lugar, Lai Shu no lo iba a olvidar en su vida, ni los huesos, bien sepultados bajo tierra, de ese perrucho. Pero a Lai Shu, de repente, le entró mucho miedo. Estaba convencido de que nadie le iba a creer. Esa gente tenía mala leche. ¿Quién iba a ser tan tonto como para creer que había pasado tanto tiempo con una diarrea? Tenía, como era costumbre en él, un hambre de lobo. Se le veía en los ojos. ¿Y acababa de defecar en el campo? ¡Bah! Nadie le iba a creer. Ahí estaba la barraca. Nada más entrar, los obreros se le iban a echar encima como perros hambrientos. Le morderían hasta matarlo.

Lai Shu cogió la jarra con las joyas y la abrazó con todas sus fuerzas. Todavía llevaba con ella la carne descompuesta del perro enterrado a su lado, y ese olor a podrido le llegaba a Lai Shu a los orificios de la nariz, echándolo para atrás. Cada vez que inhalaba, Lai Shu se veía obligado a abrir la boca tanto como podía para poder respirar, si no se ahogaba, y cerraba los ojos. Lai Shu sabía que solo si tenía el estómago lleno podía salir corriendo. Con hambre, le era imposible. Metió en su bolsillo todo el oro y toda la plata de la jarra, y pareció que había engordado de golpe. «Esto no funcionará, no funcionará...», pensó. Las gentes de la barraca se reunirán y se descubrirá que su cuerpo va cargado de metales. Luego sabrán que es oro y plata. ¡Y hallarán el anillo de oro! Lai Shu se quitó la chaquetilla que llevaba puesta. Estaba sudando a chorros y tenía las ropas empapadas. Manoseó la jarra y, con rabia, la cerró otra vez.

Lai Shu se puso a pensar en el lugar —otro, por supuesto— en el que debía enterrar la jarra de porcelana. Se alejó varios cientos de metros del sitio donde la había encontrado y empezó a cavar en la tierra. Cuando hubo acabado el agujero, metió inmediatamente la vasija y la cubrió con tierra. Pero volvió a arrepentirse de lo que había hecho. Ese lugar estaba demasiado lejos de la obra de la construcción de la carretera. Si un grupo de niños irresponsables lo descubría, se la llevarían con ellos, ¿y él cómo iba a darse cuenta? O si un perro pasaba por ahí, olfateando el terreno y le daba por excavar, como solía pasar a menudo, y lo encontraba, ¿qué iba a hacer él? Lai Shu no se lo perdonaría a sí mismo nunca en la vida. Había que desenterrar esa jarra de porcelana cerca de la obra, donde pudiese verla con sus ojos y asegurarse de que nada raro le iba a pasar. Lai Shu la desenterró de nuevo y, con la pala a cuestas, regresó a la barraca, bordeando el camino del dique del

río y bajo las copas casi desnudas de las pocas moreras que habían crecido allí. Lai Shu volvió a elegir otro lugar para enterrar la vasija —esta vez, a unos cien metros de donde estaba, bajo una de esas moreras blancas—. Se agachó y empezó a cavar discretamente a los pies del árbol. La luz de la luna caía en forma de neblina y apenas se podía vislumbrar el cobertizo, aunque sí se oían los ronquidos de los obreros. Bajo la morera habían crecido unas flores de abrojo bellas y exuberantes que contrastaban con la desolación del paisaje. El abrojo daba unas flores blancas diminutas que poco tenían que ver por su tamaño ni por la sencillez de su belleza con las que Lai Shu tenía ante sus ojos. A Lai Shu le supo mal destrozar esas flores y se limitó a cambiarlas de lugar. De esa manera, pudo hacer un agujero más grande para la jarra de porcelana. Lai Shu la metió en su interior, pero invertida. Ponerla así le llenó de satisfacción. Ni siquiera los zorros podrían sospechar que la jarra con la plata y el oro se encontraba enterrada en ese lugar, pensó. ¡Ese era el mejor sitio, sin duda, para ocultar un tesoro! Lai Shu empezó a cavar como un loco, con más fuerza y ahínco si cabe, y el cuerpo y las ropas empapados en sudor. Dejó la pala y se puso a sacar tierra con las manos. Firme, volvió a tocar las monedas otra vez con el único fin de tranquilizarse. Pero no pudo repetir ese gesto con el anillo de oro, ya que no lo encontraba. Ello le llenó de pavor y le mantuvo paralizado. De su cuerpo empezó a salir un sudor frío, soltó bruscamente la jarra de porcelana y se puso a buscar el anillo para calmarse. Lo encontró. En la jarra había una cadenilla de plata y Lai Shu se sirvió de ella para engancharlo y colgarlo en su cuello. Tú eres mío, se dijo. No te me vayas a escapar ahora. El anillo de oro sonrió dulcemente a Lai Shu, o al menos eso pensó él. Puso tierra sobre el recipiente para cubrirlo y llenó el agujero hasta nivelarlo con el resto del terreno. Luego trasladó las flores del abrojo al mismo lugar donde estaban antes para no levantar sospechas. Retrocedió unos pasos y se orientó. Quería saber dónde estaba exactamente. Se puso a pensar en lo que marcaba la diferencia en ese lugar. Vio el planeta Venus, brillante y en su versión más grande. El cielo, por lo tanto, también brillará. Lai Shu, sin embargo, no las tenía todavía todas consigo y no se atrevía a irse. Se quedó parado bajo la morera unos momentos, sosteniendo la pala, y poco después, orgulloso y satisfecho, regresó al cobertizo.

Lai Shu no pegó ojo en toda la noche. Las órbitas de sus ojos —brillantes y pegajosas— parecían haber sido lubricadas con aceite. En el interior del

cobertizo olía mal, flotaba un hedor nauseabundo que era imposible de soportar. Nada más entrar, a Lai Shu le tiró de espaldas la peste, ya que no estaba acostumbrado a ese tipo de tufos. Tardó un poco más de un minuto en habituarse. Su litera estaba ocupada por el pequeño Sun y tuvo que echarse en el suelo a un lado. En ese momento oyó que el pequeño Sun le susurraba:

—¡No te escapes!... Haz algo, haz algo... Lai Shu se preparó para cogerle el cuello al pequeño Sun y estrangularlo. Cuando el pequeño Sun acabó de hablar, Lai Shu se giró, pero el olor pestilente llegaba a los orificios de su nariz. Respiró, exhalando abruptamente el aire por la boca. Se desvistió y se acostó. Sus ojos vieron las vigas y los soportes del techo. Se giró otra vez y sus ojos se clavaron de nuevo en el pequeño Sun, pero sin poder verle bien la cara. El rostro del pequeño Sun se había deformado en la oscuridad del cobertizo.

Durante el desayuno, los trabajadores de la carretera en obras se sujetaron las cabezas con las manos para que no se les cayeran. Cada uno de esos tipos ponía cara de estar muy preocupado. A Lai Shu le pareció que todos esos obreros le estaban mirando y juzgando. Yang Liujiu tosía y sus toses recordaban a las de una mujer. El pequeño Sun hacía ruido con la pala: clong, clong..., y uno de los obreros, uno joven, de poca edad, se puso a gritar como un gallo.

El pequeño dijo:

—Tengo diarrea esta noche. Mejor me agacho para que mis intestinos se vacíen...

Yang Liujiu escupió al suelo y le replicó:

—¿Qué vas a vaciar?... ¡Nos vas a asfixiar a todos!

Los presentes se pusieron a insultarlo; pero cuanto más agresivamente lo insultaban, más cómodo se sentía Lai Shu, que le aconsejó con sorna:

—Pequeño Sun, el gran hermano te va a hacer un traje... ¿Tienes laopo? Yo tengo una hermanita... Cuando crezca, será una belleza, como una de esas inmortales... Podría casarse contigo...

El pequeño Sun dijo:

—Guárdatela para quien pueda servirse mejor de ella. Seguro que te lo agradecerá.

Uno de los obreros dijo:

—Gran hermano Lai, si el pequeño Sun no quiere...

—¿Para ti? —dijo Lai Shu—. Tú eres como un oso peludo... ¿Crees que te voy a dar a mi hermanita? No te daría ni los meados de mi meimei...

De la orilla del río, en su vertiente sur, se oyó la voz de una mujer que gritaba a su hijo: «¡Liu Zhu!... ¡Liu Zhu!... ¡Vente a casa a comer!...».

—¿Los has enterrado? —preguntó Yang Liujiu.

—¿Enterrarlos? Pero ¿qué diablos quieres que haya enterrado? Yo no he enterrado nada...

—¿No has enterrado los huesos del perro de Bai Qiaomai?

Lai Shu sintió que se le relajaba de golpe el cuerpo entero y le sudaban los sobacos, que tenía empapados, y dijo:

—Pues los he enterrados todos, y bien enterrados que están..., jefe... Este ser insignificante que te habla los ha enterrado todos... ¡Y los ha enterrado cinco metros bajo tierra!... ¡Para que no los encuentres ni los dioses del Cielo!

—La madre que te parió, Lai Shu... ¿Has perdido la cabeza o qué? ¿De que dioses del Cielo me hablas? —preguntó Yang Liujiu.

\* \* \*

El asfalto empezó a hervir y a desprender un calor abrasante y vapor. Él, de la cabeza a los pies, se llenó de sudor y, deliberadamente, se echó a la cara una ceniza negra. Sus ojos no podían ver con claridad lo que sucedía en el suroeste, pero era en ese punto donde se alzaba, solitaria, la morera blanca. En su copa, las hojas parecían monedas de cobre destellantes bajo la luz del sol. La morera parecía haber prendido fuego y las llamas se alzaban furiosamente hacia el cielo.

## VI

Poco después, al acabar la cena, Yang Liujiu se agachó, en la sombra, bajo las hojas del árbol del té. Quería, en realidad, observar desde ese punto, sin que nada ni nadie le perturbara, la casa de Bai Qiaomai. En el cielo se desplazaban unas nubes espesas y somnolientas que eran grises como la ceniza y que la luz de la luna atravesaba majestuosamente. Las hojas del árbol del té proyectaban sobre el suelo sus sombras, que crecían gradualmente a medida que pasaban esas nubes. Una nube con la forma de una figura humana se estampó sobre la tierra. La nube se movía con lentitud y pereza. La bruma nocturna se espesaba cada vez más y caía pesadamente sobre los terrenos yermos. Una mujer llamaba a gritos a su hijo: «¡Liu Zhu!... ¡Liu Zhu!... ¡Vente a casa a comer!...».

La voz de la mujer parecía salir del fondo de un pozo y por eso sonaba opaca y como humedecida. La puerta de color púrpura de la casa de Bai Qiaomai continuaba cerrada, como antes, y en el patio reinaba una paz mortuoria. Yang Liujiu pensó en la noche anterior, en ese perro negro, dominante y mandón, ese héroe... La ventana del lado oeste se había oscurecido y los murciélagos revoloteaban en el patio. Yang Liujiu se agachó un rato, pero no oyó ningún movimiento. De esa manera, doblado, se desplazó hacia la puerta púrpura y vio colgado en ella el gancho de hierro. También divisó una aldaba, y se movió hacia el lugar que quedaba entre las tejas de la casa y los muros. Le entraron unas ganas locas de encaramarse al muro y saltarlo, pero al apoyar las manos sintió un intenso dolor en una de ellas. Fue a ver qué pasaba y observó que la tenía llena de sangre. Los muros acababan de rebozarse con una nueva capa de barro, dentro de la cual había trozos de vidrio rotos de color verde. Yang Liujiu maldijo para sus adentros el corazón envenenado de esa mujer, Bai Qiaomai, y se puso a recorrer discretamente la

pared; descubrió, para su escarnio, que todo él estaba cubierto de ese barro con trozos de vidrio incrustados. Había que estar mal de la cabeza para hacer eso, pensó Yang Liujiu, que se paró un buen rato para tratar de comprender esa locura y llegó a la conclusión de que el pequeño Sun había contribuido, sin duda alguna, a que Bai Qiaomai protegiera su casa de esa manera. Oyó bajo las tejas alargadas del techo, en la ventana, cierto movimiento, pero ninguna voz humana. Sería algún roedor, pensó Yang Liujiu, y, de repente, se preocupó por el pequeño Sun. ¿Había despellejado esa mujer al pequeño Sun? Se puso a pensarlo y concluyó que no —era imposible—. En ese mundo intermedio e inestable entre el Cielo y la Tierra —que es el mundo de los hombres— siempre reina la paz para los asesinos de perros. Estos no tienen por qué preocuparse. Ni siquiera las mujeres se atreverían a tocarles un pelo.

La laopo del pequeño Sun se presentó en la obra con la hija atada en la cintura con un cinturón hecho de tela y envuelta en un trapo, como para que no se le escapase, o para no perderla, en el camino. Había recorrido varios li hasta llegar a la obra y lo había hecho con paso firme y constante, sin perder el tiempo, y con la hija a cuestas. La laopo del pequeño Sun, para colmo, tenía la espalda medio rota, ya que estaba embarazada y en los huesos. Cada paso que daba la pobre mujer era simplemente un movimiento hacia delante, sin pensárselo, un movimiento mecánico y firme sobre el suelo, para alcanzar una meta, el final del camino. A la laopo del pequeño Sun, la cara se le había llenado de polvo y los cabellos se le habían alambrado, como si se hubiesen convertido en hilos sueltos de cobre. Cuando la esposa del pequeño Sun se presentó en la obra, los trabajadores le ofrecieron inmediatamente unas gachas de maíz. El sol no se había puesto del todo y todavía se podía aprovechar algo de la luz del día por mortecina y débil que fuese en ese momento. La mitad del cielo había enrojecido y a los obreros se les oía hacer ruidos con la boca mientras tomaban sus sopas. Todos ellos hablaban, además, del pequeño Sun, aunque nadie se preocupase en realidad por él. Uno de los obreros comentó que se encontraba en la casa de Bai Qiaomai digiriendo grandes cantidades de queso de soja blando. Ese trabajador juró por sus muertos que decía la verdad. Justo entonces, se presentaron la laopo del pequeño Sun y la hija.

La esposa del pequeño Sun apareció por el lado oeste y, en ese preciso momento, sobre el gran dique se posaba una bruma gris como la ceniza y los cuervos grajeaban en el páramo estéril. La mujer caminaba despacio y, vista

de lejos, parecía una vaca desplazándose pesadamente. Bajo la morera blanca —esa morera solitaria y desamparada— asomó la laopo del pequeño Sun con la hija a cuestas. La criatura parecía uno de esos conejos pardos de orejas grandes y puntiagudas. Lai Shu suspiró hondamente y volvió a sentarse, jadeando y absorbiendo la sopa entre ruidos. La mujer y la niña torcieron por el dique y se metieron en los comedores. Las piernas de la mujer no estaban niveladas y ello no solo la obligaba a cojear, sino que también la forzaba a estirar el cuello hacia arriba cuando caminaba. Con ese movimiento perdía elegancia. La afeaba considerablemente. La niña se agarraba a las ropas de su madre y le impedía caminar con normalidad. Parecía que la pequeña quería envolverse en ellas. Hubo quien le dijo:

—Vente a comer algo.

Y otro:

—Dejad que coma algo. —La mujer se adelantó hacia ellos y con una voz quebrada, replicó:

—Hermanos, ¿alguien ha visto a Sun Ba? —La mujer se sintió ofendida consigo misma, ya que no esperaba hablar con ese tono de voz. Las palabras, pensó, le salieron demasiado graves. Si hubiese podido esconderse en algún lugar, lo habría hecho. ¡Por un momento pensó que no era más que una jovencuela de diecisiete o dieciocho años!

—¡Pue sí! —le gritó Lai Shu.

—¿Y dónde está?

—Él...

Uno de los trabajadores de la construcción de la carretera repitió:

—Él...

Yang Liujiu avanzó un paso y preguntó:

—¿Eres la madre de Sun Ba?

—No —respondió la mujer—, soy más bien la madre de su hija.

La tripa de la mujer estaba abombada como el culo de una cubeta de agua y Yang Liujiu se asustó. El rostro de la mujer y el de Sun Ba eran iguales en el sentido de que nadie podía saber en realidad la edad que tenían. Yang Liujiu dijo:

—Ah, es la cuñada... Ha venido...

—¿Y él? ¿Dónde está?... —preguntó la mujer, aterrorizada.

—Él..., pues él está ocupado con un asunto oficial, en el pueblo. Ya sabes... Esta noche o mañana temprano regresará...

—Por fin... —dijo la mujer secamente.

—Cuñada, vente aquí...

A la mujer, la voz se le había puesto ronca y, presa de muchas emociones que no llegaba a controlar, explotó en mil llantos. Todos los presentes dejaron inmediatamente de comer y la rodearon, como hechizados, para verla llorar. La laopo del pequeño Sun vestía con unas ropas ajadas como las que llevan los campesinos pobres y parecía que tenía robín en la cara. La niña también lloraba, pero sus sollozos se asemejaban al piar inocente de los pájaros cuando llaman a su madre porque tienen hambre. Los trabajadores de la obra contenían la respiración. El jorobado Liu, cabizbajo y ausente, estaba acostado en la entrada de la cocina.

Yang Liujiu dijo:

—Cuñada, no sufras más y come algo; es lo primero que debes hacer ahora. Estoy al cargo de estos hombres y de la construcción de esta carretera. El pequeño Sun no tardará en venir y podréis reuniros, a solas, para hablar de vuestras cosas. No te preocupes por ello. Viejo Liu, por favor, puedes traerle un bol y unos palillos a esta mujer y a su hija para que coman algo.

El viejo Liu no tardó en sacar un bol que contenía un caldo caliente con sus dos manos. También trajo cuatro panecillos wowotou y un platillo de rábano con otras verduras sazonadas y avinagradas.

La mujer dijo:

—No tengo hambre.

Y el viejo Liu le replicó:

—¡Come!

Ella, apesadumbrada, se sentó y obligó a su hija a que se sentara con ella, empujándola a su lado. A la niña le irritó ese movimiento y gritó, y luego tosió. La mujer le dio un puñetazo en la espalda y uno de los trabajadores de la obra que estaba en el cobertizo ofreció a la pequeña un par de galletas para que se calmase. Pero la niña no se atrevió, en un primero momento, a alargar sus manos para cogerlas. Poco después, con algo más de confianza, las cogió y se sentó, ya más tranquila, no sin antes doblarse ante el hombre como gesto de agradecimiento. Una vez satisfecha con la comida que le habían ofrecido, la madre se sintió con más fuerzas y sacó de las telas con las que iba envuelta su

hija un peine para cepillarle el cabello. La madre, al mismo tiempo, se puso a gruñir. Hacía más de medio año que Sun Ba se había marchado y ni siquiera se había dignado a enviarles una carta. La comunidad, por su parte, solo se expresaba, como era habitual en esa época, con chismorreos que tenían más de difamaciones que de información verídica. En la comunidad se decía que el pequeño Sun había hecho algo malo y por eso lo habían enviado a la obra de la carretera —esa era su condena—. Ella, la laopo, se dio cuenta de que se había quedado embarazada y la casa, la suya, por supuesto, se llenó, como se suele decir, de fuego y humo. ¿Para qué tenía un marido?, se preguntó la laopo del pequeño Sun. Salió, por lo tanto, en su busca para que le aportase alguna solución. La mujer les contó a los trabajadores de la obra esa historia con lágrimas en los ojos. La niña, por su lado, acabó agotada con la historia de su madre que parecía no tener fin y se durmió en su regazo. Entre el Cielo y la Tierra siempre se encuentra un lugar con alfalfa para echar una cabezada.

Yang Liujiu dijo:

—Viejo Liu, si no te molesta, pueden pasar la noche aquí en el cobertizo. ¿Qué te parece? Trae una de esas camas colchón para ponerla en el suelo y que la cuñada Sun y su hijita duerman en ella. Ya les buscaremos para otro día una litera en la barraca.

—De acuerdo —confirmó el viejo Liu.

—Me voy a buscar al pequeño Sun —le dijo Yang Liujiu.

Se quedó parado bajo las tejas del muro del lado este de la casa de Bai Qiaomai y luego se puso a caminar de puntillas, evitando tanto como podía los vidrios. Se encaramó a una de las paredes, pero, al hacerlo, rompió con uno de sus pies varios trozos. El cuerpo, por supuesto, le pesaba, y toda la presión recaía sobre sus dos axilas. Pudo, por fin, poner sus pies en la zona superior del muro y saltó sin dificultad al patio de la casa. Sin perder un instante, se escabulló hacia la parte inferior de la ventana del lado este. Una vez allí, sacó la lengua y lamió el papel que, como una cortina, la cubría. De esa manera, Yang Liujiu lo rompió y, a través de la abertura, podía ver lo que estaba sucediendo en el interior de la casa. Podía ver, sobre todo, las dos habitaciones que quedaban en la parte este de esa casucha simple y ruinosa —compuesta originalmente por tres habitaciones—, pero no la tercera habitación. El pequeño Sun sujetaba un palo que le servía de palanca para remover, cabizbajo y muy concentrado, los trozos de queso de soja cuajado

que se iban formando en un mortero de piedra de grandes dimensiones. Bai Qiaomai se encontraba sentada en una pila de espigas y pajas de centeno en la entrada de la casa y con las dos manos sujetaba su cabeza. En frente de ella se alzaba una vela blanca y larga, muy larga, cuya mecha, en la punta, estaba completamente rota. El doufu parecía estar gritando por las sacudidas que estaba recibiendo del pequeño Sun. Ese queso cuajado se hinchaba y la superficie se amarilleaba debido a la piel de los granos de soja. También había unas grietas en los bloques de doufu que se iban formando porque les era imposible mantenerse constantemente firmes y sólidos. Esos bloques parecían supurar una especie de líquido blanquecino que recordaba a los calostros. El pequeño Sun se servía de su barriga para empujar el palo de madera que removía el queso cuajado de soja, y seguía con los ojos el movimiento, casi hipnótico, del doufu. Parecía como si estuviese buscando las huellas de sus pies y su propia sombra, la de su cuerpo entero, la que podía confirmarle que todavía pertenecía al mundo de los vivos. Y al final acababa por encontrarla, cortada, entre una de las paredes y el suelo. En el rostro de Bai Qiaomai asomaba mucho cansancio. Sus ojos no paraban de parpadear para no cerrarse definitivamente y se clavaban en la luz tenue de la lámpara. Esa luz también parecía dormirse. Varios insectos nocturnos recorrían la cara de Bai Qiaomai y ella intentaba quitárselos de encima con la mano. De repente, como si hubiese despertado de su sueño, gritó:

—¡Deberías cortarlo!

Yang Liujiu se asustó y se apartó impulsivamente hacia atrás. El pequeño Sun alzó la cabeza y sacó un cucharón de madera de un cubo que también era de madera. Estaba ahuecado y era redondo, y con él el hombre se puso a sacar el doufu que pudiera haber quedado pegado en los laterales del mortero. Después de dar una y otra vuelta a la cuchara, volvió a meterla en el cubo de madera. Yang Liujiu olía desde el otro lado de la ventana el aroma fuerte a queso cuajado de leche de soja y ello le hizo pensar de nuevo, y odiarla, también de nuevo, en Bai Qiaomai. Ella vestía en esos momentos unas ropas de pana, que, bajo la luz de la lámpara, parecían haberse enrojecido, y sus cabellos le brillaban como si los tuviese aceitosos. En su pose, sentada como estaba, se la veía relajada, como uno de esos borricos que dan vueltas a la piedra molar. De repente, la casa se llenó de nieve; es decir, la bombilla de la lámpara se fundió. Bai Qiaomai parpadeó nerviosamente y el pequeño Sun se

quedó atontado, en medio de la penumbra, y no se atrevió a moverse del mortero.

—¡Se ha ido la luz! —gritó Bai Qiaomai, que ahora permanecía de pie con una vela encendida en la mano. Poco después le preguntó al pequeño Sun—: Pero ¿qué haces ahí parado? ¡Empuja el mortero!

—Tía... —dijo el pequeño Sun—, mi buena tía, perdóname... Usted, señora, tiene un buen corazón... Lo sé, déjeme ir...

—¡Rápido!... ¡Empuja el mortero! ¿Oíste? —El rostro orondo de Bai Qiaomai estaba amarillo y brillante como la cera de la vela que ella misma sujetaba con sus manos; agarró al pequeño Sun del trasero para llevarlo de nuevo junto al mortero. El hombre gimoteó, cogió el palo del mortero y empezó a remover otra vez el cuajado de doufu.

Dentro de la casa de Bai Qiaomai se había instalado un círculo negro como la tinta. Yang Liujiu podía oír cómo la mujer daba gritos de un lado a otro, y él quería, a su vez, gritar al pequeño Sun o precipitarse hacia el interior de la habitación. Bai Qiaomai no paraba de propiciar insultos al pequeño Sun:

—¡Animal! ¿Acaso quieres escaquearte en medio de la oscuridad o qué? ¡Venga, sal corriendo!...

—Tía... Mi querida tía... No me atrevería por nada del mundo a salir corriendo... Te lo vuelvo a decir... ¡Por nada del mundo me atrevería a salir corriendo!

La casa volvió a llenarse de una nieve brillante. Bai Qiaomai le arreó un golpe al pequeño Sun en la cabeza y este no paraba de suplicarle clemencia.

—Este apagón es como arrastrar a una cabra epiléptica —dijo ella con un tono de voz distante—. Eres un diablillo, Sun Ba, y un diablillo con muy malas intenciones... Dime, si pudieses salir corriendo, ¿adónde irías?

—Tía... —respondió él mientras removía con el plao el doufu a medio hacer del mortero, con una cara en la que se reflejaba toda la miseria del mundo—, te lo ruego, déjame ir a comer algo... Me muero de hambre... Ya no puedo más...

—¿Y mi perro?... ¿No has tenido suficiente con él?

—Tía, solo he podido probar un poquito. No mucho, si te digo la verdad. Los otros no han hecho otra cosa que abusar de mí... Ellos me obligaron a hacerlo... Tía, he actuado como un mierdoso, lo sé... Como si fuera uno de tus pedos, pero... ¡suéltame, te lo suplico!

Yang Liujiu estaba a punto de ponerse a reír a carcajadas y se tapó, tan fuertemente como pudo, la boca con las dos manos antes de que fuese demasiado tarde.

—Soltarte... Eso no es tan fácil... Cuando vea a esos tipos de la obra y a ese bandido de Yang Liujiu vestidos con ropas de duelo por la muerte de mi perro, entonces me lo pensaré...

—Pero usted..., si me suelta, se lo pediré... Tía, ese gancho metálico..., pues fue Yang Liujiu quien me lo dio... Él es el líder de este grupo... No puede desobedecerle... ¿Lo comprende ahora?

Yang Liujiu maldijo por lo bajinis al pequeño Sun:

—Perrito asqueroso...

—Tonterías, remueve el doufu, anda...

—Tía, me muero de hambre... Ya no puedo mover un dedo...

Bai Qiaomai destapó un cazo y sacó una torta de maíz amarilla que arrojó al pequeño Sun en la cara.

—¡Pues come, anda! ¡Y si te atragantas!... ¡Me alegraré!

El pequeño Sun la cogió al vuelo, le dio un bocado a la torta y le dijo:

—Tía, ¿y no tendrías unas verduritas avinagradas para acompañar esta torta? Así, sola...

—Te daré unos mejillones. ¿Le parece al señor? Te trato como a un cliente... —le dijo Bai Qiaomai, acercándole un platillo con una pasta de soja y un par de cebollines verdes para untar en esa pasta. Todo ello lo puso delante del pequeño Sun.

—Tía, dame un poco de agua para beber...

—Te daré mis meados, si tienes sed...

—Tía, usted ha llenado los muros de su casa con pedazos de vidrio y la puerta está cerrada con candado y no de los pequeños. Me resultaría muy difícil escaparme ileso de aquí. ¡Tía, sería incapaz de aguantarme!

Bai Qiaomai abrió el candado y luego la puerta de la casa. Bajo las tejas había una lámpara que brillaba con toda su fuerza. Yang Liujiu se amagó apresuradamente en la parte baja del muro. El pequeño Sun salió por la puerta y Bai Qiaomai lo siguió detrás con la vela. Yang Liujiu cambió de posición y cogió a Bai Qiaomai por detrás.

—¡Pequeño Sun! —gritó Yang Liujiu—. ¡Sal corriendo, rápido! ¡Tu laopo

y tu hija te están esperando en la barraca!

Bai Qiaomai lanzó un grito extraño y se precipitó hacia el pequeño para darle una patada. Él se echó hacia la puerta morada, pero, en su apresuramiento, se tropezó y se dio bruces contra el candado. Yang Liujiu dijo:

—Sal de ahí y regresa. Podrás evadirte por el muro de la parte este.

El pequeño Sun salió de la casa, pero con un morado como el color de una mosca y con la cabeza dándole vueltas. Jadeando, dijo:

—Pero esos muros están llenos de vidrios. Yo mismo he pasado todo el mediodía poniéndolos.

—El trozo que hay bajo las tejas no tiene ningún vidrio.

El pequeño Sun se dirigió hacia esa parte del muro y parecía uno de esos tipos del ejército marioneta de la película Minas de guerra<sup>17</sup>. Intentó saltar tres veces, pero en ninguna ocasión consiguió su propósito.

—Eres un idiota. ¡Busca un taburete, rápido!

El pequeño Sun entró en la casa corriendo, pero nada más cruzar el umbral de la puerta Bai Qiaomai, como si estuviera esperándolo agazapada, le dio la patada que tenía pendiente. El pequeño Sun, sin embargo, pudo coger el banquete que estaba junto al mortero del queso de soja y llevárselo a la parte baja del muro. Se subió sobre él, se tambaleó unos instantes, pero logró finalmente saltar al otro lado. Al caer en el suelo, ya al otro lado de aquella pared, gritó: «¡Madre!».

Yang Liujiu había cogido, mientras tanto, a Bai Qiaomai por la cintura para impedir que se fuese tras el pequeño Sun. Al abandonar esa casa, el pequeño Sun se sintió como cuando salió de la barriga de su madre y vino por primera vez a este mundo, o, al menos, eso fue lo que pensó. Se sintió aliviado, incluso con una sensación agradable, pero con el cuerpo temblándole todavía e incapaz de controlarlo. Bai Qiaomai intentaba sacarse de encima a Yang Liujiu y creía que se iba a descoyuntar, incluso se le escaparon involuntariamente algunas ventosidades. Le era imposible deshacerse de los brazos de Yang Liujiu, quien la apretaba con fuerza y la levantaba del suelo para debilitarla. Bai Qiaomai alzaba la cabeza y la movía de un lado a otro como un caballo, e intentaba mantenerse de puntillas sobre el suelo. Las piernas y los pies de la vendedora de doufu parecían las patas, tiasas por momentos y a ratos flexibles, de una cabra cuando es agarrada. Yang Liujiu la llevó de esa

manera, sujeta con los brazos, al interior de la casa. Ella no paraba de dar cabezazos y le mordía con rabia los brazos a Yang Liujiu. Una vez dentro, la soltó delante de él, dándole un empujón. Ella se alejó y alcanzó una de las paredes. Luego se giró. Tenía el cabello revuelto y las ropas rasgadas. Los pechos, desnudos, voluminosos, se le hinchaban como un tambor cada vez que respiraba.

Yang Liujiu cerró la puerta con la vara metálica y apagó la luz del patio. En la penumbra, apenas vislumbraba la figura de Bai Qiaomai. De las manos de Yang Liujiu chorreaban unos hilos finos de sangre, pero él no sentía nada de dolor. Tenía el cuerpo entero en tensión, irritable, aunque le ardiesen las heridas.

Bai Qiaomai se había apoyado en la pared, respirando con dificultad, escupiendo sangre sobre el suelo y repitiendo sin cesar ¡bandido! Con la cuchara de madera, que tenía una hoja grande y afilada y servía para cortar el doufu, Bai Qiaomai amenazaba a Yang Liujiu con cortarlo a trozos. Este, doblado y esquivando los embistes de la vendedora, se daba cuenta de que ella sonreía como una loca. La luz de la lámpara iluminaba precariamente la barba roja del encargado de la obra y su cara aparecía negra y brillante como el cobre antiguo. Él la desnudó y se puso a manosearla. La empujó luego, con todas sus fuerzas, contra la pared y lanzó por los aires lo poco que ella llevaba encima en esos momentos. Inmediatamente la tiró sobre la hierba que crecía en la raíz de los muros.

Bai Qiaomai alzó la cuchara de madera y parecía haber adoptado una de esas poses de los luchadores de artes marciales. Con cara de boba, se quedó mirando a Yang Liujiu desnudo y con el pecho lleno de pelos amarillos. Cuando creyó que ya lo había visto suficientemente, llevó la cuchara de madera afilada al pinganillo de Yang Liujiu y le dio un tajo. Ligeramente, como el vuelo de una pluma cuando flota, como se suele decir: golpear a un hombre es mejor que coquetear con él. Yang Liujiu, cruzando los pasos, avanzó hacia adelante con el fin de agarrar la mano de Bai Qiaomai que sujetaba la cuchara de madera. La cogió con todas sus fuerzas. El brazo de ella, el que sostenía la cuchara, estaba tenso y sudoroso y parecía hecho de sebo calado. Yang Liujiu se sentía autorizado, y su mano, grande y poderosa como era, tocaba el hueso del brazo. Bai Qiaomai, a la que una lámina muy fina de aire separaba de Yang Liujiu, gritaba y, finalmente, dejó caer la

cuchara al suelo. Yang Liujiu la puso delante de su pecho y ella, con una de sus manos, agarró la otra mano de Yang Liujiu. Los dos se daban empujones mutuamente y colisionaban sus cuerpos. Pom, pom, pum, pum... Ahora abrazados, pegados el uno al otro, y poco después queriendo separarse el uno del otro, y así continuamente, durante un tiempo que se hacía eterno. Yang Liujiu se aferraba a la cintura de Bai Qiaomai y con su cara peluda besaba cada una de las partes de la cara grande y redonda de la vendedora de doufu.

La luz volvió a apagarse.

La luz volvió otra vez a aparecer.

Los dos estaban abrazados encima de la pila de leña que había junto al horno. Los ojos delicados de Bai Qiaomai dejaron escapar un par de lágrimas. Con un tono de voz triste y apresurado, dijo:

—Eres un ladrón... Indemnízame por lo de mi perro...

—Ya te he indemnizado con mi propia persona.

—Te lo vuelvo a decir. ¡Indemnízame por lo de mi perro!

Yang Liujiu le dio un empujón y se la sacó de encima.

—Niña, tienes el corazón lleno de veneno. ¿Ves lo que has hecho con mi cara? La has dejado llena de arañazos. Ahora parece uno de esos palosantos muy maduros que están a punto de pudrirse. Muerdes igual que una perra...

—Me has poseído, hermano... Hace seis años que nadie lo hacía...

—¿Y a tú hombre? ¿No le entraban ganas?

—Mi hombre... —Bai Qiaomai se cubrió el cuerpo con las ropas ajadas, la suyas, que había en el suelo y se puso a llorar desconsoladamente, y le dijo a Yang Liujiu:

—Levántate... Primero, levántate... Voy a hacer que veas a mi hombre.

Yang Liujiu se levantó y Bai Qiaomai, ya vestida, le dio un golpe a la puerta de una habitación que quedaba en el lado oeste. Yang Liujiu la siguió y ella, tras entrar en un espacio que ya estaba iluminado con una lámpara, dijo:

—¡Ven y mira!

Yang Liujiu, suspicaz, penetró en esa habitación.

—Aquí está mi hombre.

Sobre un kang yacía el cuerpo de un hombre, parecía desprender luz de lo brillante que era, y Yang Liujiu se asustó nada más verlo. El cuerpo de ese hombre era, en su totalidad, de un color gris plata. Parecía un gusano de seda.

Estaba inmóvil. Probablemente, si hubiese tenido corazón, estaría palpitando, pero ni en eso daba señales de movimiento. En su cara blanca aparecían de vez en cuando unas arrugas, pero ello era debido a las variaciones de la luz de la estancia. Sus ojos parecían bolitas de plástico que desprenden luz, como los de las muñecas. Las mejillas le temblaban de vez en cuando y la boca, diminuta, también se abría ocasionalmente. El cuerpo del hombre reposaba sobre una alfombrilla y desprendía un olor a carne podrida que entraba en el cerebro de Yang Liujiu y Bai Qiaomai.

Yang Liujiu creía estar perdiendo la cabeza y algo parecía estar echándolo hacia atrás. Permanecía sentado sobre la pila de leña y no decía absolutamente nada. Solo miraba fijamente a Bai Qiaomai.

—Lleva así seis años... Aquella primavera, tras casarse, quería ir al dominio de la familia Kuang para dedicarse a la propaganda, pero yo no lo dejé. Él, sin embargo, se puso tozudo y quería ir. Yo le dije que la gente se había vuelto loca en esas tierras y andaba matándose. No era prudente aventurarse en el dominio de la familia Kuang. Las noticias que nos llegaban eran verdaderamente escalofriantes. Él, muy chulo, me dijo que uno debía hacer la revolución sin miedo alguno. Si se tenía miedo, uno no podía hacer la revolución. Ellos, finalmente, ni cortos ni perezosos, cogieron la bandera roja y se dirigieron, con ella ondeando al viento, al dominio de la familia Kuang. Al entrar en el pueblo, los lugareños los estaban esperando y los rodearon. Llevaban ladrillos como armas en las manos, sus cayados, e iban provistos de azadones forjados de dos puntas. Esas gentes, como la mayoría de los campesinos de esas tierras, no estaban como para que les dijeran cómo debían pensar y qué debían hacer con sus vidas y su trabajo. Y sin esperar un minuto, se abalanzaron como bestias enrabiadas sobre ellos. El escenario se convirtió en una batalla campal. A mi marido le dieron una paliza de muerte y volvió a casa en este estado, como lo ves ahora, paralizado de los pies a la cabeza. Ni siquiera con las inyecciones pude reavivarlo... Habría sido mejor que lo hubiesen matado en esa emboscada... —Bai Qiaomai derramaba numerosas lágrimas mientras le contaba la historia de su marido a Yang Liujiu.

Yang Liujiu se quedó sin aire y sintió algo seco y pegajoso en la garganta. Como si estuviese luchando por su propia vida, dijo:

—Meimei, mi pequeña hermana... Déjame que te saque de aquí corriendo...

—Pero... ¿adónde?

—A Manchuria, en el nordeste.

—No iré. Ahí hace mucho frío y a mí me da miedo pasar frío.

—¿Y qué quieres hacer, entonces?...

Bai Qiaomai se precipitó hacia Yang Liujiu y con los dedos le arañó la cara. Sollozando, le dijo:

—Hermano... Si te apetece, lo matamos ahora mismo y nos lo sacamos de encima... Soy una mala mujer, ya ves...

Bai Qiaomai se puso a lamer el cuerpo negruzco como el carbón de Yang Liujiu y este la apartó con un empujón. La cabeza le empezó a dar vueltas de nuevo y, tambaleándose, se fue a hacia la entrada. Tocó el candado con la mano y Bai Qiaomai, por detrás, se precipitó hacia él y le agarró el cuello.

—Tú..., menudo pillo estás hecho... ¿Ahora quieres irte? Llevo viviendo más de seis años con este hombre que está medio muerto. Si no se me muere, yo tendré que acompañarle el resto de mi vida...

Yang Liujiu le propuso:

—Siempre puedes dejar de alimentarlo.

—Bueno, lo intentaré, lo intentaré..., pero cuando no tiene nada en el estómago, grita. Es horroroso. Lo hace con un grito seco y sonoro, un grito que te deja sorda... ¡Parece el aullido de un lobo! Y todos los vecinos pueden oírlo...

Yang Liujiu se giró y notó que bajo los pies no tenía un soporte sólido y se apoyó en la puerta. Las piernas le temblaban y creía que iba a caerse en el suelo. Bai Qiaomai se había soltado el cabello y su cara estaba cubierta completamente por las lágrimas. La chaquetilla de pana, rota y vieja, que llevaba encima le daba un aspecto encantador, casi angelical. De sus ojos finos y rasgados se desprendían unos rayos de luz verde oscura. Del cuerpo de la vendedora de doufu salía un aroma que recordaba el olor a humedad y podredumbre cuando se abre una tumba...

Ese mediodía, Yang Liujiu oyó decir que en el dominio de la familia Tan, la mujer del viejo Qiao había muerto. Él no podía creerlo. El primer día que la vio, Yang Liujiu la encontró comprando unas ropas. La mujer del viejo Qiao estaba bien rellenita y su piel brillaba como si estuviese aceitosa, y muchos eran los hombres que la miraban con deseo. Yang Liujiu no era una excepción y había soñado más de una vez en poseerla. El hombre tenía, sin embargo, sus

dudas sobre las verdaderas causas de la muerte de esa joven mujer, pero, por prudencia, no se atrevió a preguntarle a nadie sobre ese asunto. El tipo que le contó esa historia a Yang Liujiu le dijo que esa mujer, bueno, ya se sabe... ah, ah, ah, ah..., es decir, que por la mañana muere y por la noche la entierran. «¿Lo entiendes ahora?», le dijo a Yang Liujiu... La gente se muere como se extinguen las llamas de las lámparas. Igual, y, como es sabido, el espíritu se lo lleva el viento del otoño y la carne acaba convirtiéndose en una mierda. «No valemos nada», le dijo el tipo con resignación, y a Yang Liujiu esa joven mujer le dio mucha pena.

El cementerio del dominio de la familia Tan se encontraba en un campo de manzanos al norte del cual fluía el río de las Ocho Abundancias. Tras escuchar lo que le contó ese hombre, Yang Liuji se puso a pensar obsesivamente en la mujer del viejo Qiao. Con una cesta a cuestas, se fue a recoger manzanas al cementerio del dominio de la familia Tan. Se topó con un par de boñigas de vaca que recogió y metió en la cesta. Las mierdas de perro, o las de los hombres, no las cogía, a pesar de que en ese lugar abundaban. A Yang Liujiu, sin embargo, no le gustaron esas dos mierdas de vaca. En el jardín de los manzanos —que era como llamaban los lugareños a ese cementerio— debía de haber unas tres mil o cinco mil manzanas. Los troncos de los manzanos eran tan robustos y sólidos que parecían rodillos de piedra. Las copas de esos árboles semejaban esos mantou (panecillos rellenos) cortados con unas tijeras. La parte baja de los troncos había sido pintada con cal blanca y la zona que no tenía cal estaba pelada y se había teñido de un tono marrón que recordaba el color de las boñigas de las vacas. Las copas de los árboles se unían entre ellas formando una sola y extendida copa. En ella florecían con toda su belleza las flores de los manzanos, cuyas ramas parecían estar cubiertas de una nieve roja y rosada. Más que un jardín de manzanos, cualquiera hubiese afirmado que era un jardín de orquídeas. Esas flores desprendían un aroma intenso y agradabilísimo, y las abejas, como las chispas de una hoguera, revoloteaban sobre ellas en busca del polen...

Bai Qiaomai acercó la mano a su rostro y se lo acarició. Luego le susurró a la oreja:

—Aiya..., hermanito... ¿No has tenido suficiente?... Ve, anda, y mávalo de una vez por todas. Ya está casi muerto. ¡Que no sufra más, cariño!... Ah, querido hermano... Ve, anda...

Y él, Yang Liujiu, volvió al jardín de los manzanos, por donde ya había pasado antes, para oler el aroma de las flores. Una vez ahí, descubrió una abertura, no muy profunda, en uno de esos árboles, y ello le despertó la curiosidad. Había no muy lejos una pila de arenilla y un arco de ladrillos al lado. También, unos hombres sentados con sus palas y fumando tranquilamente. El canto de una oropéndola amarilla sonó como el pitido agudo de un silbato. Llenó el jardín de los manzanos y pareció provocar un pequeño terremoto. La atmosfera se suavizó. Yang Liujiu se encontraba en ese instante en el que se pone el sol y se dirigió hacia el lado oeste del jardín, ya que era una parte más elevada, una especie de pequeña colina. El sol amarillo había palidecido totalmente y parecía una barca a la deriva. A lo lejos, el trigo, ya maduro, había enmudecido. Varios niños que regresaban de los campos llevaban con ellos auestas fajos de hierbas recién cortadas. Se les veía caminar solos y cabizbajos en los senderos. Yang Liujiu creía estar oyendo la melodía escondida de esos campos y el corazón se le rompía. Esa melodía no era otra que la canción triste que iba cantando uno de los niños. Del dominio de la familia Tan se oyeron unos llantos que sonaban como chirridos. Un carro tirado por un caballo salió del lugar —era un carro que llevaba un muerto al que se disponían a enterrar—. El caballo, viejo y cansado, iba con la cabeza gacha y le costaba avanzar. El hombre que conducía el carro estaba sentado al lado del animal y lo guiaba. Detrás del carro, y siguiéndolo disciplinadamente, la comitiva. Yang Liujiu se dio cuenta de que se trataba de un entierro y pudo oír los llantos y los lamentos de los participantes en el funeral que acompañaban al cortejo. Se sentó en un montículo de tierra detrás de los árboles y se puso a escuchar con atención ese canto. El carro estaba lejos, pero los llantos le llegaban con claridad a los oídos, aunque algo se deformaba en ellos y a Yang Liujiu le costaba reconocer las voces. Bajo los árboles había una tierra que olía a animal en descomposición y un par de grillos gordos que había saltado sobre su pie estaba copulando. Otro grillo, uno macho, se colocaba bocarriba sobre una de las ramitas y no quería que nada ni nadie le molestase. Parecía estar observando cómo copulaban los otros dos. Poco después, cuando la pareja acabó con su acto de amor, el grillo de la rama los vio escabullirse en unas hierbas que habían crecido bajo los árboles. El carro se acercó al lugar donde estaba Yang Liujiu. Delante del carro había una niña de unos diez años de

edad que llevaba la cabeza vendada con un pañuelo blanco<sup>18</sup>. De sus orejas colgaban unos capullos de algodón y con sus manos sujetaba un bastón con flores. En la punta de ese palo había suspendido un papel blanco que debía mostrar que se estaba de luto y se iba a un funeral. Varias mujeres de mediana edad iban detrás del carro y llevaban a cuestas, o al lado de ellas, a sus niños, muy llorones y peleones, que reclamaban comida sin cesar y alzaban la cabeza para llamar la atención de sus madres. Todos ellos tenían la boca cubierta con un pañuelo y sus ojos no miraban la carretera. Las mujeres caminaban dando bandazos y detrás de ellas había cuatro hombres fortachones que no decían nada. Delante había unas rotas, y parecía que ellos iban custodiados. Al llegar a la entrada del jardín de los manzanos, tanto el caballo como las personas se pararon. Una niña alzaba con sus manos un estandarte y se quedó de pie a un lado del camino. Las mujeres se reunieron todas junto a la niña y bajo la bandera que ella sujetaba. Todas lloraban, pero lo hacían con contención y sin aspavientos, incluso con gracia, y el clamor de esos llantos se iba volando hacia los árboles y desaparecía en ellos, y al sol amarillo le costaba ponerse en el horizonte. Unos hombres salieron del jardín y se unieron a los que estaban detrás del carro. Algunos subieron al carro y gritaron al unísono un número. Entre todos, con un movimiento de arriba hacia delante y hacia abajo y atrás, levantaron el ataúd con el muerto. La madera de ese féretro no estaba todavía pintada y presentaba algunas zonas manchadas de una sangre roja y viva. Al muerto lo habían metido, todavía sangrando, dentro de esa caja de madera. Otras partes del féretro también estaban manchadas de sangre, pero con una sangre seca y diluida. Seguramente de otro muerto. El cadáver iba cubierto de rastrojos blancos seguramente para evitar desmayos o desvíos de miradas. En esas tierras a nadie gustaba ver a un muerto, y menos de frente. Los hombres, a empujones, introdujeron el féretro en el jardín de los manzanos, y las mujeres, deshechas en llanto, los siguieron. La niña, con el estandarte, se quedó retasada, en último lugar, y no paraba de mirar, curiosa, en todas las direcciones. Más tarde, los manzanos cubrieron su cuerpo. Solo el estandarte sobresalía por encima de las copas de los árboles. Solo ello indicaba el lugar donde estaba. El que llevaba el carro se había quedado en el lugar, acostado, dándose aire con un abanico verde y viéndolas venir, como se suele decir. Ahí estaban los campos de trigo que parecían un mar, y el sol, roto, parecía estar sangrando. El caballo viejo estaba quieto sobre sus cuatro

patas y sobre su cara alargada había unos pelos que eran como puntos. Al ver esos puntos de lejos, uno pensaba que eran, simplemente, moscas. Como la hélice de un helicóptero que se pone en marcha, el animal movía la cola para espantarlas. Un humo blanco se desprendió súbitamente de una pila de ramas de manzano. Unas cenizas que eran como mariposas negras parecían revolotear sobre la hoguera. Las mujeres lloraban en ese momento con más fuerza y alboroto. Unos sollozos que sonaban más tristes y desolados que antes. Más que llantos, eran voces que surgían directamente de la garganta. De repente se hizo el silencio más absoluto. Una muchedumbre desbaratada de individuos salió del jardín de los manzanos y las mujeres, con sus pañuelos blancos en la cabeza, se dirigieron, volando, hacia los árboles. La niña abandonó el jardín con las manos vacías y se fue detrás de los hombres. El carretero del abanico verde quiso ayudarla a subirse al carro, pero ella se negó y decidió montar sola dando un salto. Acercó a su boca una campanilla morada y la sopló...

Plantado frente al kang, Yang Liujiu tenía frío en todo el cuerpo. Ese ser paralizado que tenía ante él le miraba fijamente con unos ojos que eran como los de una serpiente. Yang Liujiu no se atrevía a cruzar su mirada con la de ese tipo...

Ese día, por la noche, Yang Liujiu se escondió en el exterior del jardín de los manzanos. No había salido todavía de la entrada, cuando un anciano medio sordomudo lo vio venir hacia el jardín. Con una palanca apoyada en unos de sus hombros, Yang Liujiu cargó una de esas cestas que llevan las bayas rojas de gouqi y esperó a que el anciano se fuese para entrar discretamente en la cueva donde la comitiva funeraria había dejado el ataúd —esa tumba se encontraba en el jardín de los manzanos—. Ya pasada la medianoche, el estanque del jardín, con sus aguas muertas, estaba tranquilo. La luna, que parecía uno de esos pastelitos de pasta de soja y un huevo macerado, brillaba en lo alto con una luz amarilla y sucia. Esa luz parecía estar cubriendo los manzanos con una niebla espesa. Las flores de estos árboles desprendían un aroma intenso y dulce. Las ramas y las hojas no se movían un ápice de su lugar y solo ocasionalmente una de las flores blancas se desprendía de las ramas, flotaba en el aire por unos instantes y caía al suelo. Bajo la luz de la luna, se parecía más a un copo de nieve suave y tierno, tembloroso y tintineando en el aire. Todas las ropas de Yang Liujiu se habían oscurecido, y, con sus mangas

estrechas y sus zapatillas finas, él caminaba de puntillas, sin hacer ruido, penetrando cada una de las sombras que proyectaba la luna sobre el suelo. Con su mano izquierda cogió una pala metálica de hoja puntiaguda y con la derecha agarró una barra de hierro. Al día siguiente, pasó la tarde entera construyendo una tumba nueva. Arrojó sobre la cueva arena fina, del tipo con el que se puede hacer arcilla. La humedad que podía sentirse en esa cueva era intensa y pesada. A Yang Liujiu no le costó, por lo tanto, mantener fresca la arena que había sacado de la entrada a la cueva. En la parte delantera de la tumba puso unos trozos de ladrillos rojos y cuatro ladrillos nuevos que cubrió con unos papeles negros a los que prendió fuego. Esa tumba y sus ladrillos, que estaban allí desde hacía tiempo, se encontraban, en gran medida, cubiertos de cenizas. Todo ello obedecía a un ritual funerario simple que Yang Liujiu conocía por las gentes de su terruño. Luego arrojó los cuatro ladrillos nuevos a un lado e insertó la barra de hierro en el otro. Yang Liujiu se colocó delante del agujero del mausoleo y empezó a sacar tierra como un desesperado para agrandarlo. La tierra volaba por los aires y, en poco tiempo, la cueva ya estaba casi acabada. La hoja de la pala colisionó con otros ladrillos que ya estaban en el interior y sonó estrepitosamente: clang, clong, clang... La tumba ya estaba abierta, que era la intención de Yang Liujiu, y para ello había sido necesario mucho tesón. Había sido un trabajo rápido, incluso la entrada, pequeña y enladrillada, que daba la bienvenida, era lo suficientemente grande para que cupiese un hombre. La entrada del pequeño mausoleo había sido construida con ladrillos rojos y rotos que provenían de los hornos en los que fundían el acero. El trabajo final no brillaba ni por su fineza ni por sus acabados, pero era una tumba como debían ser las tumbas antiguas, es decir, digna y del tamaño de un mausoleo, hecha con los recursos que se tenían a mano. Yang Liujiu extendió una de sus manos y cogió uno de los ladrillos rojos para verlo de cerca y hacer fuego con él. La cueva, desde su interior, desprendió una luz púrpura que fascinó a Yang Liujiu. Quería introducir una antorcha en la tumba, ya que pensaba que los muertos necesitaban luz en ese tipo de lugares olvidados, pero no tardó en darse cuenta de que dentro del agujero no había aire suficiente para mantener viva una llama. Le fue, por lo tanto, imposible encender una antorcha o dejar una lámpara prendida en ese hueco por el que quería adentrarse. A Yang Liujiu le costaba respirar el aire de ese ambiente tan húmedo, pero decidió entrar dentro de la cueva apoyado con la barra de hierro; quería llegar hasta el fondo, costase lo que le costase,

aunque tuviese miedo. La cueva tenía una forma circular, como un túnel largo, y resultaba difícil avanzar de pie. Los lados parecían haber sido cortados con una escarpa para darle forma. Yang Liujiu descubrió que en las paredes de esa cueva-mausoleo había dispuestos unos colgadores, vacíos en ese momento, para poner unas lámparas de aceite de soja. Pudo ver que todavía había algunas gotas secas de ese aceite amarillo en las paredes. Nada más entrar en la cueva, el olor a ese tipo de aceite quemado echaba para atrás. Yang Liujiu cogió la pala y con la punta afilada se dispuso a abrir el féretro de madera que contenía al muerto. Le costó hacerlo y la tapa de la caja crujió al ser levantada violentamente —la había clavado con unos clavos gordos, ya que quizá temían que se escapase el muerto—. Se oyó seguidamente un ruido sordo y opaco que dejó helado a Yang Liujiu. Con cuidado, levantó la tapa de madera gruesa del ataúd, que le resultó pesadísima, y finalmente se ayudó de la barra de hierro para retirarla por completo. La tapa hizo un ruido fantasmagórico y se deslizó a un lado. Yang Liujiu sintió que se meaba en los pantalones. Encendió una mecha para hacer luz y notó que del ataúd surgía una espiral de calor. Retiró el papel fino que cubría el rostro del cadáver y descubrió una cara redonda y plateada. Junto a sus labios, que estaban entreabiertos, había algo de vello negro, y podía verse la hilera de dientes blancos. Sobre el cuerpo sin vida de la mujer había una sábana de una seda de mucha calidad de colores vivos —esa prenda era valiosa y contrastaba con todo lo demás; seguramente habrían pagado un precio muy alto por ella—. Yang Liujiu se sintió muy feliz y retiró la sábana de seda del cuerpo de la mujer, la enrolló, y la arrojó lejos del féretro. El cadáver de la joven estaba extendido de forma más o menos estable en el interior de la caja de madera y llevaba, en la parte superior, una chaquetilla de pana del color rojo de los farolillos de papel. En la parte inferior, unos pantalones de pana azules. Calzaba unas zapatillas blancas que le quedaban bien apretadas y unos calcetines de nailon también blancos, pero con rayas azules. El atuendo le gustó a Yang Liujiu y se sintió de repente atraído sexualmente por ese cuerpo joven<sup>19</sup> —el de la mujercita carnosa del viejo Qiao— que había perecido prematuramente en la flor de la vida. Lo sacó del féretro y, para su sorpresa, notó que el cuerpo era blando y flexible —no tenía nada de la rigidez que se atribuye a los cuerpos de los muertos—. Lo encontró incluso caliente. Según las prácticas al uso en los entierros, un lazo debía cubrir su propio cuello y otro debía cubrir el cuello de la joven difunta.

Así procedió Yang Liujiu con la muchacha. Los muertos deben ser igual de duros que los palos, pensó él. ¡De pie, pues! Yang Liujiu desnudó a la joven y volvió a notar que de duro y rígido no tenía nada. Esa sumisión le gustó a Yang Liujiu. Esa mujer no le iba a oponer ninguna resistencia. Su cabeza se inclinaba de un lado a otro y Yang Liujiu jadeó. No podía ponerla de pie. Imposible. Mejor, sentada, pensó él. Le desabotonó la chaquetilla y la dejó desnuda, al menos, un setenta u ochenta por ciento de su cuerpo. La dejó con los pechos al aire y, agitado, se puso a manosearlos. Notó que todavía los tenía calientes, como el resto de cuerpo. Yang Liujiu no podía sacar las manos de esos pechos y sintió en ese momento que el corazón de la joven todavía latía —aunque más que latidos, creía oír el sonido metálico y contundente de un gongo—. El cadáver de la joven esposa del viejo Qiao se movió ligeramente y de su garganta salió un glu, glu, glu... Debajo de la cara, Yang Liujiu percibió un movimiento en la nuez del cuello de la mujer, y sobre esa cara de jade creyó observar unos tics. Los ojos del cadáver estaban abiertos como si estuviesen mirando a alguien...

Yang Liujiu retiró inmediatamente su mirada de esos ojos maliciosos como los de uno de esos lagartos que trepan por las paredes y los clavó en el papel blanco y polvoriento que cubría la ventana. La bombilla de la lámpara parecía estar siseando e iluminaba a ese hombre paralizado —y más muerto que vivo— que daba náuseas contemplar. Yang Liujiu vio que la nuez de Adán del marido de Bai Qiaomai era más puntiaguda y alta de lo normal. Acercó su mano a ella y la tocó, y le dio la impresión de que estaba tocando una serpiente. El cuerpo estaba frío y resbaladizo, y Yang Liujiu retiró inmediatamente la mano. No había una sola parte de ese hombre que no le provocase náuseas. Pensó en cambiarlo de posición, pero lo pusiese como lo pusiese, a Yang Liujiu solo le provocaba un asco intenso e incontrolable. Debía acabar con él, y en un arrebato cogió una almohada y le cubrió la cara con ella al marido de Bai Qiaomai...

La mujer alzó las cejas y abrió los ojos; luego escupió con desgana al suelo y respiró hondamente. Sabía que Yang Liujiu se iba a mear en los pantalones de un momento a otro o iba a salir corriendo. Una de dos. Lo que no sabía Bai Qiaomai era la historia que Yang Liujiu había tenido con el cuerpo difunto de la joven esposa del viejo Qiao...

Con la almohada, Yang Liujiu ejerció, con tanta fuerza como pudo, presión

sobre la cara del marido paralizado de Bai Qiaomai hasta que sintió que empezaba a faltarle el aire.

Así lo mantuvo durante un tiempo.

De repente se sacó de encima la cuerda que llevaba en el cuello y soltó a la joven, dejándola caer sobre su propio peso. Sin pensárselo, y sintiendo un profundo asco por sí mismo, le dio un puñetazo en la cabeza y salió huyendo de la cueva. La joven difunta cayó al suelo y su cabeza se golpeó fuertemente contra uno de los muros de la tumba. Una vez fuera de la cueva, Yang Liujiu oyó detrás de él la voz afligida de una joven que le llamaba por su nombre. El suelo estaba cubierto de manzanas y Yang Liujiu se tropezaba con ellas. Además, la cuerda se le enrollaba entre las piernas. ¿Cómo iba a poder correr rápidamente? Presa del pánico, ni siquiera podía ver dónde estaba el camino de regreso a las barracas de la obra. Se dio de bruces con un árbol y luego se topó con el viejo de la cesta de bayas de gouqi. Se giró y salió corriendo hacia la entrada del jardín de los manzanos. Golpeó varias veces la verja de hierro, ya que cementerio estaba cerrado, pero pudo abrirla, y, como el humo, salió discretamente del recinto. Detrás oyó unos pasos desordenados. El cadáver de la joven mujer del viejo Qiao lo estaba siguiendo...

Yang Liujiu vio que tenía sangre en el cuello. Se la hizo seguramente cuando salió corriendo de la cueva-mausoleo —esa sangre era de un color púrpura—. Tenía las muñecas débiles y flexibles, y algo se movía en su estómago. No se atrevía a aflojar las manos y ejercía fuerza sobre ellas con todo el peso de su cuerpo. Mientras lo hacía, oía al marido de Bai Qiaomai con dificultades para respirar —Yang Liujiu sabía que le faltaba aire e iba a acabar ahogado—. El asco, sin embargo, le podía a Yang Liujiu, soltó por unos momentos la almohada y salió corriendo de la casa para vomitar.

Yang Liujiu saltó a la fosa y no se atrevió a girarse. Sabía que ese cadáver endiablado llevaba una chaquetilla roja como la sangre fresca, y tenía el cabello alborotado...

—¿Ya has acabado? —le preguntó Bai Qiaomai. Yang Liujiu alzó la cabeza y vio que Bai Qiaomai llevaba una chaquetilla roja como la sangre fresca y tenía el cabello alborotado. Además, la chaquetilla estaba abierta y mostraba los pechos. Yang Liujiu sentía que sus piernas carecían de fuerza, como si ya no tuviesen huesos para sostenerlas, se deslizó por el muro y cayó al suelo.

## VII

Al tercer día de la desaparición de Yang Liujiu, por la mañana, temprano, el jorobado Liu encendió el fuego para hacer la comida y luego, cuando se dirigió a la parte baja de la chimenea para orinar, como solía hacer, oyó de repente el rugir de una maquina proveniente del lado oeste de la obra. Bajo sus pies, la tierra parecía temblar. Ellos venían por el pavimento de la carretera nueva —o era más bien un monstruo gigantesco que se desplazaba lentamente—. Ese objeto viviente tenía un par de ruedas enormes. La de delante era más pequeña que la de atrás, y sobre cada una de las ruedas había como una casa metálica. Y encima de la casa metálica se veía una capa de pintura verde, en medio de la cual había un cristal que dejaba pasar la luz del sol. La luz del sol creaba a su vez dos sombras negras. Ese objeto grande avanzaba parsimoniosamente y el viejo Liu se puso a pensar durante un momento qué iba a hacer mientras buscaba un cayado. Se dirigió a continuación a al cobertizo donde dormían los trabajadores de la construcción de la carretera. Se plantó delante de la barraca y, con todas sus fuerzas, empezó a darle palazos a la esterilla que hacía de puerta en el dormitorio. Yang Liujiu, tras su regreso de la casucha de Bai Qiaomai después de esos tres largos días de ausencia, se había puesto a dormir con el resto de los trabajadores de la obra. Todos ellos tenían la cara hinchada por el sueño. El pequeño Sun, junto con su laopo y su hijita, se había quedado en una pequeña choza situada en la parte baja del dique del río. El viejo Liu también se desplazó a esa choza con su cayado para darle palos y luego regresó. Confuso y desorientado, entró en los dormitorios donde dormían los obreros. Se frotaba los ojos y apretaba la mandíbula.

—Viejo Liu, ¿vienes a servirnos la comida?

El viejo Liu, solo y sin contestar a la pregunta, se fue a la cocina.

—¡Rápido, mirad, en la carretera!...

—¡Oh, Cielos!... ¿Qué es eso?

—¿Un tanque?

—¡Viene un tanque, viene un tanque! ¡Rápido, vamos a ver el tanque!

—No es un tanque. ¡Los tanques llevan un cañón en la parte delantera!

—Ese tanque ha metido el cañón dentro de la barriga.

—¿Crees acaso que es uno de esos tanques que llaman «viejas tortugas»<sup>20</sup> porque puede encoger el cuello?

—No puede ser... ¿No se trata de ese tipo de tanque que llaman «el caparazón de tortuga del nuevo zar»<sup>21</sup> o algo parecido?

—Solo a ti he oído hablar de un tanque con ese nombre...

El pequeño Sun hizo su aparición entre los trabajadores para saber a qué se debía tanto jaleo.

El monstruo se oía cada vez más cercano. Sus dos grandes ruedas avanzaban lentamente y los caracteres pintados de blanco escritos sobre ellas aparecían y desaparecían a medida que se sucedían las vueltas. El pequeño Sun gritó:

—¡Es el rodillo compresor!

—¿Qué rodillo compresor?

—El rodillo compresor de la carretera. ¿No lo habíais visto antes?

El rodillo compresor se encargaba de aplanar la superficie de la carretera. No podía quedar en ella ningún bache, a pesar de que estaba llenísima de ellos. Debían aplanarlos todos. La gente, al ver la extensión y la magnitud de esos baches, se deprimía y sus caras perdían el color. El rodillo compresor rugía, aullaba y gruñía a medida que pisaba el asfalto y aplanaba todo lo que encontraba a su paso. Brum, brum, brum... Imparable, un cuadrado aquí y otro allá, un hombre dando saltos a la izquierda y otro hombre dando saltos a la derecha. Con el rodillo, era la ley del más fuerte la que debía respetarse. Y dos hombres más: uno delante y otro atrás, y todo ello, en línea recta, hacia la barraca. Los trabajadores de la obra se habían quedado boquiabiertos y paralizados, y parecían estatuas de yeso. Solo sus ojos daban vueltas mientras veían a los dos hombres, paso a paso, imparables, acercándose a ellos. El que iba delante debía de tener unos treinta años y llevaba unas ropas amarillas descoloridas y en la cabeza un gorro que había perdido el color. Su

compañero, detrás, parecía mucho más joven, no tendría más de veinte años, pero era alto y robusto, como un potro. Los dos hombres marchaban hacia los trabajadores de la obra y ninguno de los dos podía mantenerse estable. El de las ropas amarillas preguntó:

—Y Yang Liujiu, ¿dónde está?

Los hombres de la obra se miraron mutuamente y ninguno se atrevió a decir nada.

—¿Dónde está Yang Liujiu?... ¿Quién de entre vosotros es Yang Liujiu? — volvió a preguntar el hombre de las ropas amarillas. A pesar de la vestimenta y el gorro, podían verse claramente las numerosas cicatrices que tenía en el cuerpo y en la cabeza. Tenía la cara negra y asimétrica, y en su boca solo quedaban un par de dientes de metal postizos.

El pequeño Sun respondió:

—Yang Liujiu... pues se ha ido. Hace varios días que no se le ha visto ni la sombra...

—¿Y quién es el encargado de la obra en estos momentos? —preguntó el hombre de las ropas amarillas.

—Nadie —respondió el pequeño Sun.

—Este es el nuevo encargado y se llama Wang —dijo el joven.

—¿Y cómo te llamas tú? —preguntó el encargado Wang.

—Sun Ba.

—¿Sun Ba?... Vale... —dijo el encargado Wang, sonriendo por lo bajinis —. Ve a buscar a todos los hombres de esta obra, ¿has oído bien?

El pequeño Sun se metió en la barraca y gritó:

—¡Levantaos, rápido!... El encargado Wang, que acaba de venir, quiere cantaros las cuarenta...

El nuevo encargado de la construcción, ese tal Wang, les habló. Las autoridades le habían enviado para dirigir los trabajos de la construcción de la carretera. El comandante Guo, quien ocupaba con gran dedicación y mucha pasión ese puesto antes de irse, ha sido promovido a vicepresidente del Comité Revolucionario del Departamento de Autopistas. Las autoridades tienen esta obra en gran consideración y están más bien satisfechos con vuestro trabajo, pero todos vosotros, sin excepción, estáis aquí porque habéis hecho algo malo. ¡No lo olvidéis! Ahora, os toca sudarla bien... Este es un trabajo

urgente y hay que acabarlo pronto. ¡La Revolución a toda costa!... ¡Y a toda costa la Revolución!... ¡Sin miedo al sufrimiento!... ¡Sin miedo a la muerte!... ¡Más disciplina!... ¡Sin ella la Revolución no se mantendrá de pie!... ¡Máxima vigilancia!... ¡Al enemigo ni agua!... ¡No le quitemos el ojo!... ¡Y vosotros!... ¡Mierda!... Tenéis el médico y la cura... ¿Qué más queréis?... ¡Ahora os arrancaremos el apéndice, coño!... ¡Y a vivir con la cabeza alta!... Las autoridades me han enviado a este lugar con el noble fin de acelerar las obras... ¡Hay que acabarla pronto! ¿Oísteis? Tenemos el rodillo compresor y nuestras manos, y nuestro camarada Wu Dong... Voy a pasar lista... Aquí todos, en dos filas, mirándome de frente... La cola de las filas al sur... Aquí reunidos he dicho...

Los trabajadores de la obra se pusieron en dos filas, una al este y la otra al oeste. Ninguno de ellos se movió lo más mínimo.

—A reunirse, ¿o es que estáis sordos?... Dos filas con la cola al sur y mirando hacia mí... ¿Lo habéis oído o no? —les espetó el comandante Wang.

Wu Dong dijo:

—Formad un escuadrón. ¡En dos filas!

Los trabajadores de la construcción de la carretera se juntaron tímidamente y algunos mostraron con sus bocas una de esas muecas que uno no sabría decir si expresan risas o llantos. Otros, se rascaban en culo con sus manos.

El comandante Wang agarró a uno de los obreros que destacaba por su altura y su poco peso —de hecho, lo cogió como quien coge un puerro, o, al menos, esa fue la impresión que les dio a los presentes—, y le dijo:

—Tú te pones atrás.

Finalmente, se formaron dos filas totalmente torcidas. El comandante Wang sacudió la cabeza y gritó:

—La madre que os parió, qué descansada se quedó..., pero ¿en qué estáis pensando?... ¿No sabéis lo que es una fila?... ¡Recta! ¡Tiene que estar recta! ... ¡Y estaos quietos! ¿Por qué os movéis? Tú..., ¿qué diablos haces tocándote la nariz? ¡Dímelo, por tus muertos!... ¿A quién crees que estoy hablando? ¡Mirad a la derecha!... ¿Qué veis? La derecha es la derecha... ¿No es así?... ¡Firmes!... Voy a pasar lista... Prestad atención..., y cuando os pida que os pongáis firmes, ¡os ponéis firmes inmediatamente! ¡Yang Liujiu! ¡Yang Liujiu!

...

—Se informa al comandante: ¡Yang Liujiu ha huido! —replicó el pequeño

Sun.

—¿Y a dónde ha huido?

—Se informa al comandante: no se sabe.

—Ese bicho, pero... ¡No puede salir huyendo!... ¡Lai Shu!... ¿Eres tú Lai Shu?...

—Se informa al comandante: Lai Shu se ha ido a cazar ratas a algún sitio.

—¿Y a dónde se ha ido a cazar ratas ese hombre?

—Pues ahí...

—Vete a llamarlo, rápido...

El pequeño Sun salió de la fila y se fue corriendo al dique del río, gritando mientras corría: ¡Lai Shu, Lai Shu! La madre que te parió, pero ¿qué haces cazando ratas? ¿Y ya has cazado alguna?... El comandante Wang está pasando lista y ha dicho tu nombre... ¡Si te pilló te mato, Lai Shu!

Lai Shu, curvado, se presentó corriendo y con una pala en la mano. Tenía la cara amarilla, de tierra y arena seguramente, y preguntó:

—¿Y quién es ese comandante Wang?

—Vamos, echa un trago del botijo... El comandante Wang es uno de los jefes delegados de la Montaña del Tigre Poderoso<sup>22</sup> y quiere atraparte a ti, mequetrefe.

—¿Y para qué me quiere? ¿Para qué me quiere?

—Se informa al comandante Wang: Lai Shu ha llegado —dijo el pequeño Sun.

—¡A la fila! —gritó el comandante Wang.

El pequeño Sun parpadeó nerviosamente, pero no se movió del sitio.

—¡A la fila! ¡Te digo que entres en la fila!

Y el pequeño Sun se unió a la fila.

—¿Te llamas Lai Shu?

—Así es, mi comandante. Esta pequeña cosa que le habla es Lai Shu.

—¿Qué diablos has ido a hacer?

—Me he ido a cazar ratas.

—¿Y quién te ha dado permiso para hacerlo?

—Yo..., el presidente Mao dijo que el pueblo debía acabar con la vida de todas las ratas de este país<sup>23</sup>...

—A la fila tú también.

Lai Shu se unió a la fila.

—¡Liu Deli! —gritó el comandante Wang—. ¿Dónde diablos está Liu Deli?

El jorobado Liu salió de la cocina de la barraca y dijo:

—Presente.

El comandante Wang anunció que todos los trabajadores de la construcción de la carretera, a partir de ese día, debían recibir una formación militar y convertirse en soldados. O, para decirlo con otras palabras, cambiaban de estatuto y debían, por lo tanto, participar en la guerra. Esa era la razón por la cual esa carretera debía acabarse lo antes posible. Para el Año Nuevo debía estar terminada y utilizable para los vehículos. Quien se oponga será acusado de reaccionario y se le abofeteará en público. Cuando llegue ese momento, recordó el comandante Wang, cada uno de los trabajadores de esta obra podrá regresar a casa. Yang Liujiu no ha podido huir y tampoco ha podido ir a ningún sitio. Ese lugar era como la red de un pescador —nada ni nadie podía escaparse de ahí—, y había que encontrarlo. El comandante Wang les dijo a los trabajadores que se fueran a asearse un poco la cara y a lavarse los dientes.

Wu Dong se llevó con él a unos cuantos trabajadores de entre los más fortachones que encontró. Detrás del rodillo compresor, a un lado, había dejado una tienda con unas camas metálicas que debían ser para él y el comandante Wang.

Después de comer, el comandante Wang se puso a examinar la obra. Wu Dong llevó a sus hombres frente a los comedores, que era el lugar donde debían instalarse la tienda y las camas metálicas.

Hacía cuatro días que Yang Liujiu había desaparecido, y el comandante Wang había colgado una pancarta de madera pintada en blanco con letras rojas en la que se leía su nombre y los días de su ausencia para que nadie se olvidase de él. El comandante Wang dijo a los trabajadores de la obra que esa tienda era su cuartel general. El comandante Wang gritaba a los obreros y les obligaba a entrar en la tienda para hablar con ellos. Los gritos continuaban en el interior. Wu Dong extendía unos troncos delante de la puerta de la cocina. Los ponía horizontales, uno junto a otro, en paralelo, y luego los ataba con una cuerda. Sobre los troncos había colocado, además, unos raíles de tren

oxidados, ya que quería construir algo parecido a una vía de tren. Al acabar su trabajo, Wu Dong sacó unos tornillos y los metió entre los raíles y los troncos. El martilleo contundente y limpio de Wu Dong sobre los tornillos se podía oír desde muy lejos.

Hacía cinco días que Yang Liujiu había desaparecido y el comandante Wang así lo anunció. Wu Dong se encargaba de pasar el rodillo compresor sobre el pavimento de la carretera y para ello se hacía ayudar por un equipo de obreros. El jorobado Liu salió de su armario y, otra vez, se había puesto a buscar en vano a Yang Liujiu. Esta vez porque se lo había ordenado el comandante Wang. Además, le habían pedido que hiciese de contable para los pagos a los trabajadores de la obra. Sun Ba, también porque se lo había pedido el comandante Wang, podía quedarse con su familia, pero a él le gustaba controlar los bonos para la comida.

Hacía siete días que Yang Liujiu había desaparecido y, esa mañana, un camión apareció sobre la carretera. Con el camión llegaron diez barriles de diésel. Por la tarde, llegaron veinte camiones de la marca Gran río Amarillo que iban cargadísimos de empedrado y alquitrán. Sin perder el tiempo, esos camiones descargaron el asfalto sobre el terreno vacío que quedaba detrás de la barraca. El volumen de asfalto que habían depositado era tan impresionante que parecía que habían levantado una montaña.

Hacía ya ocho días que Yang Liujiu había desaparecido y, esa mañana, sobre la carretera, apareció una motocicleta verde como la hierba. Era una de esas motocicletas de tres ruedas y sobre ella iban montados —uno delante y otro detrás— dos policías vestidos completamente de blanco. El policía de atrás agarraba de la cintura al de delante. La motocicleta se detuvo y apagó su fuego justo delante de la obra, y los dos policías bajaron de un salto. Parecían gemelos. En sus cinturas llevaban cinturones de piel, muy anchos, y del color anaranjado del té. Y, por supuesto, de esos cinturones colgaba una pistola que intimidaba al más valiente. El jorobado Liu tuvo un susto de muerte al verlos y se metió en la barraca, de donde no se atrevió a moverse. Solo desde las rendijas de los muros se puso a observar a esos dos policías. Los policías se plantaron delante de la tienda, frente a una puerta de hierro que estaba cerrada fuertemente con una cuerda. Uno de ellos intentó abrirla con sus manos y el otro se quedó parado. Después de sacudirla varias veces con fuerza, la puerta se abrió finalmente. El comandante Wang salió de su cuartel general y uno de

los policías le dijo:

—¿Eres tú Wang Yunzhi?

—Pues sí, ese soy yo —le respondió el comandante Wang.

Uno de los policías sacó un trozo de papel y el otro sacó al mismo tiempo un par de esposas para las manos, pero que también ataban el cuello con un tercer aro, y se las puso al comandante Wang.

—¡Wang Yunzhi, quedas detenido! —dijo uno de los policías. El comandante Wang se asustó y, como un loco, dijo:

—Pero ¿qué coño hacéis? Os habéis equivocado de hombre...

—No digas tonterías —respondió uno de los policías—, quien la hace la paga. Tienes que aclararnos unas cuantas cosas.

El policía metió al comandante Wang en una caja metálica que tenía enganchada a la motocicleta y se subió en ella; el otro policía hizo lo mismo y arrancó. La moto parecía haberse tirado unos pedos y del tubo de escape salió un humo blanco y azul. Sus ruedas se pusieron en movimientos, pero sin prisa, como quien no está convencido de irse de un lugar. El policía, con ganas de marcharse, intentó acelerar, pero la moto no reaccionaba como se esperaba; sin embargo, tras un par de intentos, salió embalada de golpe. A más de uno le recordó esos perros locos de las carreras que salen disparados tras las liebres.

El comandante Wang permaneció detenido durante tres días y cada mañana, durante esos días, el jorobado Liu se llevaba con él una jarra llena de agua y se acostaba en la estera desplegable que le servía de cama. No hacía el menor caso a los gritos que venían de fuera; pero, de repente, oyó una voz que le gritaba con timidez:

—¡Cebollines verdes y puerros frescos!... ¡Tío! ¿No quiere unos cuantos?

...

El jorobado Liu se metió inmediatamente la cachimba y el tabaco en el bolsillo y, lo que no esperaba, volvió a ponerse muy nervioso y no controlaba esos nervios. Se levantó y, doblado, salió corriendo de la barraca para ver quién le hablaba. Algo le pinchaba el corazón y casi se le derramaron unas lágrimas. Era ella, pensó el jorobado Liu; era esa joven flacucha que vendía cebollines y puerros quien le estaba hablando. Desde la desaparición de Yang Liujiu, nadie había vuelto a ver a Bai Qiaomai y la joven flacucha vendedora de cebollines y puerros. La imagen de esa mujer rubicunda de piel y carnes

blancas junto con esa joven inocente, delgada y miserable, cada mañana frente a la puerta de la barraca les parecía, a los trabajadores de la obra, como salida de un sueño. Ya nadie sabía si ese recuerdo era real o falso, producto del hambre y el delirio, de la soledad y el miedo. La joven, sin embargo, había venido a la barraca y al jorobado Liu lo desconcertó. Lo dejó lelo, sin saber qué hacer, ni atreverse a abrir los ojos y reconocer la luz del crepúsculo. Cuando recuperó el equilibrio, creyó que ya no pertenecía al mundo de los vivos. Apenas podía mantenerse de pie. La joven vendedora de cebollines y puerros parecía haber engordado y se la veía más feliz que antes. Incluso en su cara paliducha asomaban unas rojeces que la embellecían. Llevaba a sus espaldas una cesta hecha con ramas de sauce, en el interior de la cual transportaba los cebollines verdes y los puerros. Podían verse las raíces blancas de los cebollines y las hojas verdes cuyas puntas eran de un color rojo púrpura.

—Tío, ¿me compra cebollines o no? —le preguntó la joven con un tono de voz suplicatorio.

—Compro, compro, jovencita..., pero antes deja la cesta en el suelo... — le dijo el jorobado Liu, poniéndose detrás de ella. Cogió la cesta con las dos manos y notó que pesaba más de lo que esperaba. La joven se giró y el jorobado Liu se quedó con la cesta en los brazos. El olor de los cebollines y los puerros le pareció agradabilísimo a Liu, y las puntas de las hojas le picaban la cara. Se le humedecieron los ojos y estaba a punto de llorar. Tenía enfrente a esa joven flaca, la tenía más cerca que nunca, y la veía bellísima. Le sacaba una cabeza, y ello le hizo sentir mal al pobre cocinero, que, avergonzado, dejó la cesta en el suelo. Inmediatamente, se puso recto con todas sus fuerzas, estirando el cuerpo tanto como podía, como para ponerse a la misma altura de la vendedora. Lo único que pudo estirar fue, sin embargo, el cuello.

—Jovencita, hacía muchos días que no se te veía por aquí...

—Los cebollines..., no crecen de un día para otro...

—Jovencita, y tú madre, ¿se ha puesto buena de su enfermedad?

—Va mucho mejor. Muchas gracias, tío, por preocuparse por ella... Se lo diré. También le diré que usted es una buena persona... Ella me ha dicho que le gustaría ver la carretera que están construyendo en esta obra... Cuando venga, ella podrá verlo a usted...

—Ah... Tu madre... Tu madre ha dicho eso...

—Sí, eso me ha dicho... De su propia boca, yo lo he oído...

—¿Y tú cómo te llamas?

—Hui Xiu.

—¿Y te llamabas así antes?

—Claro que sí.

—¿No te lo habrás cambiado más tarde?

—Pues no.

—Y tu padre... ¿Va bien?

—Mi padre estaba muy chungo, tío. Tenía un edema en los pulmones y la palmó. Ya ni siquiera lo recuerdo...

—¿Y tienes hermanos o hermanas?

—No, no tengo. Tío, ¿quiere cebollines o no?

—Jovencita, ya no me encargo de hacer las compras ni de cocinar. Hay un nuevo encargado de la obra y me ha pedido que lleve las cuentas.

—Vaya, pues me iré a ver a sus compañeros, a ver si les vendo algo...

—No te precipites, niña, espera... Todavía tengo que preguntarte algo... Si te compro unos cebollines, te vas corriendo a tu casa y llegas temprano. ¿Vale? Tu madre estará preocupada por ti.

—Tío, tienes un corazón verdaderamente bueno...

El viejo Liu se dirigió dando tumbos a la tienda donde debía estar el comandante Wang, se detuvo en la puerta y gritó:

—¡Se anuncia!... —En la tienda se oía solamente una armónica que sonaba como un llanto. El jorobado Liu volvió a gritar—: ¡Se anuncia, digo!...

—pero la armónica continuaba sonando ininterrumpidamente en la tienda. La puerta de hierro seguía abierta y Wu Dong, con la armónica en la boca y la manivela del rodillo compresor en la mano, salió a recibirlo.

—Pero ¿qué pasa? —le preguntó, tras sacarse la armónica de la boca.

—Soy el contable, mire... Ha venido esa joven que vende cebollines, ya sabe... Mire..., su madre está enferma... La joven necesita dinero...

—¿Cómo sabes tú todas esas cosas?

—Soy el contable...

—¡Ayer mismo compré queso de soja!

—Los cebollines de esa joven son frescos y tiernos. Vale la pena

comprarlos; échelos un vistazo... Ya verá...

Wu Dong alzó la cabeza y se quedó observando detenidamente a la joven vendedora, quien, toda modosita y bien educada, estaba plantada delante de la puerta de los comedores. Wu Dong limpió la armónica y se la metió en el bolsillo. Luego, silbándole, le indicó a la joven que se acercase. El jorobado Liu se había quedado quieto detrás de él, contemplándole las piernas, que encontraba más delgadas de lo normal para un tipo tan forzudo. El silbido de Wu Dong le pareció bello y delicado —demasiado bello y delicado, tal vez—, y una nube negra pasó por encima de su corazón. Wu Dong le tapaba la vista y no podía ver acercarse a Hui Xiu. Se desplazó a un lado, pero Wu Dong también se desplazó a ese mismo lado.

El jorobado Liu volvió a apartarse y pudo ver finalmente a Hui Xiu junto a Wu Dong. Los dos hablaban distendidamente. Wu Dong no apartaba sus ojos grandes del rostro de la muchacha. Los dos jóvenes, pensó el jorobado Liu, eran como dos álamos blancos en primavera, y se dobló como si un dolor profundo le hubiese aquejado súbitamente. El joven Wu Dong la miraba y ella, Hui Xiu, bajaba, tímida, la mirada. La voz de Hui Xiu cuando respondía a las preguntas de Wu Dong sonaba, en los oídos del jorobado, como los zumbidos lejanos de un mosquito.

Al jorobado Liu le daba vueltas la cabeza y pensaba que se iba a desmayar cuando oyó decir a Wu Dong:

—Viejo Liu, pesa los cebollines y los puerros de la joven. Los compramos todos.

La joven vendedora se apresuró a decir:

—Tío, no necesita pesar nada... Ya se lo digo yo, un manojo pesa un jin. Solo hay que contar los manojos...

—Vale, no lo pesaremos. Creo a pies juntillas en todo lo que me dices... —dijo Wu Dong, y luego añadió—: Viejo Liu, ayuda a la joven a contar los manojos...

—No vale la pena contarlos... Hay treinta manojos en esa cesta y no son pocos, a decir verdad...

—Pues no los contemos... Viejo Liu, ¿puedes ayudarla al menos a llevarlos al interior de la barraca?

—Yo misma lo haré —La joven vendedora se dobló, cogió la cesta y se metió en la barraca. El viejo Liu la siguió detrás. Hui Xiu le dijo:

—Tío, ¿dónde lo dejo?

—Pues... ¡Déjalo en el suelo!

La joven sacó los manojos de los cebollines y los puso en orden en el suelo, haciendo triángulos con las puntas y juntando las raíces. Había cientos de cebollines y puerros juntos.

Wu Dong comentó:

—¡Esto vale una fortuna!... ¡Páguenle a la niña!

—¡Tío, muchas gracias! —Hui Xiu cogió la cesta y acompañó a Wu Dong al cuartel general del comandante Wang. El viejo Liu clavó sus ojos en las figuras altas y delgadas de los dos jóvenes. Se quedó mirándolos un rato, respiró profundamente, y le respondió a la joven:

—No hay de qué, no hay de qué... —Hui Xiu se giró, pero no le contestó. Una luz cálida cubría el cuerpo de Wu Dong mientras caminaba junto con Hui Xiu. Wu Dong sacó su armónica del bolsillo y, visiblemente contento, se puso a soplarla. De esa manera penetró en la tienda, pero la joven se quedó plantada, de repente, delante de la entrada. Wu Dong le gritó:

—¡Entra, vamos!...

Hui Xiu soltó la cesta, pero se quedó dudando. ¿Debía o no entrar en la tienda? Finalmente, se dobló y pasó al interior.

El jorobado Liu cayó sentado en el suelo con todo el peso de su cuerpo y, gruñendo, se dijo en voz baja:

—Eh, niña..., mi niña... Tú eres mi niña...

Durante varios días, Hui Xiu apareció puntualmente junto a la tienda, entraba en ella y, con la misma puntualidad salía de ella; pero siempre se paraba en la entrada y dudaba. Wu Dong, en ese momento, salía a recibirla y la convencía para que entrase. Ella acababa siempre cediendo a las palabras de Wu Dong.

Ese día, Hui Xiu entró en la tienda y no se la volvió a ver más en mucho tiempo. Del interior salía la música alegre de la armónica. La puerta estaba abierta y penetraban los rayos del sol. El viejo Liu se había quedado, como de costumbre, sentado en la cocina, y creía estar viendo con sus propios ojos todo lo que estaba pasando dentro de la tienda. Dong Wu estaba en la cama de hierro situada en el lado sur, pero Hui Xiu, sin embargo, estaba sentada en una silla situada en el lado norte. La armónica se deslizaba por los labios de Wu Dong y la joven, respetuosa, creía estar recibiendo unas órdenes. Tras pasar

un buen rato soplando la armónica, el joven movió los labios y parecía que estaba musitando unas frases. Poco después volvió a acercar la armónica a sus labios, con las dos manos, como si hubiese cogido una panocha de maíz para comérsela. Los pies, que iban enfundados en unas zapatillas deportivas blancas, se pusieron a temblar.

Más tarde, soplando la armónica, se dirigió a la entrada de la tienda. Enfurecido, gritó:

—¡Viejo granuja! ¡La madre que te parió!... ¿Por qué no entras y me das el parte?

La joven Hui Xiu, fuera de sí, ofendida por las palabras de Wu Dong, se levantó de la silla de un salto; tenía la vista borrosa, como cuando se ha bebido demasiado.

El viejo Liu, que se había acercado a la tienda, alarmado por esos gritos, respondió a Wu Dong:

—Lo he olvidado, lo he olvidado...

—¿Pasa algo o qué? Estás atontado, viejo... —le dijo Wu Dong.

—... Yo... pensaba preguntarle... ¿Cómo quiere que prepare estos cebollines?

—Pues... ¡Pasados por la sartén con unas patatas! ¿No te parece?

El viejo Liu, asintiendo con la cabeza, se alejó, todo lo que pudo, de la tienda. Había retrocedido varios pasos cuando oyó que Wu Dong le decía a Hui Xiu:

—En ese equipo que se encarga de la construcción de la obra no hay nadie que se salve; son todos mala gente, unos ladrones y unos tahúres... Son unos viciosos y no son personas, son los cinco venenos<sup>24</sup> en un mismo cuerpo. Deberían estar todos encerrados. No sé quién ha sido el loco que los ha dejado sueltos y les ha mandado construir esta carretera... Pero si los dejamos libres, van a dar pena... Son como animales escondidos bajo pieles humanas y con la intención de pasar por unos seres inteligentes... ¡Y a esta gente se le ha encomendado la construcción de una carretera en la nueva China!

—Pero, jefe, ¿no es esto un campo de trabajos forzados?

—Por supuesto que no; esto no es un campo de trabajos forzados.

—Ay, mi tío tiene el corazón tan honesto y sincero que no se da cuenta de lo que dice...

—Igual se está haciendo el gracioso... A este viejo igual le ha dado por hacerse el gracioso conmigo...

La puerta de hierro de la tienda se cerró, pero volvió a abrirse inmediatamente. Hui Xiu dijo:

—Tú no... Yo regresaré a mi casa para ver a mi madre...

—Tú, mañana, te presentas de nuevo en la tienda con tus cebollines y tus puerros y dejas a tu madre en paz. Y ven temprano, ¿oíste? Te enseñaré cómo utilizar el rodillo compresor...

La joven cogió la cesta y la cargó a sus espaldas y se fue como si la siguiera el diablo.

Como era de esperar, la joven vino otra vez al cuartel general del comandante Wang y Wu Dong. Lo hizo con la cesta a sus espaldas, cargada de cebollines verdes y puerros. Dong Wu la vio enseguida y le gritó desde lejos:

—Hui Xiu, lleva las verduras a la cocina y luego me esperas ahí. Te enseñaré a conducir el rodillo...

Hui Xiu vació la cesta en el suelo, junto a la cocina, y la levantó vacía posteriormente. Con ojos precavidos, miró al viejo Liu.

—Li Man... No puede ser que te hayas convertido en el miembro de otra familia...

Asustada, la joven le preguntó:

—Tío, ¿qué me dices?

El viejo Liu se despertó de golpe. Tenía la cara sombría y parecía de algodón deshecho. Se dirigió a Hui Xiu con unas palabras confusas:

—Ah..., niña... Hablaba en sueños... Me he hecho viejo y la cabeza se me va... Pensé que eras mi hija...

—¿Tu hija?... ¿Y se llama Li Man? ¿Una carpa?

—Sí, se llama Li Man, como una carpa. Cuando nació, pesqué una carpa roja en el río y por eso la llamamos así.

—¡Hui Xiu, Hui Xiu!... —le gritó Wu Dong con la manivela del rodillo compresor en sus manos.

La joven no pudo esperar a que Wu Dong acabase de decir lo que pensaba y salió corriendo hacia él, respondiendo a su llamada. Había arrojado la cesta al suelo y se había olvidado de ella. El viejo Liu siguió con sus ojos a la joven y le llamó la atención la manera como movía las caderas. El corazón le dolió

de forma inexplicable.

Hui Xiu corría hacia Wu Dong y parecía una mariposa extendiendo y moviendo las alas. Wu Dong vestía en ese momento con el uniforme azul claro, casi descolorido, que suelen llevar los obreros, y en su cuello tenía atado un pañuelo blanco. Confiado y relajado, se le veía bello y apuesto, con ese porte orgulloso y sufrido, pero que intenta mantener la dignidad, que muestran los caballos cuando los están herrando. Con un pañuelo de muselina púrpura y roja, le dijo a la joven:

—Hui Xiu, ponte esto en la cabeza; pertenece a mi hermana pequeña. Me lo dejó aquí y se olvidó de llevárselo.

Hui Xiu le replicó:

—No puedo aceptarlo...

—Sí, cógelo, cógelo... Soy yo quien te lo doy... —Dong Wu desplegó el pañuelo, que parecía una de esas redes finas para pescar, y se lo puso a Hui Xiu en la cabeza.

Al jorobado Liu le deslumbró el color rojo y brillante del pañuelo de muselina y se quedó, agazapado como estaba, con cara de estúpido. Muy serio, escupió violentamente al suelo.

—¿Qué? ¿Me has dicho que me parezco a alguien?

—Y yo qué sé... ¿Y tú no lo sabes?...

—Pareces una novia, eso es lo pienso.

—... Tú, tú dices tonterías... —La cara de la joven se puso igual de roja que esa tela de muselina.

—¡Vamos!... Te dejaré ver ese rodillo compresor. ¿Crees que aprenderás a llevarlo?

—Soy muy tonta. Nunca aprenderé a llevarlo.

—De tonta no tienes nada y seguro que aprenderás.

El viejo Liu se quedó mirando fijamente a Wu Dong y cómo este agarraba las manos de la joven. Hui Xiu se sentía un poco avergonzada, pero enseguida cogió las manos de Wu Dong. Los dos jóvenes se encaminaron hacia donde estaba el rodillo compresor.

Los trabajadores de la obra ya habían aplanado y asfaltado varias secciones de la carretera que cubrían varios cientos de metros desde la barraca, para ser más precisos. El asfalto, esa tierra negra, delimitaba el

trazado que separaba la carretera del resto del mundo, aunque de forma intermitente. Había unos trozos asfaltados más largos y otros más cortos. El resultado era todavía muy desigual. La apisonadora se había detenido en uno de los extremos de la carretera y parecía una bestia descansando. Los dos jóvenes se colocaron delante de la máquina. Sus cuerpos parecían ligeros y gráciles como un par de grullas junto a unos sauces. La joven se había cubierto la cabeza con esa gasa púrpura y Wu Dong se había encargado previamente de sujetarla en el cabello. La cabeza de Hui Xiu parecía una de esas flores rojas que llaman achiras o, según cómo se mirase, una cresta de gallo. Wu Dong también tenía un aspecto extraño con su pañuelo blanco en el cuello. El viejo Liu no apartaba su mirada de ellos y se sentía como ebrio. Algo lo enloquecía. Wu Dong arrancó el vehículo del rodillo compresor y ayudó a la joven a pilotarlo con él. Sin quererlo verdaderamente, Wu Dong le tocó el trasero a la joven. El viejo Liu, al verlo, se encendió, y creyó que iba a volverse loco. La joven, dentro de la cabina, tomó la decisión de conducir ella sola la apisonadora. Wu Dong cerró la puertecilla y los dos se quedaron solos dentro de ese pequeño espacio. Ninguno podía moverse lo más mínimo. El motor empezó a rugir. Brum, brum... Ese ruido resultaba ensordecedor dentro de la cabina del rodillo compresor. La chimenea, a un lado de la máquina, empezó a sacar humo y lo hacía, al parecer, con rabia e indignación, manchando el cielo, azul y limpio, de tacas negras. El motor seguía rugiendo. Brum, brum..., pero sonaba cada vez más armonizado con el entorno, sin disonancias, más estable y acompasado, en definitiva. Hasta el humo que expelía la chimenea parecía haberse embellecido. El rodillo compresor, enorme y pesado como era, se puso en marcha lentamente. El cilindro, con algunos caracteres chinos pintados en blanco sobre él, aplanaba sin piedad todo lo que encontraba a su paso. Avanzó varios metros y, torpemente, retrocedió otros tantos. Los caracteres blancos daban vueltas, pero el viejo Liu, por no se sabe bien qué razonamiento, pensaba que esos caracteres no estaban ahí simplemente para dar vueltas, sino que eran designios del Cielo para destruir la Tierra —su misión era destruir el Universo entero—. A través del cristal sucio de la cabina del vehículo, el viejo Liu solo veía un fulgor rojo que la llenaba por completo, y ese fulgor rojo le ponía muy nervioso. Vete a saber, se preguntaba, de dónde habían salido todos esos saltamontes y por qué saltaban sobre la cabina. ¿No los atraía el fulgor rojo? ¿O anunciaban el fin del mundo? Esos saltamontes eran como niños, pensaba el viejo Liu. El rodillo compresor, al

pasar por la tierra y aplanarla, parecía uno de esos molinos de piedra que hay en todas las casas de campo y que se utilizan para machacar el grano. Dentro de la cabina reinaba la confusión y se veían moverse brazos y axilas. El fulgor rojo de la gasa de la joven vendedora de cebollines se mezclaba con los brillos del pañuelo blanco del joven, cambiaban de lugar, e, inmediatamente, surgían unos destellos. La apisonadora parecía estar temblando mientras avanzaba y el rodillo iba dejando sus huellas, que eran como gusanos de tierra aplastados.

Las sombras que formaban los rayos del sol eran de una rectitud como si las hubiesen trazado con regla, y a los dos ocupantes de la cabina no les quedaba otro remedio que bajar la mirada y concentrarse en el rodillo para no cegarse. Querían por ello darse prisa y acabar con la tarea lo antes posible. El pequeño Sun no paraba de quemar y agitar el asfalto para echarlo sobre la superficie de la carretera. La mujer del pequeño Sun tenía a su hija atada con un cinturón y las dos se dirigían a los comedores. Él la miró y continuó, sin inmutarse, con su trabajo.

—Tío... —dijo la mujer del pequeño Sun con un tono de voz dolorido.

El viejo Liu estaba cocinando al vapor, en la cesta hecha de tiras de bambú, unos panecillos blancos cuando, al verla, alzó la mirada para saber quién le estaba llamando.

—Tío... ¿No le quedan algunas sobras del desayuno de esta mañana? Este niño tiene que comer algo...

El viejo Liu se dio cuenta de que la barriga de la mujer estaba enorme y muy puntiaguda y echada hacia delante. Tenía, además, un tono amarillo y rojo, y al viejo le recordó el color de los albaricoques maduros. La niña le tiraba de la ropa a su madre y se escondía detrás de ella.

—En ese cubo... Mira, hay unos cuantos panecillos, pero que nadie vea que los coges. Llévatelos todos...

La mujer del pequeño Sun gruñó algo, pero no se atrevió a expresarse con palabras. Dio unos pasos sin saber adónde ir y finalmente cogió el cubo.

—Tío, usted tiene el corazón de un bodhisattva —le dijo la mujer al viejo Liu.

—Rápido, cógelo y ahueca el ala —le dijo—. Ah, y no te olvides de traerme el cubo.

La mujer del pequeño Sun devolvió el cubo y la niña, con una mano

agarraba de las ropas a su madre y con la otra sujetaba un mantou amarillo y verde.

La mujer del pequeño Sun se dirigió al viejo Liu y le dijo:

—Tío, si quiere, le puedo ayudar a seleccionar los cebollines. No todos valen para comer...

El viejo Liu se había quedado sin voz. La mujer se desplazó y se sentó sobre un tronco de madera que encontró a su paso. Una vez ahí, se puso a deshacer los manojos de cebollines y a examinarlos minuciosamente, sacando las hojas secas o que creía que no servían para comer. La niña, a su lado, le dijo con una voz fina:

—Madre, quiero uno de esos cebollines.

La mujer del pequeño Sun miró al viejo Liu y suspiró.

—Ay, esta niña es una glotona... —dijo la mujer, mientras ponía a un lado uno de los cebollines verdes de entre los más gordos y tiernos que encontró. Luego le lavó las raíces, que estaban sucias y llenas de tierra, y se lo dio a su hija. La niña lo cogió al vuelo y se puso a mordisquearlo.

En ese momento, el viejo Liu oyó unos ruidos fuera de la barraca y se giró para ver qué pasaba. Wu Dong y Hui Xiu regresaban de su trabajo hablando y riendo. Las manos de Wu Dong parecían estar ejecutando los movimientos de una danza extraña y su rostro emitía una luz brillante. La joven llevaba el pañuelo de muselina roja atado al cuello y su cara parecía uno de esos huevos de gallina con una de sus puntas pintadas de rojo.

—Te digo que tú puedes aprender perfectamente a conducir la apisonadora... Y si aprendes, podrás llevarla donde quieras... Tú eres muy inteligente...

—¿Conducir ese cacharro, dices? Necesito emplear unas fuerzas que no tengo para manipular esa manivela... ¿Y crees que las tengo?

—Pues claro que sí; no te hagas la tonta. Lo conducirás bien, ya verás...

—Pero cómo..., cómo...

—Quédate a comer aquí este mediodía.

—No, no... Mi madre estará preocupada por mí.

—Comes y luego te vas a tu casa con tu madre. Le he pedido al viejo Liu que te prepare unas verduras.

—No, no...

—¿Cómo que no?... ¡Te vas lejos! —Tras decir esas palabras, Wu Dong se desplazó hacia la entrada de los comedores. En su cara había una expresión de mucha felicidad, y le dijo al viejo Liu—: ¿Nos preparas esos cebollines? Oh... ¿Todavía no los has pasado por la sartén?

—Si hay que pasarlos por la sartén, los pasaré por la sartén...

—¡Ya son las once! ¿Y todavía no has puesto los mantou en la cesta para que se cuezan al vapor?... ¿Dónde tienes la cabeza?

—Yo..., yo estaba dormitando, jefe...

—¡Vamos, espábilate!... Y cuando hayas pasado esos cebollines por la sartén, le añades a mi porción un huevo y algo más de aceite, que es como me gusta comer esas verduritas.

—Vale, vale...

—No tardes mucho y me lo traes al cuartel general. ¿Lo oíste?

—Vale, vale...

—Y tú, ¿qué haces ahí agachada? —le preguntó Wu Dong a la mujer del pequeño Sun.

La mujer del pequeño Sun, agachada y con el culo en pompa, presionaba algo en el suelo con sus dos manos; pero al oír las palabras de Wu Dong, se enderezó y, jadeando, dijo:

—El tío no da abasto... Le estoy echando una mano...

Wu Dong la miró con desdén y luego, al ver a la niña mordisqueando un mantou y el tallo de un cebollín verde, dijo:

—¿No pensáis regresar a vuestro terruño o qué? El niñato de tu marido se encuentra todavía en el período de educación en la escuela y no puede ser un obrero como los demás.

La mujer del pequeño Sun se sintió avergonzada por esas palabras y su cuello parecía no poder sostenerle la cabeza. Tartamudeando, le dijo:

—Pues si hay que irse, nos vamos..., pero, jefe, en un par de días voy a parir. Déjeme unos siete u ocho días aquí con vosotros. Doy a luz a la criatura y luego me voy. ¿Le parece bien?... Jefe, usted debe levantar la mano y ponerse serio... Aquí ha habido alguna pelea que otra entre la gente... No sé si lo sabe usted, jefe, pero yo ya he comido mucho y estoy saciada... En el equipo de trabajadores de la obra se criaban un par de perros... Vaya, que se criaban un par de perros... ¿No es así?

Wu Dong se dio cuenta de repente de que el perro de un solo ojo había sido sacrificado hacía seis días. Lo habían matado en el río y lo habían encontrado con la boca empastada con barro y la barriga hinchada de agua.

Ansioso, Wu Dong dijo:

—Bueno, bueno, no me llores más... Si quieres quedarte, te quedas... ¡Qué vamos a hacer!... Está claro que no estás par fiestas y, además, está en juego la vida de un niño...

—El feto es de un niño... Luego me iré al hospital y les pediré que me hagan una ligadura de trompas, pero no quiero hacerme pesada... —dijo la mujer del pequeño Sun.

—Si no te importa acomodarte en la cocina, puedes quedarte ahí; pero ¿no temes que algo malo te pase? ¿Puedes ocuparte de ti misma? Si piensas que no, come y le pides al pequeño Sun que venga —le dijo Wu Dong.

—Ay..., no quiero hacerme pesada, pero... —repitió otra vez, y sin acabar lo que quería decir, la mujer del pequeño Sun, al mismo tiempo que se secaba las lágrimas con la camisa fina que cubría su torso.

Wu Dong salió y se fue a pedirle a Hui Xiu que entrase en la tienda y tomase asiento.

—Debo regresar a casa —le replicó secamente Hui Xiu.

—Pero te debo enseñar a tocar la armónica...

—No podré aprender nunca.

—Seguro que podrás aprender.

Wu Dong le cogió de la mano a Hui Xiu y la atrajo hacia él. Hui Xiu se resistió a medias, pero acabó entrando en la tienda.

... Y él también se fue tras la estela de Wu Dong, abandonando su postura curvada y estirándose al máximo, pero sin apartar los ojos de él. En el cielo brillaban las estrellas e iluminaban el pavimento de la carretera; parecía que habían crecido flores de diferentes colores sobre la carretera en obras. En el burgo de Masang hacía poco que había aparecido la electricidad, y se llenó de postes de madera y cables, bajo los cuales colgaban bombillas que, al llegar la noche, solo desprendían una luz amarilla y sucia. Y Dong Wu salió del lado oeste del burgo y se dirigió a la parte delantera. El viejo Liu caminaba, detrás, raudo y alerta. Pasaba de la sombra de un árbol a otra. Al llegar al cruce de unas calles, el viejo Liu entró sin darse cuenta en la sombra proyectada por un árbol de grandes dimensiones y con muchas hojas. El mundo se oscureció de

repente para el viejo Liu. No podía ver nada. Abrió los ojos lo máximo que pudo y vio vagamente la figura de Wu Dong apoyado en el tronco del árbol. El viejo se agachó bruscamente y se metió, avanzando como podía en esa postura, en un camino estrecho lleno de tierra y polvo hasta llegar a una zona de huertos. Se tropezaba constantemente con las hojas puntiagudas de las hortalizas y ello le molestaba. Sus rodillas ya no podían más y se tumbó en el suelo. Pudo sentir bajo él las hojas que le pinchaban la barriga. Extendió sus manos viejas y con ellas agarró los tallos secos de las plantas y sus hojitas redondas y tiesas. Estuvo así, pensando en vete a saber qué, durante un buen rato. Finalmente se dio cuenta de que en esos tallos crecían cacahuets y arrancó una raíz peluda y llena de tierra que contenía varias cápsulas, la cuales le parecieron auténticos frutos.

La hora del almuerzo se retrasó hasta tarde en la noche y Wu Dong, enrabiado, le dio una patada en el trasero al viejo Liu.

—¡Son ya las doce y media! Mi viejo jorobado... ¡No te veo preparando la comida! ¿A qué esperas? —le gritó Wu Dong, y el viejo Liu le respondió:

—Vale, vale... —El viejo Liu frió catorce huevos junto con varios cebollines cortados en trocitos pequeños, y para ello utilizó una cuchara de aceite de cacahuete. Y para Wu Dong, hizo lo imposible por conseguir algunos trozos de carne de pollo. La joven, pensó el viejo Liu, mi niña, mi pobre niña, cómo has cambiado en dieciocho años... ¿No temes pasar hambre? ¿Te serán suficientes para saciar tu hambre?... Dime, has debido comer un huevo por cada año, mi niña... Dieciocho huevos en total en tu vida... Ahora unos huevos que son puntiagudos como boles de hierro, amarillos como el oro y verdes como las esmeraldas..., y huelen que vuelven locos a los hombres... Wu Dong se llevó la mano a la nariz y dijo:

—No está mal, viejo Liu. ¡Qué mano tienes para freír huevos! —Wu Dong se llevó, con unos palillos, uno de los huevos a la boca y luego, cogiendo cuatro mantou, dijo—: ¿Has tocado ya la campana para dejar de trabajar? ¡No vuelvas a cagarlas otra vez y haz las cosas bien!... ¿No ves que esta gente tiene hambre?

Y él cogió una tuerca de hierro de color cian y la metió en uno de los raíles de acero en desuso. Del raíl salió un sonido agudo y claro; uno de esos sonidos que entra en tu cabeza y se queda un buen rato dentro de ella. El viejo Liu vio a Wu Dong entrando en la tienda, que era el cuartel general de los

nuevos jefes, y cerrando seguidamente la pequeña puerta de hierro enmohecido. Los trabajadores de la obra de la carretera oyeron las órdenes de Wu Dong, soltaron inmediatamente las herramientas, se pusieron a discutir como salvajes y, medio vivos, medio muertos, como unos locos a los que acaban de soltar del manicomio, salieron disparados hacia los comedores.

Cuando acabaron de comer los trabajadores, el viejo Liu volvió a abrir el caldero y les ofreció otro bol de cebollines verdes. Luego, con ansiedad, se dirigió al cuartel general. Con todas sus fuerzas, le dio una patada a la puertecilla de hierro, que, para su sorpresa, estaba abierta, sin candado. Entró en la tienda y vio a Wu Dong metiendo un huevo amarillo en la boca de la joven Hui Xiu. Ella cerraba la boca y lo evitaba. Wu Dong, sin embargo, insistía. El viejo Liu gritó:

—¡Se anuncia!

—¿Qué mierda has venido a hacer aquí? —preguntó Wu Dong visiblemente furioso.

—¡Es el contable quien tiene algo que anunciar, señor! Bueno, el contable quiere ofrecerle un bol de cebollines verdes, señor... Una sopita de la buena... Además, le he puesto un par de gambitas secas, señor...

—Déjalo ahí, sobre la mesa. ¿Me oyes?

Al cabo de un rato, el viejo Liu se presentó otra vez ante la puertecilla de la tienda para anunciar algo.

—Pero ¿qué haces aquí otra vez, viejo loco?

—Señor, debo recoger el bol para lavarlo...

El viejo Liu cogió el bol y la joven Hui Xiu, le siguió, aprovechando ese momento para salir de la tienda. Wu Dong gritó:

—No te vayas, quieres... Todavía no he acabado de enseñarte a tocar la armónica...

—Debo regresar a casa para ver a mi madre. Si no, se va a preocupar —dijo Hui Xiu, como si le avergonzase justificarse de esa manera.

—... de acuerdo —dijo Wu Dong, mientras se acercaba a ella para retenerla—. Te acompañaré...

El viejo Liu agarró unos cacahuets y los peló, destrozándolos. Luego se metió en la boca un par de granos. Estaban todavía demasiado tiernos para ser consumidos y tenían un sabor extraño. No pudo tragárselos y los escupió al

suelo.

El viejo Liu vio finalmente a una sombra delgada salir del burgo y cobijarse bajo la sombra de un árbol de grandes dimensiones, junto a Wu Dong, quien estaba apoyado en el tronco del árbol. En voz baja, el joven le dijo:

—Has venido.

Hui Xiu soltó una frase, pero él no la oyó. Wu Dong le dijo:

—Tú y yo debemos hablarnos sin tapujos. ¿O temes algo? Mis padres son miembros del Partido y yo, por supuesto, también lo soy.

—Sí, le tengo miedo a algo, pero no sé qué es exactamente... —le dijo la joven con una voz temblorosa.

El viejo Liu tenía las orejas alerta para poder oír lo que estaban diciendo, pero no entendía con claridad sus voces.

Las dos sombras parecían acercarse la una a la otra y una mano coger la otra mano. Las dos sombras, de esa manera, se dirigieron por un camino polvoriento hacia el lado este del burgo. El viejo Liu salió arrastrándose del campo de plantas de cacahuets y los siguió sigilosamente.

Avanzaron dando quince pasos hacia el este y luego llegaron a un cruce cenizoso en el que dos callejuelas, una de norte a sur y la otra de este a oeste, atravesaban el burgo. Las dos sombras se pararon de golpe y se desfiguraron. Como flotando, se metieron en la callejuela que conducía al sur. El viejo Liu los siguió de cerca. A los dos lados del callejón crecían numerosas hojas de terciopelo —el yute chino—. Sobre sus hojas se oían los llantos desolados y conmovedores de las almas errantes de los muertos.

—Creo que alguien nos está siguiendo —dijo Hui Xiu.

Wu Dong se asustó y se dobló, reteniendo la respiración.

—No hay nadie —dijo Wu Dong—. No deberías provocarte miedo a ti misma.

—Te digo que he oído pasos.

—Son mis pasos.

—Creo que, durante el día, el jorobado Liu nos ha visto juntos y nos miraba con ojos asustados. Estaba muy raro...

—¿Le temes?... Si se pone tonto, a ese viejo le doy una paliza y lo mato. Creo que eres tú quien está buscando meterme miedo a mí...

Los dos jóvenes avanzaron hacia delante y el viejo Liu continuó siguiéndolos agazapado. Se quitó las zapatillas y liberó las manos. Con los pies desnudos, continuó caminando para no hacer ruido. La superficie del camino estaba todavía llena de piedrecillas y polvo caliente por el efecto del sol del día.

—Vamos a sentarnos a algún lado —le dijo Wu Dong.

—Pero ¿adónde?

—A ese montículo de tierra.

—No, no vayamos hasta ahí.

—¿Por qué? Parece un espacio abierto.

—Eso era un antiguo horno de ladrillos.

—¿Y hay fantasmas?

—Sí, un hombre fantasma y una mujer fantasma. Varios años atrás, cada vez que se cubría el cielo y llovía, los fantasmas salían a este lugar y se ponían a llorar.

Wu Dong se puso a reír y dijo:

—Supersticiones... En este mundo no hay fantasmas en absoluto.

—¿No lo crees?

—No lo creo.

—Pues es verdad. Hay mucha gente que ha oído hablar de ello y dicen que son las mujeres fantasmas las primeras en ponerse a llorar y armar jaleo. Luego se ponen a llorar los hombres fantasmas. Parecen lobos...

—Y tú, ¿los has oído?

—No, yo no los he oído nunca; pero mi madre sí.

—A los fantasmas también les doy miedo yo. Vámonos, y te sientas conmigo.

—Yo no...

—No quiero que tengas miedo. Tanto si el fantasma es grande como si es pequeño, yo voy a darle un puñetazo. ¡Me he entrenado mucho con las artes marciales!

Wu Dong condujo a la mujer hasta el montículo de tierra.

El viejo Liu seguía arrastrándose por los lados del camino donde crecían los yutes, hasta llegar a una decena de pasos del montículo de tierra. Se detuvo, inmovilizado, y el polvo de la superficie del camino le entraba en la

garganta y de vez en cuando tenía que escupirlo. Arrancó de cuajo los tallos de unas hierbas que vio frente a él y se puso a mordisquearlos.

—¿Y por qué no paras de jugar conmigo? —le preguntó la joven.

—¿Y por qué siempre me preguntas lo mismo?

—No puedo creerme que me quieras para ti. No tengo ninguna educación ni cultura. Tampoco soy bonita.

—Tú eres muy guapa, Hui Xiu. Me gustas.

—¿De verdad que quieres llevarme a tu distrito?

—De verdad.

—Ay... Tú no... ¿No querrás aprovecharte de mí?

—Venga, vamos...

—No, yo no puedo gustarte... Oh... Me estás engañando... Sí, ya se lo he oído decir a más de uno... ¡Me estás engañando!

—Bueno, pero ¿qué quieres?... ¿Que te lo pida de rodillas? ¿De verdad que quieres que haga eso? Si estoy engañando a Hui Xiu... ¡Que me parta un rayo ahora mismo!

—Eres buena gente... No sigas hablando...

El viejo Liu vio a las dos sombras estrechamente pegadas la una a la otra y sintió los jadeos de Wu Dong. Luego oyó que la joven decía de manera intermitente:

—No..., de esa manera no... No, no, no... Todavía no estamos casados...

Es difícil de describir con palabras los sentimientos complejos que estaba viviendo el viejo Liu en ese momento. Quería morirse, pero no sabía que no debía hacerlo. El aire de los pulmones le ardía y sentía que le quemaba la garganta. Abrió la boca tanto como pudo y lanzó un grito que sonó como un aullido.

—Los fantasmas... —Hui Xiu le dio un empujón a Wu Dong, gritó asustada y saltó a un lado.

Tras el largo aullido, el viejo Liu se sintió profundamente feliz y aliviado. La voz, su propia voz, había podido salir por la garganta. Después de tantos años de reprimir sus sentimientos, su rabia y su indignación, lanzó un alarido que no era ni de un hombre ni de una mujer. Salió corriendo mirando hacia atrás y apretándose la garganta con uno de sus dedos. Lanzaba unos sonidos, unos más altos que otros, que modulaban una melodía brusca y desigual, como

los de una trompeta cuando no se toca bien.

Hui Xiu bajó del montículo de tierra de un salto y, sin distinguir en qué dirección corría, se metió, alocada, en uno de los callejones. Wu Dong también bajó del montículo y salió detrás de ella. Había oído un grito, se giró para ver lo que era, pero decidió no perder tiempo y continuar corriendo tras los pasos de la joven Hui Xiu...

En el último día en este mundo del viejo Liu, Hui Xiu le trajo, en su cesta, la que siempre llevaba a cuestas, unos melones con rayas blancas. Ella misma los entró en la cocina, pero ni siquiera saludó al viejo. Dejó la cesta en el suelo y se fue. Liu, sin embargo, se interpuso entre ella y la puerta.

—Tío... ¿Le pasa algo?

—Niña... ¡Tú eres mi niña!...

La joven esbozó con sus labios la sonrisa de alguien que está agonizando.

—Tío, está jugando conmigo...

—No estoy jugando contigo, niña, y escucha lo que tengo que decirte. Tú antes te llamabas Li Man porque tu madre te parió ese día, cuando pesqué en el río una carpa roja. Más tarde, tu madre se fugó con un hombre y yo me peleé por ti, pero me apalearon...

—Tío, usted ha vuelto a soñar despierto. Recuerdo cuando mi padre murió. Lo recuerdo todo, si le digo la verdad. Mi padre me alimentaba con grano que guardaba celosamente en casa, pero él murió debido a un edema en el estómago. Fue el hambre el que se lo produjo. Ha muerto, pues... Pero ¿cómo se atreve usted a decirme ahora que es mi padre?

—Li Man, yo soy tu verdadero padre, tu padre natural, tu qindie. Hay una marca en tu cuerpo. Debajo de tu ombligo tienes un punto negro... —El viejo Liu puso a Hui Xiu sobre el colchón que le hacía de cama y le desató el pantalón con sus manos.

—Mi venerable anciano, mi venerable anciano... ¿Qué hace? ¡Socorro! — La joven empezó a gritar e intentaba sacarse de encima al viejo Liu.

La joven vio a Wu Dong y dejó de forcejear con el jorobado Liu, cubriéndose seguidamente la cara. Lloraba y propiciaba al mismo tiempo numerosos insultos:

—Usted es un depravado y un viejo verde... Me dice que soy su hija..., me lo ha dicho y ahora quiere violarme... Me está sacando el pantalón... Usted es un depravado...

El viejo Liu parecía haber entrado en un cielo cubierto por nubes o en una niebla espesa. Sus ojos ya no veían absolutamente nada. La cara de la joven Hui Xiu se había convertido en una sombra blanca como una de esas piedras redondas sucias que hay en los ríos, y el viejo Liu le dijo:

—Niña..., tú te llamas Li Man... Cuando tu madre te trajo a este mundo, yo había pescado en el río una carpa roja enorme... Mira, debajo de tu ombligo tienes una marca negra...

Wu Dong le dio con todas sus fuerzas un puñetazo al viejo Liu, se lo dio directamente en sus sienes amarillentas. Le dio un golpe seco y el viejo Liu se limitó a lanzar un grito parecido al maullido de un gato; y luego se desplomó en el suelo como un saco de harina. Una vez en el suelo, el cuerpo del viejo Liu se agarrotó, quedándose inmóvil en esa forma.

## VIII

A la hora del crepúsculo, el sol había enrojecido medio cielo como si lo estuviese abrasando. Las nubes, esparciéndose y formando unas láminas finas, tapaban la otra parte del cielo y daban la impresión de haber creado un palacio flotante. Las nubes rojas, sin embargo, no cubrían el cielo y parecían acero pesado —un acero cargado de una luz densa y melancólica—. En el burgo de Masang sonaron, a intervalos idénticos, tres impactos del gongo. A una mujer del burgo de Masang, los sonidos del gongo la dejaron con el cuerpo temblando y gritó: «¡Liu Zhu!... ¡Liu Zhu!... ¡Vente a casa a comer, anda!...». Los trabajadores de la obra se apresuraron a tomar su cena y, uno tras otro, entraron en la barraca. Del techo colgaban algunas lámparas en las que se quemaba el aceite y, además de las llamas, desprendían un hilo de humo negro como la tinta que se deshacía en el aire. La luz de esas llamas no duraba mucho.

Lai Shu fue promovido a cocinero y, tras poner todo en orden, se echó sobre el que había sido el colchón plegable del jorobado Liu, espantando a los mosquitos con al mano y mirando el cielo, al norte, donde estaba la puertecilla de la cocina. En el cielo, a intervalos que apenas duraban unos segundos, aparecían unos rayos de luz verde. Se iluminaban, de forma amenazante, con la forma de unos troncos bifurcados. El asfalto del pavimento no se había solidificado, ni asentado, todavía sobre la superficie de la carretera y en medio de la luz de los vastos terrenos sin cultivar, esos terrenos que parecían palpitar, se oían los ululatos de las aves. Y como ayudado por un perro negro, en los campos pasaba velozmente un rebaño de cabrillas blancas. La luz se inclinaba y parecía seguir las, pisándoles los talones. Esos rayos parecían, incluso, querer atacar a esas pobres cabrillas, que eran como unos cubos de agua.

Ojalá llueva pronto, pensó Lai Shu. Una grave sequía<sup>25</sup>, con su mal espíritu, había desertificado la tierra y había dejado las bocas y las caras de la gente llenas de quebraduras. Los granjeros habían abandonado a sus bestias, a las que se veía agonizar y perecer, extenuados, en los terrenos abandonados por el agua. Él casi había olvidado lo que pasaba por la cabeza de un campesino que deseaba desesperadamente la llegada de las lluvias. Él también esperaba con ansiedad esas lluvias que nunca llegaban y las ansiaba porque era consciente de que los tallos de las plantas del sorgo debían crecer fuertes y robustos en la tierra negra. Por ello necesitaban mucha agua. El jorobado Liu ya no estaba en este mundo y él, Lai Shu, se había ofrecido voluntario para hacer de cocinero. Ojalá llueva pronto, volvió a pensar. Si llovía, ello quería decir que la diosa Reina Madre del Oeste aparecería para examinar la tierra y darle de nuevo la fuerza que ha perdido. El agua de la lluvia hace que la tierra se vuelva fértil, pero también la limpia y hace que aparezcan los tesoros enterrados. Desde que se había convertido en el cocinero de la barraca, lo verdaderamente importante para él era estar al corriente de los movimientos de todo el mundo y, de esa manera, podía irse tranquilo a los terrenos abiertos a buscar sus tesoros. Había que mantener a esa gente lejos, pero sin perderlos de vista. La cocina se había convertido en su gran territorio y ahí podía guardar los innumerables tesoros que debía haber escondidos bajo la tierra azotada por la sequía. A Lai Shu le preocupaba el tarro con oro y plata que había bajo la morera. En realidad, no le dejaba dormir tranquilo, y pensaba que había llegado el momento de sacarlo de ahí.

En los rayos se alternaban los colores azul y blanco y, cada vez que surgían en el cielo, la Tierra parecía asustarse y temblar de miedo. Lai Shu salía de la barraca con su pala de hierro y se agachaba delante de la puerta. Con su mirada inspeccionaba el terreno, sigiloso. Ese ritual solo obedecía a un motivo: quería asegurarse de que todos los trabajadores de la obra estaban durmiendo como troncos y nadie le seguía. Dos días atrás, por la noche, Lai Shu, cuando se acercaba a la morera, oyó detrás de él, y repentinamente, la voz de un hombre. Ello, por supuesto, le asustó. Temblando, dio media vuelta y regresó a la barraca. De la boca de ese hombre salió una voz poderosa que le dijo:

—Mi gran hermano Lai... —Un enanito le estaba llamando a Lai Shu. Ese enanito era, en principio, Sun Ba. Los ojos del pequeño Sun tintineaban en la

noche como si fuesen estrellas. Lai Shu, nervioso, sujetaba la pala de hierro con fuerza y pensaba para sus adentros que, si Sun Ba había descubierto lo que escondía bajo el árbol, lo mataba ahí mismo con un golpe de la pala en la cabeza. El pequeño Sun le dijo:

—Gran hermano... ¿Acaso has venido otra vez para cavar la tierra? Has venido a este lugar a sacar tierra no sé ya cuántos días, pero no te he visto encontrar ninguna rata...

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Lai Shu amenazándolo con la pala.

—Gran hermano, sálveme... Mi laopo va a parir y necesita comer algo; se me muere de hambre. Deme unos pocos mantou... —le suplicó el pequeño Sun, doblándose y utilizando un tono de voz plañidero. Todo el cuerpo de Lai Shu se relajó y, con generosidad en sus palabras, le dijo:

—Vale, cuenta con la camaradería de nuestros hermanos.

Lai Shu le dio seis panecillos rellenos al pequeño Sun y se dirigió inmediatamente a la morera, nada más irse su compañero, para seguir cavando. Luego sacó la jarra de porcelana de la tierra y se la llevó con él a la cocina de la barraca. Una vez ahí se puso a dormir. La estera de caña que servía de puerta parecía haberse cargado de electricidad debido al efecto de los rayos. Los trabajadores de la obra dormían a pierna suelta envueltos en esa misma luz de los rayos, que era, al fin y al cabo, una luz turbia que iluminaba poco. Lai Shu se dobló y, de nuevo, salió de la barraca sigilosamente y se dirigió a la morera. La tierra alcalina del suelo, desquebrajada en trozos de arcillas seca, era como las escamas de un pez y el viento, en la atmósfera cargada de la noche, no se estaba quieto un solo momento y resultaba imposible predecir su dirección. La voz de esa mujer que gritaba a su hijo Liu Zhu se había vuelto más sombría y extraña; era como la voz desquiciada de una anciana. Lai Shu no reconocía exactamente la voz de esa mujer y le entró miedo. Le asustaba incluso la luz de los rayos cuando iluminaban el cielo, y cuando estos se apagaban, Lai Shu también sentía miedo.

Ojalá llueva; debe llover... Hace un año que no llueve, pensó Lai Shu.

En medio de la larga y deslumbrante luz de los rayos, la morera parecía, con sus ramas, extendidas como brazos, que estaba bailando en medio de la noche. Lai Shu vio que había una capa gruesa de polvo sobre las hojas del árbol y parecían, con la luz eléctrica, envueltas en llamas de fuego rojas. Con

la pala, hizo un tajo en el tronco y de ese corte negro como la tinta brotó una resina viscosa. Las ramas se cruzaban entre ellas y amenazaban a Lai Shu con sus espinas y sus borlas.

Volvió a aparecer un rayo en el cielo y Lai Shu vio bajo la morera, de repente, como una aparición, las hojas secas, hojas emblanquecidas, y en proceso de descomposición, que habían caído al suelo y se mezclaban con los hierbajos, sobre todo el abrojo, con sus hojas verdes, negras, y puntiagudas, como si tuviesen cuernos, que crecían caóticamente en la tierra húmeda. Ese abrojo le puso los pelos de punta a Lai Shu.

Se arrodilló bajo la morera, arrojó la pala y con las manos se puso a arrancar con rabia el abrojo. Luego hizo un agujero y volvió a poner la jarra de porcelana en el interior. Otro rayo alumbró súbitamente el cielo y la vasija con la plata y el oro. Lai Shu pudo verla con sus ojos y la sacó de golpe del agujero, extendiendo los brazos. Bajo la luz del rayo, la cara de Lai Shu se convirtió en la cara de un fantasma, con los dos ojos tan hinchados que parecía que se le iban a salir de las cuencas, y la boca abierta. Lai Shu ya no parecía humano. ¡Oh!, exclamó. De nuevo, otro ¡oh!, pero esta vez sosteniendo la jarra de porcelana con sus manos en todo lo alto. Un rayo entró como una flecha en la boca jarra y pudieron verse un par de carpas rojas, como si estuviesen vivas. La jarra estaba vacía. No había ni oro, ni plata, ni joyas ni nada dentro del recipiente. Lai Shu la puso bocabajo y la agitó. Nada de nada. La jarra estaba vacía. Lai Shu la arrojó al suelo. Salió rodando hacia el dique del río. Lai Shu recogió la tapadera de la jarra y la tela ajada que la envolvía, que habían quedado junto al agujero, y le temblaron las manos. Las colocó dentro de la tierra y, con las mismas manos, se puso a destrozar todo el abrojo que rodeaba aquel hoyo donde había enterrado la jarra de porcelana. Las espinas de esa planta le hicieron sangre a Lai Shu en las manos. Otro rayo irrumpió en la noche, y las ramas de la morera le parecieron las garras de un águila que querían cogerle de la cabeza. El cielo estaba bajo y las nubes oscuras. Los pájaros nocturnos volaban hacia el norte y las dos carpas rojas del interior de la jarra parecían moverse. Lai Shu se puso de pie y sintió convulsiones en el cuerpo. Era como un junco frágil y delicado desestabilizado por el viento. La cabeza le pesaba demasiado y parecía que lo iba a aplastar. Cogió la pala y con ella se puso a hacer añicos la jarra que había caído junto al dique. Clang, clong, clang, clong..., y con amenazas: tú a mí no me asustas, tú a mí no me

asustas... ¿Lo entiendes?

Lai Shu cogió con sus manos uno de los trozos rotos de la jarra y lo manoseó, y luego musitó algo, como quien recita para sí mismo un poema. Unas gotas de lluvia cayeron sobre su cuerpo, Esas gotas parecían estar derramándose sobre un madero carcomido y deteriorado. La luz del rayo iluminó el cielo con exuberancia y belleza; pero cuando se oscureció el fulgor Lai Shu sintió que el pecho se le había abierto en dos y rugió; parecía que un modisto le estaba cortando un traje. La lluvia caía fría sobre su cuerpo y a Lai Shu las gotas le parecieron tan duras que creía que unos pájaros le estaban picoteando las vísceras. Creía tener ya cien agujeros en su corazón, que veía como un rábano picado. Tras extinguirse el rayo, el pecho de Lai Shu volvió a cerrarse, pero el corazón se le había congelado como un trozo de hielo del cual salía un hijo de calor que le subía por el cuerpo hasta la nariz y le provocaba llantos. La lluvia caía sobre su cabeza y Lai Shu la sentía repiquetear en el cráneo como si lo tuviera vacío. Pensó que en vez de una cabeza tenía una calabaza. Se oyeron voces a los alrededores. El viento soplaba entre las hojas y sonaba la música de una flauta hecha con la madera de un sauce, la estera de cañas se había inflamado y el mulo mordía con rabia el tronco de los árboles...

La noche anterior, ellas, las joyas y las alhajas de oro y plata, aún dormían, sin lugar a dudas, en el interior de la jarra de porcelana. Pero durante el día, cuando Lai Shu se había ido a buscar agua, los vio; cuando se puso a lavar las verduras, los vio; y cuando encendió el fuego de la cocina, también los vio. ¿A quiénes vio Lai Shu que no le dejaron tranquilo? Lai Shu, en la barraca, más precisamente en el lado que daba al sur, había hecho un agujero del tamaño de un puño para poder ver la morera a través de él. Y durante el día, bajo la morera no pasaba absolutamente nada; pero al mediodía, un anciano de cabello cano ataba al árbol con una cuerda a un mulo de pelo negro y duro. El mulo podía llegar al dique del río, pero no mucho más lejos, y se aburría. Por eso le dio por mordisquear la corteza de la morera, y el anciano de los cabellos blancos se sentaba junto al jumento y se ponía a fumar. Lai Shu, en ese momento, cortaba las verduras con el cuchillo, pero al verlos lo dejó todo a un lado y salió volando hacia la morera. Nada más acercarse al viejo, lo puso a parir. El motivo: el mulo estaba destrozando la pobre morera con sus dientes largos. Al viejo, la afrenta de Lai Shu le dio un susto de

muerte. Cogió al animal y se alejó del árbol tan rápido como pudo. Más tarde, sobre la morera se posaron una urraca y varios gorriones. Lai Shu había tenido al viejo y al mulo en su punto de mira, y sabía lo que habían hecho. La urraca y los gorriones no iban a robarle el oro y la plata de la jarra. No podían haberlo hecho, enterradas como estaban esas joyas. Habían sido seguramente los ratones. Lai Shu se puso a sacar tierra bajo la morera y pudo sentirla, todavía mojada, debido a la lluvia. También había agua dentro del agujero y por eso las paredes de ese hoyo se desmoronaban. Lai Shu la sacó con sus manos. Estaba helada y Lai Shu sentía que le calaba hasta los huesos. Además del agua, se puso a sacar barro. Sus manos también se toparon con las raíces de la morera y ello le enfureció, y las arrancó de cuajo. En su locura, se puso a sacar todas las raíces de la morera. Otro rayo poderoso iluminó, como había hecho antes, el árbol y el agujero, pero también iluminó a un gusano de tierra, blanco y gordo, y de cuello rojo. Había devorado la tela que cubría la jarra de porcelana. No, no habían sido los ratones, pensó Lai Shu. Justo unos segundos antes, cuando acababa de abrir el agujero con las manos, la tapadera con su tela estaba tensa y firme. ¡Hijo de perra! ¡Hijo de perra!, gritó mirando al cielo de la noche, ese cielo negro como el plumaje de un cuervo. La lluvia, dura y tensa, entraba con urgencia en su boca. Las gotas de la lluvia parecían clavarse en su garganta y se confundían con los llantos... Y de repente, sus ojos se fijaron en un rostro diminuto y malicioso. La boca de ese rostro empezó a moverse y articular unas palabras extrañas:

—¿Has vuelto a cazar ratones?..., y no te has dado cuenta de que has cazado uno...

Lai Shu lo comprendió de golpe y su cabeza de relajó súbitamente. Fue ese ladrón... ¡Seguramente fue ese ladrón! Durante el almuerzo, ese ladrón endemoniado sonreía sin parar. Cuando le cogió el platillo con las verduras, vio que sus manos eran iguales que las patas de los pollos. ¡Sun Ba, hijo de la gran puta!

Lai Shu, doblando la cintura, recorrió la callejuela en medio de la lluvia abundante que estaba cayendo en esos momentos. Avanzaba hacia el este como si estuviese nadando. El cielo seguía iluminándose de rayos y poco después estañaba el trueno. A Lai Shu le indignaba haber dejado de tener una sombra humana. Ya no se reconocía a sí mismo. Cerca del dique del río había una cabaña que parecía estar flotando en el aire, dentro de la cual había un fuego

que desprendía luz. El agua caía turbia sobre el techo de paja de la choza.

—¡Sun Ba, eres un ladrón!... —se puso a insultar Lai Shu con la cabeza y el trasero llenos de la lluvia y el barro que se habían enganchado sobre él al pasar por el dique del río. Lai Shu estiró esa estera rota que hacía de puerta a la cabaña y entró dentro de la casa del pequeño Sun con los pies y el cuerpo embarrados. La cabaña no tenía más de cuatro metros de largo y tres de ancho, y la entrada estaba inundada de agua. El suelo lo cubrían una alfombrilla de tela muy fina y un colchón viejo. La mujer del pequeño Sun se encontraba estirada sobre ese colchón con la panza hacia arriba. Jadeaba y gruñía sin parar, junto a una vela que parecía el dedo de un muerto de lo blanca que estaba y cuya llama corría el riesgo de ser extinguida por un golpe de viento frío proveniente de la lluvia. Del este al sur, torciéndose y derramando lágrimas blancas, la llama luchaba por sobrevivir en ese medio tan hostil. El pequeño Sun estaba sentado a un lado del colchón y tenía las manos sobre la cabeza. La niña se había retirado a sentarse en una de las esquinas de la cabaña y estaba acurrucada con un saco de papel de fertilizante sobre los hombros—además, medio adormilada—. Lai Shu cogió la vela que el viento de la lluvia amenazaba con apagar y la extinguió con sus dedos. El interior de la pequeña cabaña se ennegreció como la tinta negra. Otro rayo apareció en el cielo, que se llenó otra vez de unos efímeros colores azul cian y verde. La mujer del pequeño Sun tenía los dientes de color violeta y los mostraba todos como si no quisiese dejar uno solo escondido.

—Sun Ba, eres un ladrón... —Lai Shu le agarró del cabello al pequeño Sun y lo levantó del suelo.

—¡Venga, gran hermano! ¿Qué estás haciendo? —gritó el pequeño Sun, debilitado por las manos que le agarraban del pelo.

—Era mío... Tú eres un ladrón... Me has robado el tesoro con mi oro y mi plata..., era mío...

—Te has vuelto loco, Lai Shu... ¿Tenían un tesoro con oro y plata? —El pequeño Sun intentaba como podía sacarse de encima las manos de Lai Shu y, cuando se soltó, vio que su compañero en la obra le había arrancado de cuajo una parte de su cabello y lo sujetaba con la mano. El pequeño Sun le dijo contrariado a Lai Shu—: ¡Lárgate de aquí! ¡Mi laopo está a punto de parir!

Otro rayo volvió a aparecer en el cielo e iluminó la barriga morada y puntiaguda como una sandía de la mujer del pequeño Sun.

—¡Todavía guardas contigo mi oro y mi plata, cabrón! —le gritó Lai Shu, dándole patadas y puñetazos al pequeño Sun, que retrocedía como podía para evadirse de tanto golpe. La laopo del pequeño Sun lanzó un grito estremecedor que despertó a la niña.

—Lai Shu, quiero informar al jefe del equipo sobre lo que ha pasado aquí. Eres un rufián, Lai Shu. Entras por la noche en la casa de la gente y abusas de sus mujeres —gritó el pequeño Sun.

La esposa del pequeño Sun gritaba y sollozaba una y otra vez, y sus gritos se oían cada vez más fuertes. Tronaba el cielo y diluviaba sobre el techo de la cabaña. La niña también se puso a llorar, Lai Shu agudizaba cada vez más la voz para que se le oyese en la cabaña y el pequeño Sun le devolvía todos los insultos que recibía de él. El interior de la choza se convirtió en un ring donde se podía ver todo tipo de patadas, puñetazos y golpes bajos. Nada estaba ya en su sitio dentro de esa cabaña improvisada con trozos de uralita y de madera recuperados de la obra, ladrillos rotos de los hornos, cañas y mucho barro. El pequeño miraba al vacío e intentaba liberarse de Lai Shu, quien lo tenía cogido bajo su axila. Al final, el pequeño Sun pudo soltarse y se escapó, quiso salir por la entrada diminuta de la cabaña, pero Lai Shu, sin quitarle los ojos de encima, corrió tras él para atraparlo. Los dos salieron de la cabaña. La tierra alcalina estaba enfangada por la lluvia y parecía incluso hinchada. Los pies de los dos contrincantes se habían embarrado y salpicaban barro cada vez que volaban por los aires. El pequeño Sun se precipitó hacia la barraca y sus piernas parecían una de esas manos de madera que se utilizan en los morteros para machacar los ajos —las tenía completamente cubiertas de barro—, se desplazaba con mucha dificultad. Lai Shu, sin embargo, con sus piernas largas, se movía con altivez y agilidad a pesar del barro, pisando fuerte sobre la tierra para no resbalarse y con el cuello estirado y tenso —andaba que parecía un avestruz cuando sale corriendo—. El pequeño Sun no alcanzó como deseaba la choza, a pesar de sus pasos apresurados; Lai Shu lo había cogido del cuello y le había hundido la cara en el barro antes de que llegara a su destino. Los dos cayeron al suelo y se revolcaron sobre el barrizal en medio de los gritos y los golpes. El pequeño Sun volvió a arañar y a morder a Lai Shu para sacárselo de encima, pero no podía; las manos de Lai Shu eran como garfios de hierro, igual de frías y duras. Se las apañó para hacer un truco y engañar a Lai Shu, agarrándole de los testículos. El pequeño Sun, cuando tenía

sujetas las partes íntimas de su compañero, pensó que estaba cogiendo un pato para que no se le escapase. Y Lai Shu, en efecto, parpó como un pato: ¡cuac!, y cayó en el barro. El pequeño Sun aprovechó la ocasión para levantarse y gritar:

—¡Socorro!... —Pero esa voz se la llevaron la lluvia y el viento de un lado a otro, como se llevaban a los juncos con sus borlas rojas y violetas que crecían junto al río. Dentro de la barraca donde se alojaban los obreros se oían voces acaloradas y algunos trabajadores, hartos de tanta agua, ansiosos por que les diese el aire, salían fuera para hacerle frente, como si no existiese, aunque la noche estaba tan negra que nadie veía nada. El pequeño Sun volvió a gritar socorro. Lai Shu se había levantado del suelo y parecía, con sus brazos en alto y la cabeza torcida, una mantis religiosa. Gritó otra vez al pequeño Sun:

—¡Eres un ladrón!... ¡Todavía guardas contigo mi tesoro con el oro y la plata! —Tras insultarlo, volvió a abalanzarse sobre él con los puños en alto, pero esta vez lo detuvieron unos trabajadores que estaban fuera de la cabaña. Se necesitó un par de ellos, que lo cogieron inmediatamente por los brazos, para detenerlo; en realidad, los tres, vistos de lejos, parecían ranas chapoteando en un cenagal.

El alboroto que formaba la pelea se mezclaba con los truenos y la lluvia que caía torrencialmente. Todo el fragor alertó a Dong Wu. El comandante Wang no estaba y él se consideraba ahora el jefe. Con el chubasquero encima y la linterna en la mano, Wu Dong salió bajo la lluvia y se dirigió hacia los hombres que estaban discutiendo con los ojos cerrados delante de la puerta de la barraca. La lluvia caía sobre su rostro como si fuesen una inundación.

—¿Por qué has hecho eso? —decía uno.

—¡La madre que te parió! —decía el otro.

Lai Shu parecía un niño observando a su madre con lágrimas en los ojos, gimiendo, con la nariz tapada, sangrando por todas partes, y con la lluvia cayendo a cántaros. Su cara semejaba una acuarela.

—Jefe, ¿puede hacer algo por mí?... Mi jarra de porcelana, mi tesoro con la plata y el oro... ¡Me la ha robado este ladrón!...

Dong Wu iluminó la cara del pequeño Sun con la linterna, y este, llorando ensordecedoramente, dijo:

—Jefe, no le escuche; le está diciendo tonterías y se ha vuelto loco. Por la

noche, entró corriendo en mi casa, afirmando que le había robado una jarra con plata y oro.

—Jefe, jefe, se lo digo yo. Una jarra con oro y plata, me explico, un anillo de oro y unas cuantas alhajas de plata...

—Jefe, al oírlo hablar así, ¿le queda alguna duda de que se ha vuelto loco? ¿De dónde ha sacado ese hombre un anillo de oro y unas alhajas de plata?

Dong Wu dirigió la luz de la linterna al rostro de Lai Shu y le dijo:

—La madre que te parió, pero ¿estás bien de la cabeza? No has tenido más de cinco céntimos en tu puta vida... ¡Y la madre que parió a tu anillo de oro y a tus alhajas de plata! ¿De dónde has sacado eso?... ¡Lárgate de aquí! Pero ¡lárgate de aquí, te he dicho!... ¡Si vienes de nuevo con tus historias, te doy una paliza, gilipollas!

—Jefe, jefe, no le miento..., yo tengo una jarra con oro y plata...

Wu Dong retorció el cuello. La lluvia caía sobre su chubasquero y sonaba como detonaciones.

—Pequeño Sun, me voy a follar a tu madre... ¡Y voy a acabar con tu vida perra! —Lai Shu se sacó de encima a los hombres que lo estaban sujetando y se abalanzó sobre el pequeño Sun. Lo tumbó y los dos, en el suelo, empezaron de nuevo con sus golpes, pero unos obreros de la carretera, fuertes y robustos, cogieron a Lai Shu de los brazos y lo separaron del cuerpo del pequeño Sun para ponerlo con la cara pegada al suelo. Tuvieron que emplearse a fondo para poder someter a Lai Shu en esa postura. Lai Shu parecía estar bebiendo el agua de la lluvia a ras de suelo y no podía sacar de su boca ni un solo sonido. Los obreros lo levantaron finalmente, tenía el cuello sin fuerza para sujetar la cabeza. Lai Shu se apoyó inmediatamente en la barraca y luego pasó al interior, en donde había un hombre arrodillado y chorreando gotas de agua. Ese hombre llevaba una tuerca de hierro entre los labios y de su boca salía expelido mucho aire.

—Vale, está vivo... —dijo uno de los obreros de la construcción de la carretera.

Él abrió los ojos y vio ante sus ojos algo como un círculo de luz que daba vueltas bajo la lámpara de queroseno y que era como un anillo de oro. No podía controlar su alegría, dio un salto y se precipitó hacia la luz. La lámpara saltó por los aires y cayó al suelo en varios trozos. Tras apagarse, se hizo la oscuridad en la cabaña y solo los rayos iluminaban el interior

esporádicamente. Lai Shu creyó ver el anillo de oro y las joyas de plata volando en el aire ante sus ojos y se precipitó hacia ellos, pero los dos obreros se lo impidieron. Lai Shu alzó las manos para coger el rayo y le gritó:

—Oro, plata, tengo oro, tengo plata... Las nueve jarras y los setenta tarros... Me podré comprar un avión y un barco de vapor...

Varios hombres lo siguieron para atraparlo, pero Lai Shu, como un loco, no paraba de gritar y corría más que sus perseguidores, hasta desaparecer bajo la lluvia...

El pequeño Sun soportaba como podía un dolor intenso en el pecho y, paso a paso, volvió a meterse en su casucha. Una vez dentro, no paraba de llorar. Acercó sus manos a una vela con el fin de calentárselas y, mientras tanto, la lluvia continuaba repiqueteando obsesivamente en el techo de la cabaña. El colchón fino y sucio estaba mojado por el agua que entraba por todas partes y la niña temblaba de frío en una esquina. El cuerpo de la mujer del pequeño Sun estaba empapado en sangre y entre sus piernas había un par de cosas carnosas de un color morado pálido que se movían. Al pequeño Sun le entró fiebre. La sangre apestaba y su olor se le había metido en la nariz y no podía sacárselo de encima. Para sus adentros, se encomendó al Cielo para pedirle explicaciones por lo que sus ojos estaban presenciando en ese momento y se sentó en el suelo. Su esposa tenía la boca llena de sangre, ya que ella misma había cortado el cordón umbilical de los bebés, y estaba tumbada, como descansando, respirando profundamente, sobre el colchón mojado. A pequeño Sun le entraron las fuerzas súbitamente y se puso a rezar. Sus ojos se dirigieron a ese par de trozos de carne cuyas piernas parecían los huevos de una gallina. A primera vista, creyó que era una flor, pero tras verlo una segunda vez pensó que era un melón. ¡Es un niño!, gritó. El pequeño Sun olvidó el dolor de sus vísceras que le mortificaba y levantó a su mujer sujetándola por las axilas y le dijo:

—¡Un niño, tengo un niño! —Los dos recién nacidos, en medio de la sangre y el agua de la lluvia que empapaban el colchón, se movían lentamente y, de tanto en tanto, emitían unos sonidos extraños que recordaban a los peces cuando salen del agua. Más que seres humanos, esos dos bebés le parecieron al pequeño Sun un par de reptiles y le dejaron de nuevo con el corazón frío y agotado. La laopo del pequeño Sun se ayudó de sus dos manos para levantarse y le señaló a su marido unas telas descosidas y agujereadas que tenía colgadas

en la pared para que se las acercase, ya que quería envolver a los bebés con ellas.

—¡Al fin hemos tenido un niño!... ¡Y tú eres madre de nuevo! —dijo el pequeño Sun.

—Pero te van a multar... Por uno, quinientos yuanes, y por dos, mil yuanes... —le dijo la laopo entre sollozos.

El pequeño Sun estaba muy cansado y se le cerraban los ojos. Tenía ganas de dormir. Uno, quinientos yuanes, y dos, mil yuanes... Se sentó en la alfombrilla y se abrazó la cabeza. Si hubiese podido, se habría matado ahí mismo. La lluvia continuaba cayendo pesadamente sobre el tejado de la cabaña. Gotas de esa lluvia chorreaban desde el techo y caían sobre el suelo produciendo un sonido metálico: cling, clong, cling, clong... Los rayos seguían iluminando la noche oscura y su luz parecía alargarse y durar cada vez más tiempo, blanqueando el firmamento por unos momentos.

—Por el honor de tu padre... ¿Tienes una solución? Tú ya la tienes...

El pequeño Sun alzó la cabeza y fijó sus ojos en esa llama lánguida que todavía seguía viva en la vela. En sus ojos apareció una luz fría y despiadada, y dijo:

—Guardar al macho, pero no a la hembra...

La esposa del pequeño Sun se cubrió la cara y se puso a llorar.

—¿Por qué lloras?... —dijo él—. Guardarla significaría que nos moriríamos todos de hambre. Como mucho, si la dejamos por ahí, igual alguien la coge, aunque no creo que nadie lo vaya a hacer y menos en estos tiempos<sup>26</sup>...

—Pues según tú, hay que...

—Quizá ella tendría más suerte así...

El pequeño Sun abrió la tela que envolvía a los dos recién nacidos y buscó a la niña. Luego volvió a envolverla con la tela ajada y se puso de pie, cogiéndola en brazos. El pequeño Sun, de lo negro que estaba, parecía un árbol carbonizado por el impacto de un rayo.

—Espacio..., déjame al menos darle el pecho a la niña...

La esposa del pequeño Sun cogió a la recién nacida en brazos, la puso en sus rodillas y le mostró uno de sus pechos, que quedó colgando ante su boquita. El bebé, confuso, se azoró por alcanzar con sus dos manitas el pezón

de la laopo del pequeño Sun y luego permaneció un buen rato chupando la teta de su madre. Cuando acabó, escupió al suelo en medio de unos sollozos.

—Todavía no he acabado de darle el pecho... —dijo la mujer, abrazando al bebé con todas sus fuerzas.

El pequeño Sun se precipitó hacia su mujer para quitarle a la niña y le dijo:

—No la alimentes más... Acaba de nacer... Los recién nacidos no saben todavía lo que es el hambre...

El pequeño Sun cogió al bebé envuelto en la tela blanca y salió de la cabaña; pero, nada más adentrarse en el camino, un rayo apareció en el firmamento y se bifurcó en dos partes justo debajo de su cabeza. El pequeño Sun se dijo:

—Oh, Cielos, perdonadme lo que voy a hacer... —El pequeño Sun creyó ver, en una nube negra que pasaba por el cielo, a un dragón cuyas garras querían atraparlo para llevárselo con él. En la oscuridad distante, creía oír a Lai Shu dando gritos de alegría.

—Oro, plata, y las nueve jarras y los setenta tarros... —El pequeño Sun dudó durante unos instantes, pero finalmente se metió en la barraca y cogió algo pesado que metió entre las ropas del bebé. Luego, a grandes pasos, se dirigió al dique del río y se subió al puente de piedra. En el río de la Ocho Abundancias fluían, agitadas, las aguas. Los rayos, cuando aparecían en el cielo, iluminaban esas aguas turbias y emblanquecían el puente de piedra, devolviéndole su blancura y pureza originales. Al pequeño Sun, mareado, se le emborronaba la vista, y pensaba que se iba a caer del puente. Se dirigió al camino de tierra que conduce al burgo de Masang y notó que sus pies pisaban todo el tiempo charcos y barro. Ya había dejado de llover y las copas de las sóforas soportaban estoicamente las innumerables gotas que se habían posado sobre ellas. En el canal del río se oía el murmullo de las aguas y los campos parecían haberse cubierto de plata. La casucha de tres habitaciones hecha con cañas y barro de Bai Qiaomai había quedado destruida tras la tormenta y parecía un templo en ruinas, y al pequeño Sun le dio por pensar en el perro, la luz de la luna, la luz de la bombilla, la piedra molar donde se aplastaba el grano de soja y el queso cuajado de soja... Al girar hacia la casa de Bai Qiaomai, pensó en abandonar al bebé en el cruce que quedaba en el extremo oeste del burgo de Masang. En ese punto había un embalse para recoger agua

que era lo suficientemente profundo como para esconder cualquier cosa para siempre. El pequeño Sun se dirigió en primer lugar a la parte delantera del burgo y luego giró hacia el este. El viento soplaba fuerte y sus pasos sobre esas tierras encharcadas sonaban como si alguien estuviese chapoteando en ellas. Chas, chas... Tras esas lluvias torrenciales, esos terrenos se habían convertido en auténticas marismas llenas de ranas y sapos que no paraban de croar de forma grotesca. Vete a saber si estaban apareándose desesperadamente ya que el agua abundante les obligaba a hacerlo. Esa manera de croar sonaba más bien como los gemidos de una pareja de esposos amándose con el fin de tener hijos, o al menos eso fue lo que pensó el pequeño Sun mientras atravesaba esos campos inundados. El pequeño Sun creyó al principio que lo mejor era dejar al bebé bajo uno de esos árboles enormes, pero las gotas que, como monedas de bronce, se habían quedado en la copa, más los rayos con su luz poderosa que iluminaban el fangal, le hicieron echarse para atrás y cambiar de opinión. Uno de esos rayos volvió a aparecer en el cielo y el pequeño Sun pudo ver una cigarra con su tórax reluciente sobre el barro y ello le dio miedo. Sin perder un segundo más, se dirigió hacia el extremo este del pueblo mientras oía ya las ranas y los sapos del embalse.

En el pueblo se escuchó el ladrido solitario de un perro que provocó que otros también se pusieran, por contagio, a ladrar. El cielo se iluminó de golpe y, gracias a ese rayo, el pequeño Sun vislumbró el pequeño templo del Dios de la Tierra<sup>27</sup> del burgo de Masang. La diosa abuela de la Tierra estaba sonriendo con un gesto de alegría maliciosa y el dios abuelo de la Tierra, al que le faltaba la cabeza, tenía roto el dedo que señalaba el centro del templo. El pequeño Sun se dio cuenta de que bajo la tabla que soportaba al dios abuelo había una calavera que parecía estar sonriendo. Junto a ella, unos trozos de carbón y ceniza, y ello le hizo pensar que ahí habían calcinado a un muerto. Retrocedió unos pasos y se arrodilló delante de la calavera.

—Oh, dios abuelo de la Tierra, mi dios abuelo de la Tierra... ¡Despierta!  
—El pequeño Sun sintió que le pecho volvía a dolerle intensamente. La presión arterial le llegaba a la garganta y le impedía respirar, y pensó que sus vísceras habían sido dañadas seriamente por Lai Shu...

De debajo la mesa le llegaban al pequeño Sun unos sonidos débiles. Escupió sangre al suelo y susurró:

—Mi niña... Tienes mucha suerte..., la suerte que solo da el destino, la

auténtica suerte... Tu papaíto te ha reservado aquí el oro y la plata para que no te falte de nada... A la gente le encantaría recibir lo que tu vas a recibir ahora...

El bebé no paraba de emitir sonidos débiles que le recordaban al pequeño Sun el piar de los pájaros cuando nacen, y el pobre hombre sentía que el corazón se le derretía. Se levantó de golpe y se encaminó hacia la calle principal del pueblo, dirigiéndose seguidamente hacia el oeste. Los sonidos del bebé eran como flechas que se le clavaban en la espalda, pero sin hacerle sangre; eran unas flechas transparentes que le hacían, sin embargo, unos agujeros por donde le entraba el viento frío. El ruido de sus pasos enfurecía a uno de los perros y, como sucedió antes, el enfado del animal se contagió a los otros, que salieron corriendo sobre el barro para morder al pequeño Sun.

Cayéndose, consiguió meterse de nuevo en su cabaña y creyó que se iba a morir. Su laopo, con el bebé niño en brazos, le preguntó qué había pasado, pero él no dijo ni pío; de su boca salían borbotones de sangre.

Al amanecer, cuando el pequeño Sun se despertó, la lluvia, abundante, torrencial, seguía cayendo sin cesar por todas partes. El agua inundaba la cabaña y entre el Cielo y la Tierra solo había agua y más agua. Su mujer volvió a preguntarle:

—¿Dónde has dejado a nuestra hija? ¿Dónde? ¿A quién se la has dado?

El pequeño Sun se quedó parado como una estatua de yeso.

—¿La has dejado en la naturaleza? ¿O la has ahogado con el agua? ¿La has tirado al río?... Mi niña, la pobre...

La mujer del pequeño Sun se rasgó las ropas como si fueran de papel.

Mareado como se encontraba, el pequeño Sun vio de repente ante sus ojos un fulgor, y, en medio de ese fulgor luminoso, el rostro de una venerable anciana con sus cabellos blancos que se desplazaba hacia el templo del Dios de la Tierra, sobre unos pies vendados igual de grandes que gusanos de seda, y cogía en brazos al bebé que había dejado en el interior. Con la criatura en sus brazos, la anciana regresó a su casa; la dejó sobre la superficie dura del kang, todavía caliente, y le dio a la niña la figura de un Qilin —ese animal mítico con cuerpo de león, cuernos de ciervo y piel de pez—. El rostro del bebé estaba tan rojo que parecía sangrar...

—Ve a buscar inmediatamente a mi hija..., eres un animal, Sun Ba. Ve a buscarla ya... —La mujer hablaba con el otro bebé, el del niño, en sus brazos,

y lo apretaba tan fuerte que ni siquiera parecía respirar.

La ilusión desapareció. Alrededor solo había un hielo gris. La cabeza desprendida del cuerpo del dios abuelo de la Tierra, rodando, había caído sobre la misma mesa, y el pequeño Sun dio un salto como esos perros que intentan coger un hueso que se lanza al aire al azar, y se fue al dique del río, más exactamente, al puente de piedra. Los muros amarillos y ruinosos de la casa de Bai Qiaomai quedaban, desmoronados, a sus espaldas. Esos escombros se habían mezclado con el barro y el agua estancada de la lluvia, pero ello ya no le importaba al pequeño Sun, que continuó caminando, sin ni siquiera mirar la ruta, hacia el este del pueblo. Sus pies pisaban el barro y él avanzaba con dificultad en ese lodazal. El templo del Dios de la Tierra se movía..., se movía sin parar...

Sun constató, sin embargo, que el pequeño templo había quedado en pie. La tormenta no había podido derrumbarlo como había hecho con la mayoría de las casuchas del burgo de Masang. Ni siquiera el odio y el fanatismo de los jóvenes revolucionarios habían podido destruirlo<sup>28</sup>, pero algo nuevo y siniestro había aparecido en él. Bajo la lluvia, brillante como la plata, se habían desprendido algunos trozos, pero seguía intacto. Solo un puñado de sombras parecían haberlo modelado para darle ese aire siniestro. Igual eran los dioses que, con ese aluvión, querían vengarse de la mala conducta de los humanos. El pequeño Sun sentía que le faltaba el aire. Se detuvo, jadeó, retomó aire y continuó con su marcha hacia delante, decidido, con ímpetu para no perder tiempo. Salvo uno, la manada de perros enloquecidos ya se había ido del lugar, y Sun había podido dejarlos atrás. Ante él, el pequeño Sun pudo ver a su hijita totalmente destrozada. Se abalanzó hacia el perro, y el animal, mirándolo desafiante, saltó a un lado y se lamió los bigotes del hocico. Estaba empapado de agua y se le marcaban las costillas, y la boca le chorreaba sangre.

El pequeño Sun lanzó un grito y se arrodilló para reverenciar esos dos bracitos y esos dos piecitos que yacían ante sus ojos. En el barro ensangrentado, el pequeño Sun halló el anillo de oro que permanecía inmutable en esa carnicería y le sonreía. Lo cogió con su mano y le vino a la cabeza una historia antigua. Abrió bien la boca, estiró el cuello y se lo tragó.

\* \* \*

La lluvia continuaba cayendo a cántaros sobre el burgo de Masang. Los campos habían quedado arrasados, la carretera destruida y las casas demolidas. El río de Ba Long había resultado desbordado por las aguas que era incapaz de contener en su cauce y sobre ellas flotaban unas manchas verdes de gran extensión que no eran otra cosa que las cosechas malogradas de los campos. También algunos troncos de árboles y los cuerpos sin vida de gatos, perros y conejos. Las aguas del río apestaban y sobre el puente de piedra ya no quedaba una mota de polvo, parecía de hielo o del jade blanco más puro, y el dique se había desquebrajado, Solo las moreras, con sus hojas nuevas, muy verdes ellas, en las ramas, también nuevas, daban el contrapunto a tanta destrucción. El suelo alcalino, despedazado por la sequía que antes del diluvio azotaba esas tierras, había enverdecido ligeramente y los tonos de color marrón se habían oscurecido. La pantalla de cristal del rodillo compresor, con las gotas de lluvia que caían sobre ella, parecía estar llorando inconsolable y sus ruedas de acero habían quedado cubiertas completamente por el barro. Algunos ratones habían encontrado refugio en el interior de la caldera donde se hacía el asfalto. La carretera en obras, negra por la capa de asfalto que había sido puesta antes de las lluvias, parecía un dragón de aspecto espeluznante postrado, derrotado y muerto.

## IX

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando la conductora detuvo el rodillo compresor. Llevaba con sus dos manos un par de guantes que arrojó a un lado de la barraca donde se alojaban los trabajadores de la obra. Era alta y de figura esbelta. Calzaba unos zapatos con tacones gruesos y altos de una piel anaranjada. Vestía con unos tejanos ajustados y un mono ancho, de lona dura, para trabajar, en la parte superior de su cuerpo. Un pañuelo verde enganchado con unas pinzas sujetaba en la cabeza su cabello largo. La joven mujer tenía la cara sucia y le chorreaban gotas de sudor en la nariz. Sus ojos negros eran como los de un gallo de pelea y parecían estar constantemente alerta.

La joven se dirigió directamente a la barraca de ladrillo rojo donde estaban los trabajadores y entró en ella con desenfado. Dentro había cuatro despachos y en cada una de las mesas un aparato telefónico. De las paredes de ladrillo colgaba un mapa de grandes dimensiones sobre el que podían observarse varias líneas negras trazadas que indicaban carreteras y varias flechas rojas. Un joven de más de veinte años hablaba respetuosamente a través del auricular del teléfono:

—Oh, comandante Lu, Ma Dagui al habla... Hay que abrir camino suavemente... El buldócer se nos ha averiado... El eje se ha quemado... Ese eje... Me detendré en la gasolinera del burgo de Masang para ver si el equipo del shifu Luo puede echarnos una mano... Ellos... Esa gente sabe lo que hace... Comandante, ayer por la tarde, la directora de la escuela primaria del burgo de Masang, esa tal Song, me telefoneó y me dijo que sus alumnos iban a presentarse hoy en la obra para saludarnos... ¿Les guardamos algo de comida? Vale, vale, vale...

Ma Dagui colgó el teléfono y dijo con desdén:

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Todos te culpan a ti... Yo le digo que no..., pero ellos insisten... —De los ojos cruzados de la joven mujer brotaron unas lágrimas.

—¿Qué?... Habla... —Ma Dagui sacó un cigarrillo del cajón del despacho y se puso a fumar, llenando el aire de humo.

—¡Estoy embarazada! —De los ojos cruzados de la joven volvieron a salir más lágrimas.

Ma Dagui parecía haber recibido una bala y los músculos de la cara se le tensaron de golpe. Estrujó con fuerzas la caja de cigarrillos que tenía en la mano y dijo:

—¡No digas tonterías!

—Nadie está diciendo tonterías. Tú eres el responsable... ¿Y has pensado en alguna solución?...

—Pues abortar; eso es lo único que puedes hacer...—dijo Ma Dagui, mientras se llevaba el cigarrillo a la boca y le daba una chupada.

—Eso me da miedo... No voy a hacerlo...

—¿No se te ocurre otra cosa? Acabo de unirme al Partido como voluntario...

—Ya sabías que tú lo habías hecho..., y por un momento no has pensado que a mí..., a mí me daría miedo abortar...

Ma Dagui se puso de pie y, manoseándole con frialdad los hombros a la joven, le dijo:

—No tengas miedo, cariño... No pasa nada... Son tantas las jóvenes que abortan en estos días...

La joven agarró a Ma Dagui con sus manos y retorciendo la boca, le dijo:

—Dagui, casémonos, rápido... Todo acto vergonzoso acaba por ser descubierto...

Ma Dagui extendió las manos y dijo:

—Eso no funcionará, ¡estoy seguro de que no funcionará!

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Tarde o temprano vamos a casarnos... ¿No es así?

—Si digo que no funcionará es que no funcionará.

—Yo no voy a hacerlo, te digo... —dijo la joven entre sollozos.

A lo lejos, se oía el sonido de un tambor. Ma Dagui salió corriendo de la barraca y regresó, también corriendo, al mismo lugar.

—Vale, no llores más; el equipo de la propaganda de la escuela primaria del burgo de Masang ha venido...

El escuadrón encargado de la propaganda recorría a paso firme, en efecto, la carretera recién asfaltada. A la cabeza, una bandera roja que no paraba de mugir ondulaba en el aire, y detrás de ella iba una joven con una larga coleta y vestida con una chaquetilla a la occidental y un pañuelo rojo atado al cuello que enrojecía su rostro. Junto a ella caminaban varias decenas de niños con camisas blancas y pañuelos rojos.

La joven embarazada y encargada de conducir el rodillo compresor miró a Ma Dagui con lágrimas en los ojos y la vista emborronada, y le llamó la atención lo bien vestido que iba y la bienvenida solemne que le daba a ese grupo de niños. Ese escuadrón formado por jóvenes pioneros se detuvo. Ma Dagui y la joven gorda se pusieron a saludar calurosamente a los componentes del escuadrón. La joven sonreía abiertamente y mostraba sus dientes blancos, y su cara parecía una peonía. El sol brillaba intensamente y las camisas blancas como la nieve de los niños y los instrumentos musicales resplandecían poderosamente y cegaban los ojos de quienes los observaban. La carretera que salía del burgo de Masang también cegaba a quienes la observaban de lejos, así como el suelo alcalino de las tierras incultivables y la maquinaria que habían utilizado los trabajadores de la construcción de la carretera. Todo ello brillaba tan poderosamente que cegaba a quienes lo observaban. Ella vio a Ma Dagui y al jefe de los niños guapos del escuadrón de los jóvenes pioneros saludarse como si se conocieran de toda la vida, y el corazón, a la joven, se le heló. Lo recordó ese mismo momento; lo recordó con la precisión con la que se recuerdan los recuerdos de color ceniza. Fue ese mismo año, cuando ella saludó a los obreros venidos de otras tierras que habían llegado hasta el burgo de Masang para trabajar en la obra, y ello le hizo arrojar lágrimas todavía más densas y sufridas que las anteriores. Ma Dagui y el líder del escuadrón de los jóvenes pioneros de China caminaban y hablaban de sus cosas cordialmente. Ella se giró para intentar así reprimir sus emociones y luego salió corriendo hacia el rodillo compresor del color de los albaricoques, fabricado en la factoría de Luoyang y merecedor de la más alta distinción por sus servicios al pueblo.

*Agosto de 1985*

## **SOBRE EL AUTOR**

**Mo Yan** (Gaomi, China, 1955): Ganador del Premio Nobel de Literatura, Mo Yan (literalmente, «No hables») es el seudónimo de Guan Moye. Hasta la fecha Kailas ha publicado las novelas *Grandes pechos amplias caderas*, *Las baladas del ajo*, *La vida y la muerte me están desgastando*, *La república del vino*, *Rana*, *¡Boom!*, *El suplicio del aroma de sándalo*, *Trece pasos*, *El manglar*, *El clan del sorgo rojo*, *El mapa del tesoro escondido*, *El rábano transparente* y *El clan de los herbívoros*, además del libro de relatos *Shifu*, *harías cualquier cosa por divertirme*.

# NOTAS

<sup>1</sup> La novela corta *Una carretera en obras* 筑路 (Zhulu) está considerada la mejor «novela de talla mediana» 中篇小说 (zhongpian xiaoshuo) de Mo Yan. Esta fábula 寓言 (yuyan), que es como Mo Yan la denomina, apareció publicada por primera vez en 1986, al mismo tiempo que las cinco historias que componen *El clan del sorgo rojo* 红高粱的家族 (Hong gaoliang de jiazu), en el segundo número de la revista literaria *Escritores Chinos* 中国作家 (Zhongguo zuojia), aunque su redacción y corrección finalizó en agosto de 1985. Poco después formó parte de un volumen que reunía dos novelas cortas y once cuentos bajo el título *Trece historias sobre la euforia* 欢乐十三章 (Huanle shisan zhang). Como gran parte de los títulos de Mo Yan durante los años ochenta del siglo pasado, *Una carretera en obras* debe mucho a William Faulkner (1897-1962), en particular a *The Wild Palms* (1939), también conocida como *If I Forget Thee, Jerusalem*. Para esta traducción, hemos utilizado el texto que inicia la edición de 2012 de las Ediciones de las Artes y las Letras de Shanghái 上海文艺出版社, páginas 1 a 85.

<sup>2</sup> Xiangyang 向阳, que aparece aquí como nombre de pila, tiene un doble significado: «encarar al sol» (en el sentido estático) o «dirigirse hacia el sol» (en el sentido dinámico). 阳(yang) se refiere al yang (aquí en oposición al yin 阴), pero también al sol 日 (ri). En un sentido figurado, que reúne ambos matices, xiangyang quiere decir mirar de frente al sol sin bajar los ojos, que es un gesto de valentía extrema, al mismo tiempo que expresa la ceguera (la falta de lucidez, el deslumbramiento ante el exceso de luz). Esta expresión se utilizaba a menudo entre los seguidores de la Revolución Cultural para describirse a sí mismos cuando se presentaban en público e ilustrar su

voluntad de seguir a ciegas un ideal.

<sup>3</sup> Mao Zedong 毛泽东 (1893-1976) fue el gran líder revolucionario comunista del siglo xx en China y el fundador de la República Popular China en 1949, así como el instigador de la Revolución Cultural (1966-1976). En relación con la nota anterior, durante esta etapa los dibujos y pinturas de Mao Zedong lo representaban con el sol 日 (ri) o el componente 阳 (yang). El sol sale por el este 东 (dong), que aparece en el nombre de Mao Zedong 泽东 (zedong). Así, Mao Zedong es visto como el sol, la luz que viene de oriente para disipar la oscuridad de los tiempos.

<sup>4</sup> Célebre cita de Mao Zedong en sus charlas sobre literatura y arte en Yan 'an: 在延安文艺座谈会上的讲话 (Zai Yan'an wenyi zuotanhui shang de jianghua), en mayo de 1942, que iba a marcar profundamente la literatura china hasta los años ochenta del siglo xx en su intensa ideologización.

<sup>5</sup> 老两口学‘毛选’ (Lao liang kou xue Mao xuan). Obra de apenas un acto muy breve cuyas dos voces se acompañan de un violín de dos cuerdas. Esta opereta de intenso cariz revolucionario fue muy popular en China durante los años sesenta; la escribió Song Guosheng 宋国生 (nacido en 1938). Solía representarse en forma teatral por dos personas, un personaje masculino y otro femenino, ambos de edad avanzada, en las calles y plazas, ante un público en general analfabeto, con el único objetivo de propagar el pensamiento maoísta. Uno de los aspectos llamativos de esa opereta era la combinación de un mensaje revolucionario para erradicar la vieja sociedad con un tipo de música y una versificación clásicas que recordaban por su sentimentalismo las de las baladas de tradición oral. Con ello se pretendía llegar a los campesinos reacios a aceptar el pensamiento maoísta.

<sup>6</sup> 四类分子 (si lei fenzi). Entre 1940 y 1970, y como parte de la política maoísta para imponer su pensamiento, el régimen identificó cuatro grupos que había que eliminar de la sociedad china: los terratenientes 地主分子 (dizhu fenzi), los campesinos ricos 富农分子 (funong fenzi), los contrarrevolucionarios 反革命分子 (fangeming fenzi) y, finalmente, un grupo más numeroso y ambiguo, el de los «malos elementos» 坏分子 (huai fenzi). Los trabajadores de la obra de carretera pertenecen a este último grupo.

<sup>7</sup> 革命路 (geming lu), o la ruta, el 路 (lu) de la revolución 革命 (geming) proletaria 无产阶级 (wuchang jieji). Aparece 路 (lu) como en la expresión «construcción de la carretera» 筑路 (zhulu). El título de la obra juega con este

doble significado: construir 筑 (zhu) una ruta 路 (lu) real (una carretera en medio del campo) y construir la ruta del socialismo. Pero zhulu 筑路 también se utiliza en la lengua hablada para expresar, con un lenguaje metafórico, la idea de abrir un camino, encontrar el medio de salir de una dificultad, recorrer, crear experiencia en un determinado contexto por primera vez. Por ello, conservamos en el título este significado figurativo.

<sup>8</sup> La expresión 访贫问苦 (fang pin wen ku), que puede traducirse literalmente como «visitar a los pobres para preguntar por su sufrimiento» y que aparece en este diálogo con cierta ironía, tenía en el contexto de la China socialista un significado ideológico muy marcado: era el acto previo a la conciencia revolucionaria, además de una actitud moral que debía hacerse pública.

<sup>9</sup> *El destacamento rojo de mujeres* 红色娘子军 (Hongse niang zi jun) es un musical basado en una película mítica y de gran éxito en la China socialista en 1961. Existe también una adaptación teatral de 1971; el musical data de 1964.

<sup>10</sup> Han Xin 韩信 (fallecido en 196 a. de C.) fue un general del primer emperador de la dinastía Han y derrotó a Xiang Yu 项羽 (232-202 a. C.) en la batalla que se cita en la novela. Esta batalla se considera en la historiografía clásica china el primer ejemplo de matanza a gran escala en una contienda militar.

<sup>11</sup> Esta expresión, «matar a quien vende sal» 打死卖盐的 (dasi maiyan de), pertenece al lenguaje popular y se utiliza cuando una comida está demasiado salada, lo que puede provocar la muerte, a pesar de que la hace parecer más sabrosa.

<sup>12</sup> En China, para la gente de escasos medios económicos, tomar mucha sal 盐 (yan) era la manera más común y fácil de suicidarse. La sal también tiene aquí un valor simbólico: la infertilidad que desertifica los campos y trae la muerte.

<sup>13</sup> Alusión al período entre 1958 y 1960 del siglo pasado conocido como el Gran Salto Adelante 大跃进 (Da Yue Jin). Muchos campesinos fueron obligados a dejar el campo por decreto para participar en el plan nacional de producción masiva de acero 钢铁 (gangtie) y así relanzar la economía. En pleno delirio colectivo se crearon cientos de miles de fundiciones en todo el territorio chino, tanto locales como a gran escala, destinadas a producir

cantidades industriales de acero. Todo el mundo debía recoger cualquier objeto metálico que pudiese ser transformado en acero en esos hornos. El resultado para la economía china fue desastroso y provocó numerosas hambrunas cuyo alcance humano y social es todavía hoy de difícil estimación, aunque se cree que unos treinta millones de personas perecieron. La novela corta *Una carretera en obras* acontece en plena Revolución Cultural (1966-1976).

<sup>14</sup> La atracción incontrolada por el fuego 纵火狂 (zonghuokuang), o la fascinación que ejerce, como ocurre a menudo en la infancia, es entendida en las personas adultas como su respuesta a un trauma vivido y no superado. El fuego no se identifica en este contexto con la destrucción o la venganza, sino con la protección del calor implícito en él en un medio hostil o la luz en la oscuridad. Incluso se asocia con la comida.

<sup>15</sup> Mo Yan introduce aquí el tema de las inundaciones 洪水 (hongshui), cuyas historias tienen una gran tradición literaria en China que remontan a los orígenes de su mitología fundacional. La lucha, tanto de los hombres como de los dioses, por controlar las inundaciones se encuentra ya de forma documentada como hecho histórico en las *Memorias históricas* o *Shiji* 史记 y en ella se cuestiona la posible desaparición de la raza humana. Quizá, más que ningún otro desastre natural, la inundación ha sido causa de un trauma en el pueblo chino y aparece constantemente en su literatura.

<sup>16</sup> El personaje de Lai Shu se mueve en una ética regida por dos polos opuestos: la buena suerte 好运气 (haoyun qi) y la mala suerte 晦气 (hui qi) o 坏运气 (huaiyuan qi). Eliminar la dialéctica entre 好运 (haoyun) y 坏运 (huaiyuan), entre el buen y el mal yuan 运, muy enraizada entre las gentes del campo en China, fue uno de los principales objetivos de los comunistas a su llegada al poder. Sobre todo, cambiar la noción de yun 运 o fortuna, suerte, o movimiento intrínseco en la vida de cada persona, que es considerado también un arte en el confucianismo, el de la concentración de las fuerzas individuales hacia un objetivo. El budismo aportará un cambio a esta noción y el yunqi 运气 dependerá en gran medida de las buenas acciones propiciadas por uno mismo. Este conflicto aparece claramente en el personaje de Lai Shu, quien duda que haya merecido tener la buena suerte de haber encontrado un tesoro.

<sup>17</sup> La película china bélica *Minas de guerra* 地道战 (Didao zhan) de 1965. Varios miembros, comunistas en su mayoría, de un pueblo pequeño se

defienden con uñas y dientes ante el ocupante japonés. Contrariamente a otras películas, *Minas de guerra* no fue prohibida durante la Revolución Cultural y gozó de una gran popularidad en China durante ese período.

<sup>18</sup> Una tela blanca en la cabeza, normalmente una venda, y en general llevar ropas blancas, era la forma de mostrar que se estaba de luto en China.

<sup>19</sup> Los casos de necrofilia 奸尸 (jianshi) solían ser habituales, y tolerados, en el campo en China, sobre todo en zonas aisladas, aunque fueron severamente castigados a partir de la República. El escritor Shen Congwen 沈从文 (1902-1988) cuenta en su *Autobiografía* 从文自传 (Congwen zizhuan) cómo un joven desenterró a una muchacha que acababa de morir de una enfermedad y mantuvo relaciones sexuales con el cadáver durante tres días. Tras ser descubierto, fue ejecutado inmediatamente por las autoridades a pesar del desconcierto y la oposición de los lugareños, que intentaron por todos los medios defenderlo y justificar su acción.

<sup>20</sup> Se trata del tanque británico A-39 Tortoise, el cual fue diseñado en 1942. Lo de «tortuga» le venía porque era muy pesado y lento.

<sup>21</sup> El «tanque del zar», o «tanque Lebedenko», fue concebido en 1914 por los rusos y su forma, muy rudimentaria, como la de un murciélago metálico con sus alas plegadas, y su movimiento aparatoso, lo hacían particularmente llamativo y espectacular para la época.

<sup>22</sup> La montaña del Tigre Poderoso o 威虎山 (Weihu shan) se encuentra en la provincia de Heilongjiang (Dongbei), en el nordeste extremo de China. Se trata de una montaña mítica en el imaginario chino por un célebre episodio sucedido durante la guerra civil china en 1946 en el que unos comunistas se enfrentan a un señor de la guerra. Durante la Revolución Cultural se escribió una ópera basada en este suceso que tuvo mucha fama y, posteriormente, se realizó una película.

<sup>23</sup> Alusión a la campaña de erradicación de «las cuatro plagas» 除四害运动 (chusi hai yundong) lanzada en 1958 por Mao Zedong y en la que se debían eliminar las ratas, las moscas, los mosquitos y los gorriones del país. El objetivo era sanear el campo de sus plagas y de las enfermedades que impedían un desarrollo más productivo de las explotaciones agrícolas, al mismo tiempo que Mao Zedong buscaba un apoyo entre los campesinos, quienes no comprendían las políticas comunistas y las combatían con fiereza. China se quedó prácticamente sin pájaros, con el consecuente desastre

ecológico, y en lo que concierne a las ratas, se organizaron concursos, sobre todo en los colegios, y quienes traían más colas de ratas a las autoridades merecían una prima. En el campo, muchos se dedicaron a criar ratas con ese fin. Esa campaña no cesó de aplicarse en mayor o menor medida hasta finales de la Revolución Cultural en 1976.

<sup>24</sup> Según el calendario que rige la vida campesina en China, los «cinco venenos» 五毒 (wu du) corresponden al veneno de los ciempiés 蜈蚣 (wugong), el veneno de las víboras 毒蛇 (dushe), el veneno de los escorpiones 蝎子 (xiezi), el veneno de los lagartos 壁虎 (bihu) y el veneno de los sapos 蟾蜍 (chanchu).

<sup>25</sup> El tema de la sequía 干旱 (ganhan) alude indirectamente en esta historia de Mo Yan a la intervención mítica de la diosa Nüba 女魃 que, tal y como parece en la colección de mitología y geografía *El clásico de las Montañas y los Mares* 山海经 (Shanhai jing) del siglo iv a. de C., imponía la sequía a la tierra como castigo y corrección debido a la arrogancia o los excesos de los gobernantes. Esta diosa, considerada como un demonio 鬼 (gui), estaba condenada a errar por el mundo, ya que era una figura profundamente odiada. La presencia de la diosa-demonio Nüba y su poder destructor se documenta por primera vez en un breve poema del Clásico de las Odas 诗经 (Shijing).

<sup>26</sup> La práctica del infanticidio 杀婴罪 (shayingzui) estaba muy enraizada en China hasta que fue suprimida, con mayor o menor éxito, a principios del siglo xx. A pesar de ello, se siguió practicando en zonas rurales, incluso hoy día continúa produciéndose. La Revolución Cultural fue un período particularmente crítico respecto a la práctica masiva del infanticidio en China. El origen hay que buscarlo en la pobreza y en las hambrunas endémicas que periódicamente azotaban a los campesinos desde que se cuenta con anales históricos para documentarlo. Por razones culturales muy arraigadas en la vida rural china, el infanticidio femenino, por ahogamiento en la mayoría de los casos, era el más habitual. La política del hijo único, introducida en 1979 y suprimida definitivamente en 2018, también ayudó a que esta costumbre perviviese en la sociedad rural contemporánea, ya que las multas impuestas abocaban a las familias a la miseria.

<sup>27</sup> El templo del Dios de la Tierra 土地庙 (tudi miao). Se trata en realidad de un templo en el que habitualmente hay una pareja de dioses que corresponden a una pareja de ancianos con sus cabellos blancos y aspecto

venerable; tienen como misión proteger a los miembros de una comunidad que ocupa un terreno determinado. Cada pueblo debía tener su propio templo con sus características locales e incluso había familias que poseían sus propios altares de dioses de la Tierra.

<sup>28</sup> Durante la Revolución Cultural, como parte de la «destrucción de las cuatro cosas viejas» 破四旧 (po si jiu) del dogma maoísta, había que acabar con todo aquello que representase la tradición, con especial hincapié en la religión y sus reliquias. La novela de Mo Yan realiza un acercamiento semántico debido a la homofonía entre las «cuatro cosas viejas» y los cuatro personajes principales de la obra: Yang Liujiu, el viejo Liu, Lai Shu y el pequeño Sun, así como la homofonía que identifica cuatro 四 (si) con la muerte 死 (si).